

EL GENERAL LETONA

El Teniente general D. Antonio López de Letona ha muerto. En pocas horas ha perdido la Patria uno de sus hijos más leales, el ejército un militar pundonoroso, dispuesto siempre á sacrificar su criterio y conveniencia en aras del deber, y la república de las letras uno de los escritores más juiciosos y de claro ingenio y exactitud en sus apreciaciones.

Ante intereses tan caros, concentramos nuestro dolor dentro del alma, dejando al corazón llorar en lo íntimo la pérdida del amigo, temerosos de turbar con el sentimiento propio el concierto unánime de alabanzas á su memoria, la tristeza de cuantos conocieron al hombre de bien, tan modesto en la prosperidad y sereno en la desgracia, como tranquilo ante el fuego y el hierro del enemigo.

Ni aun el consuelo nos es dado de reseñar la meritoria carrera del General Letona. No ha cumplido un año que lo hizo con

extensión uno de nuestros colaboradores, y la honrosa biografía del General es del dominio público.

Permítasenos, sin embargo, aun á riesgo de cometer impertinencia, algunos breves apuntes acerca del último trance del ilustre soldado, que, unidos á las flores literarias con que realzó sus laureles, hagan resaltar el verdor de su corona, hoy cambiada por la aureola gloriosa que la Providencia otorga á quien cumplió en vida su deber de caballero cristiano, según quiso cumplirlo el caudillo de las comunidades castellanas, espejo de pundonor y modelo de bien morir.

Acababa de almorzar el Sr. Letona, recién llegado de San Sebastián, cuando su nieta, hermosa niña de cinco años, acercóse en mal hora, bien por juego ó inadvertencia, á un perro que su abuelo trajo consigo de aquella ciudad, despertando al animal en tan mala ocasión, que lanzándose sobre la niña, la desgarró parte de la oreja y la mejilla. La sorpresa del cariñoso abuelo al ver á su nieta ensangrentada es más fácil de comprender que de explicar: afectado hacía tiempo de una enfermedad al corazón, la desgracia imprevista determinó la crisis, que á las tres de la madrugada del día siguiente terminó con la vida del respetable anciano, muerto á impulsos de un sentimiento de paternal amor.

Su entierro ha sido con arreglo á su clase, pero notable más que todo por los muchos amigos que formaban el cortejo fúnebre, último obsequio á la virtud cívica del hombre que, después de una larga carrera, en que desempeñó altos cargos en la Península y Ultramar, sólo ha dejado á su familia en herencia el testimonio de su honradez y de una conducta intachable, contra la cual ni aun la envidia podía encontrar palabras de censura.

Sus escritos sobre la historia contemporánea militar y política, en que tanto figuró el General Letona, demuestran su juicio recto acerca de los sucesos que á su vista se presentaban, al par que extensos conocimientos en la noble profesión de las armas. Antes de la restauración escribió un folleto con el título de *La guerra y la constitución general del país*, por un General conservador, obra de gran consecuencia en aquellas circunstancias, que valió al autor ser desterrado á Soria. Son notables también entre sus escritos el titulado *Isla de Cuba*, reflexiones sobre su estado social, político y económico: los *Estudios críticos sobre el estado militar de España*; y las *Conferencias* sobre el arma de Caballería, tan acertadas y convenientes que mereció el Sr. Letona que S. M. el Rey le felicitase por ellas en una carta de su mano.

También comenzó á publicar en nuestra REVISTA una *Historia contemporánea*, ó fragmentos de unas Memorias inéditas, de las que salieron á luz seis largos artículos, de tal interés é importancia, con datos tan curiosos acerca de los hombres y los móviles á que han obedecido en los sucesos políticos desde 1854, en lenguaje tan claro y sencillo que deja su lectura en el ánimo el pesar de no ver concluído lo que agradó tanto en su comienzo, cual prometía ser excelente documento irrecusable de infinitos hechos, muy de otra manera juzgados que su objeto merecía.

Procuraremos remediar la falta en cuanto de nosotros dependa completar la obra.

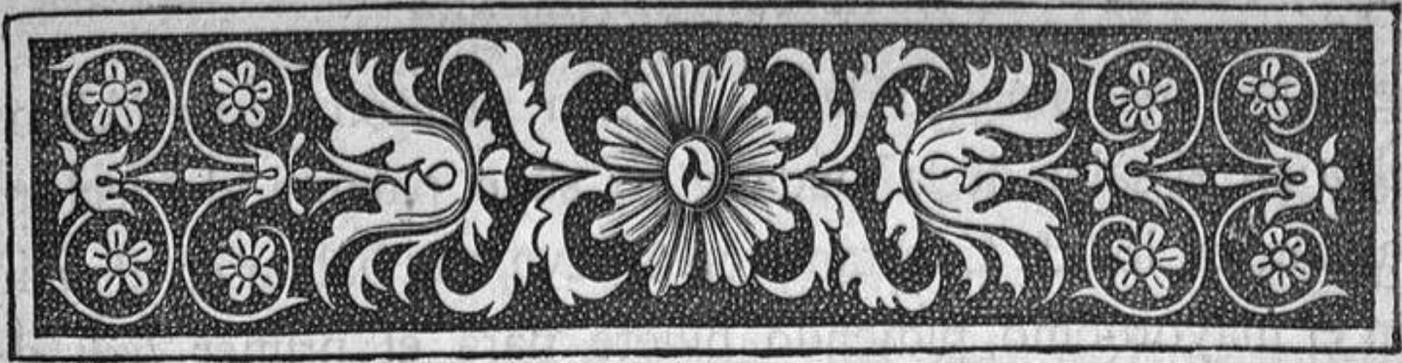
A más de esto honró el General nuestra REVISTA con dos artículos titulados: *Las cuestiones militares ante la situación política conservadora*, por un General conservador.

He aquí, pues, las distinciones que debemos al se-

ñor Letona; he aquí la razón que, á más de la amistad sincera que con él nos unía, ocasiona nuestro profundo sentimiento por su muerte. Reciba su apreciable familia el pésame de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, así como el Dios de las misericordias confiamos acogerá nuestros votos por el descanso eterno del alma que abandonó el mundo, para gozar en mejor lugar el sosiego deparado al varón justo que nunca en la tierra disfrutó reposo.

LA DIRECCIÓN.





FRASEOLOGÍA NOVISIMA



XCMO. SR. D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.—Mi respetado señor: La benevolencia con que es fama dispensa V. favor al que lo necesita, me estimula á dirigirle una súplica que voy á razonar primeramente.

Nacido en Alemania, de padres que residieron muchos años en este país, y que á orillas del Rhin llevaron de retorno copiosa biblioteca, aprendí muy niño á leer los libros de Cervantes y de Fray Luis de León, con la familiaridad misma y la misma afición que los de Goëthe y Schiller. Despertaron en mí, los primeros, vivísimo deseo de visitar la tierra en que se dieron á la estampa, deseo excitado, si cabe, por la circunstancia de haber hecho una excursión obligatoria de negocios á Constantinopla, donde sabido es que residen muchas familias israelitas, descendientes de las expulsadas de estos reinos al empezar la edad moderna. Précianse de haber conservado el habla castellana en su pureza: pues bien; con poca mortificación, confieso que ni los entendía, ni ellos de mis palabras españolas se daban por entendidos, haciéndome dudar si lo que al lado de mis padres aprendí fuera, algarabía ó parla de Sotos Ochando.

De allí, en vapor, hice la travesía á Barcelona, sufriendo

segundo y más amargo desengaño: un montón de periódicos había en el salón de la fonda, y no supe palabra de lectura más que en los de Constantinopla; tuve que hablar en alemán con el mayordomo, pidiendo billete para el primer *tren* de Madrid, y me guardé muy bien de abrir la boca en las largas horas de la caminata, por no sufrir tercera humillación; pero, á Dios gracias, en la parada que oí nombrar del Mediodía (no se me olvidará), un mozo de cordel me entendió, y me entendió un cochero, y con sorpresa, casi con admiración, ya que no todo, algo comprendí de lo que me contestaban. Como lo mismo me ocurrió en el *Hotel* de la Paz, empecé á recobrar la tranquilidad de espíritu; y digo empecé y no más, porque terminadas las operaciones de instalación y aseo, pidiendo, en espera del sonido de la campana del refectorio, algún impreso español en que leer, me trajo el camarero un opúsculo, afirmando ser el que por aquellos días merecía la atención general.

Aseguro á V., mi señor, que sin la obligación precisa que tenía de visitar al cónsul de mi nación, lo mismo que en Barcelona, hubiera buscado el *tren*, confuso y avergonzado, para no parar hasta Colonia. El opúsculo, cuya bondad no pongo en duda, estaba como escrito en chino para mi pobre inteligencia: APOLINAR DEL RATO, probablemente nombre del autor, es cuanto supe leer de aquel papel dedicado á la Real Academia Española; es decir, al centro respetable que *limpia, fija y da esplendor* á la lengua que yo había soñado. De modo que mi Fray Luis y mi Quijote debían de ser traducciones á otro lenguaje, quizá dialecto. Si algún escrúpulo de ello me quedara, la tentación que me llevó á un café *cantante*, no muy lejano del *hotel*, diera con él al traste, que allí, una dama de pañolón y un galán con patillas de chuleta, cantaban sobre el tablado, y á fe de alemán hombre de bien, me dieron tan mal rato como D. Apolinar del ídem, no pudiendo saber lo que decían.

El escolar suspenso, el amante obsequiado con dulce de calabaza, el seminarista que sale por la puerta de los carros, no pasan, no, la noche de fatiga que mi castellano alemanisco hirviendo en la mollera, me daba: disciplinantes, galeo-

tes, cuadrilleros, á estacazos y á coces y á pedradas y á candilazos me molían, y ora me creía pellejo horadado, ora bajo las aspas del molino, á la puerta de la jaula de los leones ó bajo los puños de Cardenio me veía, en la espantosa pesadilla interminable, que á las zahurdas de Plutón, en compañía del alguacil alguacilado me empujaba. Al fin llegó el cansancio á persuadirme que por error había aprendido la lengua tlascalteca, en la que se escribió originalmente:

¡Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse
Que con la dulce soledad se abraza!...

¡Y para esto vine yo á la ubérrima tierra de los garbanzos!

Pasó el sueño; la realidad me dió ocasión de ver en el Teatro Nacional la representación de *El Alcalde de Zalamea*: en el Congreso escuché asombrado al portento de la oratoria, hallando en la improvisada é inapreciable amistad de un periodista de la tribuna, clave cierta para muchos enigmas de mi torpeza. Sin embargo, la erudición de este caballero, amable, deferente, alegre y expansivo, no ha disipado del todo la niebla en que, con sentimiento, estoy envuelto.

—Observo—le decía yo—que ni en la undécima edición del Diccionario, ni en la primera, llamada de Autoridades—que me ha costado un ojo de la cara,—se encuentran por centenas las voces que aparecen cada día en los periódicos de más circulación: ¿querrá V. iniciarme en la procedencia y aplicación de las palabras que voy anotando en mi cartera?

—Lo último—me contestó—exigiría un tiempo de que, á mi pesar, no puedo disponer; lo primero es de comprensión sencillísima; á nosotros, los periodistas, movedores de la palanca de la idea, misioneros de la ilustración popular, entre los inmensos beneficios del sacerdocio civilizador, se debe la riqueza creciente de la lengua patria; esas voces, esos giros ingeniosos, proceden de las *mesas de batalla* de la redacción de los diarios.

—¿No contaba el idioma—me atreví á preguntar—con elementos suficientes para desarrollar el pensamiento?

—Contáralos ó no—exclamó con viveza,—á nuevos ideales, nueva forma de expresarlos corresponde: no hemos de andar atados á las reglas los que predicamos aversión á toda tiranía, ni en modo alguno queremos parecernos á los escolásticos, nimios sostenedores de la inmovilidad, signo de muerte. Los árboles que reverdecen el Retiro, ¿tienen acaso las hojas que adornaron sus ramas el año pasado? ¿Hallaréis en el acueducto de Segovia las aristas, las junturas y el tono de color que le dió el arquitecto romano?

—Con todo; ¡son tan bellas las formas de los clásicos!...

—Chochees, amigo mío, de que viene V. contagiado: si hermosas eran las catedrales ojivales, hermosísimas son las *estaciones* de ferrocarril fabricadas con hierro y erigidas como por encanto en pocos días. Pase V. la vista por el *Lunes* de cualquier diario y verá las bellezas á chorrillo. Yo quisiera poner al académico más fecundo en el trance de escribir al cuarto de la modorra y con el regente á la puerta, reseña de un *miting* abolicionista; crítica del drama nuevo; descripción del *raout* de la Marquesa de los *Lirios Negros*; tres sueltos intencionados de política; uno de metafísica, otro de metalúrgica, algo del Congreso de Veterinaria, y todo ello por veinte duros al mes y la esperanza de una mísera Subsecretaría, el día que vengan los nuestros. Pocos saben, amigo, las cuartillas que han menester—aunque la tijera sea socorrido complemento—quince ó veinte columnas de tipo menudo: pues nosotros las llenamos cada día; si con *traspieses* inevitables, que el sueño ó el *champagne* nos hacen dar á veces, con frase espontánea, oportuna, chispeante, al paladar moderno mucho más grata que los limados, insípidos primores filológicos. No somos, por otro lado, los periodistas, los únicos en aportar al acervo común de la palabra, cosecha nueva; los señores diputados, las agencias telegráficas, sobre todo, los catedráticos de filosofía krausista, no quedan á la zaga en la labor de vivificarla y rejuvenecerla. Protestas no faltan entre rancia y murmuradora gentecilla

deseosa de ver al pueblo ibero
anclado entre la jota y el puchero;

tienenos sin cuidado, como perros que ladran á la luna; sus atrabiliarios argumentos pulverizamos con este que no tiene vuelta:

Y rabie Garcilaso en hora buena,
que si él habló la lengua castellana,
yo hablo la lengua que me da la gana.

—Es concluyente.

—Y oportuno, en país desdichado, como aqueste, en que la razón anda por las nubes. ¿Querrá V. creer que ha habido quien escriba que los periodistas son «mala y diabólica ralea, nacida para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso saber, para agitar estérilmente y consumir y entontecer á los pueblos, para halagar la pereza y privar á las gentes del racional y libre uso de sus facultades discursivas, para levantar del polvo y servir de escabel á osadas medianías y espíritus de fango?»

—¿Por los neologismos se dijo?

—Por todo. Los que piensan que

siempre tiempo pasado fué mejor,

suspirando por la galera acelerada, no es maravilla echen de menos la tranquilidad de espíritu que al domicilio llevarían dos cuartillas semanales de impresión anunciadoras del preñado de la Reina de Inglaterra, de las nuevas del terremoto de Varsovia, aportadas por el correo de gabinete, y en suplemento extraordinario, la famosa cosecha de algarrobas nunca vista en Ataquines; si no van más atrás en preferencia, á los portales de Guadalajara, donde los Cabrera de Córdoba y los Pellicer, precursores de *gaceteros* y *gacetilleros*, á su turno, transmitían de viva voz, en los corrillos, los sucesos de la villa y de la corte. Estos tales, no perdonan, sin embargo, ni siquiera el artículo de fondo de la media sábana impresa que mañana y noche va á sus manos, y es de entre ellos el que reclama extravíos y retardos del repartidor con menos tolerancia, y el que, oído alerta al chirrar del papel que se desliza por bajo de la puerta, lo recoge en persona por saber más presto

las pulsaciones del reo en capilla, curando de los nervios á su cara mitad, con la lectura en voz alta que la deleita. Los Cationes vocingleros, por nada en este mundo dejan de examinar si en las columnas se trata de la peroración que dirigieron á la *Institución de Institutrices*, por ejemplo, ¡y critican la inocente satisfacción del que desea que el público se entere de haber marchado á las aguas de Loeches! ¡Este es el mundo; ingratitude, envidia, miseria! De cualquier modo,

valemos mucho,
por más que digan.

Ahí están los casinos, nacidos á la sombra del diario; las asociaciones populares; la cultura, la instrucción de las masas; los doctores y aun los licenciados de... de cualquier cosa, cuya fama, sin la publicidad, fuera clarín de Ayuntamiento de villorrio.

Renombre más generoso
Da la pluma que el acero,
Que si no escribiera Homero
No fuera Ulises famoso.
Menos el valor presuma
Si eternidades anhela,
Porque si la fama vuela,
¿Quién la alcanzará sin pluma?

Si la prensa fuera un mal, como los mal humorados quieren, todavía, sin sacarles á colación la lanza de Aquiles, tendrían que convenir con el autor de la carta de los *Catariberas*, en que ha venido á ser *mal necesario como la mujer*.

Dijo, y se lanzó á la calle mi *reporter*.

Ahora, distinguido señor, apoyado en el deseo de instruirme y en el propósito de emprender un trabajillo de fraseología española novísima, que sirva á mis compatriotas, dirijo á V. la súplica anunciada; pido por su amable y autorizada intercesión, permiso especial bastante para examinar las informaciones recientes de la Real Academia Española, seguro de alumbrar con ellas la oscuridad de las notas, copias y ex-

tractos que de los diarios de Madrid he ido tomando, en la forma que, por muestra, indico aquí.

«En las elecciones de la Seo de Urgel, un grupo de *oposicionistas* penetró en el local, y los que componían la mesa fueron asidos por el cuello y *por sus opiniones*.

»Según despachos telegráficos recibidos de *Khartum*, la proclama del General Gordon ha quedado sin efecto, y si los dos mil hombres enviados para *incautarse* del enemigo no resultan leales, será muy difícil conservar esta plaza.

»Un toro desmandado se *coló* en la estación de Utrera á tiempo que llegaba el tren de la mañana. Entre los pasajeros venía Hermosilla, y el arrojado diestro con la capa *lanceó al bicho*, sacándolo del *andén*.

»Ayer han sido *sacrificadas* en el matadero cuarenta reses.

»Se ha determinado que á los soldados de la guarnición de Bilbao se dé para desayuno café *con su medio fot correspondiente*.

»A las dos *se ha intentado* celebrar sesión en el Ayuntamiento.

»Está aprobado *el croquis* de la circular de los *izquierdistas*.

»Horroriza la noticia últimamente recibida, de que los marineros de la expedición Greely *se han comido á sí mismos*. Lo dice el *Times*.

»En *Birmingham* ha ocurrido un caso de cólera; pero el alcalde y médico oficial de sanidad aseguran que dicho caso es simplemente de *cólera inglés*.

»Un oficial de artillería ha inventado un sistema de cartuchos metálicos de *vaina continua por embutición*.

»Diariamente ingresan en el depósito *un sinnúmero muy considerable* de perros recogidos en las calles.

»Cuarenta barcos se hallan *cuarentenando* en Mahón.

»Un niño *ha sido amputado* por el tercio del brazo.

»Entre las operaciones á que *ha dado lugar* la invasión cólera, es muy curiosa la de *trepar* la correspondencia procedente de puntos *epidemiados*.

»Un perro, indudablemente *infestado por el virus rábico*, ha mordido á una señora.

»Ha parecido la joven *raptada* en Alicante.

»Seis mil trabajadores hay *invertidos* en las obras del ferrocarril de Murcia.

»*Víctima de las heridas* que recibió al caer del coche un caballero *serioso*, ha fallecido en Biarritz: díjose en un principio que el accidente no fué casual, pero la noticia resulta *perfectamente* inexacta.

De víctimas se pudiera muy bien hacer capítulo aparte: en lápida de un cementerio he leído:

«A los cuatro años de edad
víctima de un carro fuí.»

«*Volvamos en sí.*»

Quiero decir, volvamos la hoja, por ser bastantes las notas para que no pase *desapercibida* la sección primera.

En la siguiente tengo apuntados, *absorbederos* de las alcantarillas; efectos *catapultantes* de un discurso; frío *extensivo*; *violación* de los tenientes de alcalde; política *obstruccionista*; *botadura* al agua; *iglesia arqueológica*; miedo *prohibidor* del Gobierno; *evitación* de perjuicios; taller de *ajustaje*; pregunta *incontestada*; *correligionario* político; *cante flamenco*; *cruzar las impresiones*; *bacalao de perro*; *voraz elemento*; *magnífico y succulento chocolate*; *capitán* de globo; *solución de continuidad*; *hacer atmósfera*; cañones *cinchados*; *tendido* del cable eléctrico; *cadáver purpurado*; *tiro de pichón con poules*; *conato* de choque entre dos trenes; frutas *vegetales*; *orgía de luz*; *pequeña combinación* de gobernadores; *pequeño crimen*, y *doble pequeña velocidad*.

La tercera sección, mucho más abultada, contiene palabras sueltas; *pasaportar*, *espadista*, *timado*, *correcto*, *lampistería*, *coleccionista*, *camionaje*, *hiate*, *rail*, *presupuestar*, *restaurant*, *carnerería*, *fumista*, *aduanarse*, *traicionado*, *entaluzar*, *obligacionista*, *diván*, *vitrina*, *degustación*, *trusó*, *ruleta*, *financiero*, *debutar*, *bromoso*, *silueta*, *delimitación*, *lavabo*, *inglés*, *chifladura*, *sablazo*, *eslipín*, *vagón*, *landó*, *lunch*, *menú*, *portier*, *milor*, *plancha*, *petardista*, *buquet*, *madrileños*, *conectar*, *buró*, *dimitido*, *burguesía*, *gomoso*, *sietemesino*, *rebachear*, *parquet*, *reservorio*, etc., etc.

De aplicación de adjetivos es la sección cuarta, no por el lugar menos importante que las otras; veo en ella cuanta me-

ditación requiere la elegancia de la expresión al uso; con todo, me parece que la práctica ayudará mucho, porque cuando se anuncia un banquete, por necesidad es *fraternal*; se cita un liberal, cátao *consecuente*; el Circo Hipódromo de Verano siempre es *afortunado*. Así, nombrando un juez, hay que anteponer *integérrimo*; á un presbítero, *virtuoso*; á un exministro, *ilustre*. El ejercicio va enseñando que corresponde *bizarro* al militar; *noble*, al titulado; *opulento*, al banquero, y la cuestión estriba, según veo, en no dar el nombre á solas, sabiendo distinguir de casos y cosas. «La bellísima y elegante señorita D.^a Rosa Seca contrajo ayer matrimonio con el acreditado farmacéutico, notable químico, distinguido publicista y redactor en jefe de la revista titulada *El Contraveneno*, D. Salvador Basalicón: deseamos...., á nuestros queridísimos amigos, etc.» Tengo copiados, con este ejemplar, algunos más que podrán sacarme de apuros en lo ordinario, no aspirando á los de ingenio, entre los que tengo apuntados: que la Tenorio es actriz *espiritual*; Gayarre *suspira admirablemente* un aria; *el gran perforador* Mr. de Lesseps halla dificultades en el comercio de Inglaterra *altipotente*.

Más fácil y llana la sección geográfica, apenas por memoria he puesto en ella medio ciento de voces, trasmitidas las más por el telégrafo; *Cambodge*, *Roumania*, *Fribourgo*, la ciudad de *Pilafilca*, la isla de *Panagua*, etc.; omito las de China, pero no la *América del Sud* y los ríos *septentrionados*, dignos de notoriedad.

De los folletines he formado capítulo distinto, por la dificultad de la clasificación analítica.

Pensándolo mucho, me pareció lo más derecho colegir trozos escogidos como este:

«Eran las tres horas después de medio día: Arturo descendiendo de un fiacre á la puerta del Hotel Bernoutillage; en vano el suizo intenta detenerle diciendo, según su anciana costumbre, que los señores comen en villa: Arturo monta cuatro á cuatro las escaleras, y sin darse la pena de hacerse anunciar, penetra en el ras de calzada. ¡Mas ah! En la plaza de Mlle. Elina se encuentra cabeza á cabeza con Mme. Blideau, que tricotaba simplemente.

—Caballero—dice ésta,—¿me dispensaréis el honor de explicarme lo que esto significa?

—Cómo, ¿sois vos?—repone el joven hombre, que era embarazado...—Pues bien; sabed que yo soy venido á serrar la mano de Mr. de Bernoutillage...»

Tengo escenas que, una vez desentrañadas, han de resultar muy bonitas; descripción de una *Caserna*; estudios de *grisetas*, *loretas* y *cocotas*; viajes; explicación del *tatuage* de ciertos indios que llevan en la piel, ya *una cabeza de muerto*, ya un águila real *esployada*, ya un *coleóptero piramidal*, enumeración de frutos, *grano indio*, *banana*, *manioc*, *lianas*, *ananas*, *vegetación lujuriosa*, *riñones salteados*...

Dícese que un inglés, traductor del Romancero, vino expresamente á Madrid con objeto de saber á punto cierto qué hacía el Rey D. Sancho en el cerco de Zamora cuando el traidor Bellido Dolfos le dió muerte. Lo comprendo en hombre de conciencia, y espero ha de servirme la cita para justificar esta carta y la apelación á la amabilidad, á la literatura, á la maestría de V., que hago y repito, comparando la situación de un alemán frente á tamañas dudas, con la del britano que no tenía más que una. Sobre todo aspiro al consejo é ilustración de V. para la redacción del último de los capítulos de mi obra, acaso, acaso, considerado primero cuando el libro se lea en mi patria: me refiero al que ha de informar el espectáculo español por excelencia, la corrida de toros; no por lo que el espectáculo es en sí, que esta es materia aparte, por sólo lo que atañe á la lingüística. Mis notas en el particular son las más deficientes, aunque con diligencia me he provisto de tratados, revistas, periódicos ilustrados, biografías y bibliografías, porque hallo cosa muy distinta lo escrito á lo hablado.

Lo que primero ha despertado mi atención en esta literatura peculiar técnica de gran colorido, es que sea requisito necesario en el escritor tener sobrinos, según indican las firmas de *El tío Melones*; *El tío Colilla*, y tantos otros *Tíos*. V. se servirá informarme si es así, ó si existe grado de iniciación, título profesional ó cosa que lo valga, que, al modo que distingue con nombre de *doctor* al que termina con aprobación

universitaria la carrera de las ciencias y las letras, señale con este de *tío* al que acaba con examen la de tauromaquia. Algo de esto me dió á entender un complaciente espectador en el tendido, refiriéndome, si no entendí mal, cómo los toreros estudian y se ejercitan en historia natural, anatomía comparada, química, legislación, economía política, gimnasia, esgrima, equitación, dibujo, baile y francés, antes que se les consienta la coleta, en cuyo caso, lógico y natural es que tantos y mayores conocimientos se exijan al crítico de toros y toreros, indicándolo claramente Jove-Llanos al decir:

«Las fiestas de toros son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor patrio y los talleres de nuestras costumbres políticas. Estas fiestas, que nos caracterizan y nos hacen singulares entre todas las naciones de la tierra, abrazan cuantos objetos agradables é instructivos se pueden desear: templan nuestra condicia fogosa; ilustran nuestros entendimientos delicados; dulcifican nuestra inclinación á la humanidad; divierten nuestra aplicación laboriosa, y nos preparan á las acciones generosas y magnánimas. *Todas las ciencias, todas las artes* concurren á porfía á perfeccionarlas, y ellas á porfía perfeccionan *las artes y las ciencias.*»

A propósito; me sorprende que por alimento de la afición (en mí ya necesidad), no reproduzcan los periódicos de cuernos, siquiera una vez por temporada, la oración del prócer asturiano, seguida de la que con el mismo título y en verso escribió el inteligente *matador* Vargas y Ponce, y de la epístola en tercetos dedicada por el Duque de Rivas al ensalzamiento de la garrocha; y no menos me admira habiendo de ópera, de zarzuela, de volatines, titiriteros y payasos, ó sea *clowns*, función diaria, doble en los festivos, que con una ó dos pobres corridas de seis becerros á la semana se resignen los directores de la opinión taurina, sin poner el grito en el cielo demandándola siempre que el tiempo no lo impida. El pueblo romano, que dió á España leyes y lengua, le mostró igualmente este camino, celebrando con cien días consecutivos de espectáculo, en que murieron 5.000 bestias, el estreno del coliseo de Flavio Vespasiano. Todo se andará, Dios mediante, en el momento que uno de tantos tíos Homerillos de *berren-*

dos, retintos ó caretos corniabiertos caiga en la cuenta de haber referido Quevedo que ya antaño había

Más enemigos que el agua,
 Más corchetes que un gabán,
 Más soplos que lo caliente,
 Más plumas que el torear.

Dejando estas cuestiones de reserva, por las revistas estoy impuesto, ante todo, de la *biografía* de los *bichos*, formando buena relación de nombres y calidades, aunque siempre con tropiezos; verdad es que no he cursado historia natural, no estando, por tanto, en aptitud de conocer tantos animales como figuran en la función. En uno de los artículos técnicos leo:

«Sonó el clarín y salió el primer *cuadrumano*... tomó cinco escrúpulos de vara, dejando dos *sardinas* en el redondel: el *Gallo* y *Pulga* le colgaron cuatro pares de cascabeles; un *mono sabio* recibió un acosón sin consecuencia, y *Lagartija* (que vestía oro y café) lo despachó (¿al mono?) de un volapié monumental. Hicieron las *mulas* la limpieza y apareció el segundo...»

Este que tal despachurró (dice el crítico) tres *arañas*; el cuarto *mandó á la eternidad cinco aleluyas*; el quinto, de que mucho se esperaba, no tumbó en la arena más de un *microbio*; y el sexto y último, puso fuera de combate dos *anguilas*. Resumen: «la plaza, un lleno; la presidencia, desacertada como siempre; los chicos, queriendo; la gente de á caballo, regular, y el sol haciendo de las suyas.»

Al fin, como las descripciones están impresas, el estudio que voy haciendo me ha de enseñar algo: lo que nunca podría interpretar, lo que con la repetición me aturde cada vez más y más, es lo que se oye en la plaza en ciertos momentos de calor y entusiasmo. Inútilmente he procurado coger al vuelo las voces que van como relámpagos de tendido á tendido; cuando en pie todo el mundo, llueven sombreros y naranjas, los palos giran, los brazos se levantan hacia la presidencia, entre el tremendo rugir de diez mil bocas, no distingue mi oído otra cosa que un huracán de *jotas* y *eñes* de espantoso efecto.

La especial nomenclatura de tales instantes críticos, que omiten las revistas profesionales y no consta en ninguno de los diccionarios, es la que, con mayor encarecimiento, ruego á V. me explique, en la seguridad de que *se lo agradeceré una barbaridad* (esta expresión sí logré aprender en andanada).

Por ende, si tanto la suerte me da,
Magüer que vos diga roman paladino,
Fiducia me viene que lueñe e vecino
La gen acuciosa mi prega verá.

Soy de V. con la más distinguida consideración atento y humildísimo servidor Q. B. S. M.,

F. HARDT.





CURIOSIDADES NATURALES
Y
CARÁCTER SOCIAL
DE LOS ESTADOS UNIDOS (I)

IX.

LAS CATARATAS DEL NIÁGARA.

I. En marcha. Harrisburg y *Pittsburg*. Poblaciones comunistas. El valle del *Susquehanna*. Centro maderero de *Williamsport*.—2. Las gargantas de *Watkins*. Travesía del lago *Seneca*. Aspecto de *Rochester*; su famosa cerveza. Llegada al NIÁGARA.—3. Descenso al río por el *plano inclinado*. La *cascada americana* y el paso por debajo del salto de agua. El *Whirlpool*. Hazaña del *Diablo atrevido*. El *ascensor* para acercarse al vórtice.—4. El *punte colgante* para trenes, viandantes y toda clase de carruajes que da paso al territorio del *Canadá*. Otro *plano inclinado*. El *Museo*. Aspecto de la gran *cascada canadiense* desde *Table Rock*. Regreso al territorio norte-americano por el *punte colgante* situado más arriba del anterior.—5. El *punte* é isla de *Goat* y los *Rapids*. Descenso á la *Cueva de los Vientos* por la *escalera de Biddles*. Belleza del arco-iris. Paso por debajo de la catarata. *Blondín* el funámbulo y *Sam Patch* el buzo. Aspecto del NIÁGARA en el invierno. Atracción que ejerce esta maravilla de la naturaleza.

I.—Aún no habían trascurrido seis días desde nuestra llegada á *Corinne*, cuando partíamos de *Filadelfia* en dirección

(I) Véase la pág. 43 de este tomo.

al Niágara. Para llegar á la ciudad de Penn, habíamos recorrido todo el trayecto de Corinne á Council-Bluffs, de que ya se ha hablado anteriormente, y luego los 1.640 kilómetros que hay desde este punto á Filadelfia, pasando por Chicago y cruzando los Estados de Iowa, Illinois, Indiana, Ohío y Pennsylvania. En esta travesía empleamos sesenta y dos horas, sin contar los altos ó paradas en los puntos de empalme de más importancia. No se nos podía acusar, por lo tanto, de perezosos.

A las siete y media de la mañana estábamos todos acomodados en los excelentes coches de la poderosa línea de la Compañía de Pennsylvania, y á las diez llegábamos á Harrisburg, pequeña y linda ciudad situada en la orilla izquierda del Susquehanna, capital del Estado, y dotada con un rico palacio para las oficinas públicas y un magnífico capitolio.

Desde aquí continúa la línea general hacia Chicago, pasando por Pittsburg, la Birmingham americana, notable por sus fundiciones de cañones y maquinaria, fábricas de clavazón, cristales, vajillas, cordelería, tejidos de lana y algodón, potasa y cien industrias más. Se halla situada esta población en la confluencia de los ríos Alleghany y Monogalia, que reunidos forman el Ohío, partiendo de aquí además el canal que une el Ohío con el Atlántico por el Chesapeake. El movimiento industrial de esta ciudad excede á toda ponderación; pero el aspecto urbano es triste, en cuanto las casas aparecen todas ennegrecidas por el humo del carbón de piedra.

Y ya que de Pittsburg hablo, añadiré que, según se me aseguró por entonces, existe cerca de este centro industrial, la pequeña población denominada *Community*, organizada bajo la base de la más rigurosa castidad en los dos sexos. A los asociados que más se distinguen por su virtud y laboriosidad, se les permite, sin embargo, el uso del matrimonio cada siete años; pero esta clase de concesiones parece que son muy raras. Dedícanse principalmente los afiliados á la industria, y compran todos sus efectos en las tiendas y establecimientos de la comunidad.

En contraposición con este organismo económico-social, puede visitarse, en el mismo Estado de Pennsylvania, otra población, muy industriosa también, donde, al decir de muchos, y

yo no garantizo la noticia, impera la poligamia recíproca entre los dos sexos, sin que la paz general sea turbada un solo momento.

Estas reminiscencias de ensayos prácticos, derivados de las exageradas doctrinas filosóficas que tanta celebridad dieron á Saint-Simón, Owen, Fourier, Cabet y Considerant, son una palpable prueba de la especial aptitud de aquel país para aceptarlo todo y todo respetarlo, en cuanto no lastime el derecho y el sosiego de los demás.

En Harrisburg tomamos el ramal del Norte, y pasando por Sunburg, llegamos en breve á Williamsport, donde hicimos un pequeño alto para comer. El camino remonta el ancho valle del Susquehanna, flanqueado de colinas en parte cubiertas de bosques y en parte roturadas. Se veían en muchos sitios restos de arbolado lastimosamente entregado á las llamas, para convertir el suelo en prado, donde apacentaba mucho ganado vacuno. Los campos aparecían cubiertos de maizales y algún tabacal. Hacia la cumbre de los oteros se destacaban grupos pintorescos de verde roble, pinos, cipreses, y otros muchos árboles de escasa edad, que prestaban al paisaje gran encanto.

Durante un largo trecho, la vía férrea corría paralela á otro camino de hierro, á una carretera y á un gran canal, como si una sola de estas comunicaciones no bastase para el tráfico y movimiento de aquellas industriosas comarcas. Vimos muchas fundiciones, fábricas de máquinas y minas de carbón, señal cierta de la prosperidad general. La población del campo estaba extendida por los diversos pagos en un sinnúmero de casas aisladas, rodeadas de extensos huertos. Estos edificios, construídos casi todos de madera, son sencillos y de un aspecto muy agradable.

En las orillas del Susquehanna se veían inmensas pilas de tablas, y tanto el río como el canal, aparecían sembrados de almadias de grandes dimensiones. No era de extrañar esto, porque Williamsport es el centro más importante para el aserrío de maderas. Sus fábricas entregan cada año al comercio 250 millones de pies de tabla de pino, cedro y otras clases de madera.

A un lado y otro de la vía íbamos dejando numerosos pueblecillos, cuyas lindas casas estaban construídas y pintadas de un modo tan nuevo como agradable. A poca distancia de los edificios, y rodeadas por los campos, resaltaban las blancas capillas de los cementerios y las losas sepulcrales, cercadas de árboles y flores cual si aquellos lugares fueran vistosos jardines de recreo. La idea de la muerte no parece allí tan aterradora é imponente como en nuestros áridos y severos camposantos, donde la inhumación por el sistema de nichos sobrepuestos, tiene algo de cruel, irrespetuosa y aterradora.

2.—Hacia las dos de la tarde dimos vista al lago de Seneca, y apeándonos en la estación de Watkins tomamos el ómnibus que por una larga y empinada cuesta nos condujo en media hora á lo alto de la montaña donde se halla la fonda, *Glen Mountain House*, en cuyo lindo hotel pasamos la noche, dispuestos á visitar allí, al día siguiente, las gargantas (*glens*) que dan fama á aquel lugar y excitan la curiosidad de todos los viajeros veraniegos.

Comenzamos muy temprano nuestro paseo, descendiendo por escaleras abiertas en la roca unas veces, y otras por tramos y puentecillos rústicos de madera que daban más amabilidad al paseo, ofreciendo á cada paso variados puntos de vista. El *Watkins Glen* es, en resumen, una especie de desfiladero ó tajo de curso irregular, cortado casi á pico hasta 30 y más metros de profundidad, y por cuyo fondo corre un humilde arroyuelo que, ora serpentea entre los cantos rodadizos, ora se remansa en las cárcavas de los recodos, ora salta espumante en los grandes y abruptos desniveles del cauce. En la especie de circo que se forma en una de las revueltas del arroyo, llamado la *Catedral*, el tejo llega á tener 90 metros de profundidad. Desagua este arroyo en el lago Seneca, que dista poco del *hotel*, salvando en tan pequeño trayecto un desnivel de 240 metros. La formación que aparece á la vista es de pizarras estratificadas horizontalmente, lo cual hace más difícil de explicar el origen de aquel colosal agrietamiento.

Por lo demás, el espectáculo no es tan sorprendente como lo indican los pomposos anuncios con que se describe, y tengo para mí, que la mayor belleza de aquella localidad reside en

los bosques que adornan la montaña, por donde el *Glen* marca su traza, en el lindo cementerio que se encuentra más abajo y en el conjunto del panorama que casi á vista de pájaro se desarrolla un poco más lejos, constituido por un gran número de casitas blancas, aisladas y rodeadas de jardines, la tersa y azulada superficie del lago Seneca, y más allá las cumbres de varias colinas de cimas redondeadas, vestidas todas de árboles siempre verdes de muy distintas clases.

En los alrededores de Watkins hay una hermosa vegetación arbórea, capaz de satisfacer al forestal más exigente por la variedad y belleza de las especies. Los arces, los tilos y los sauces, se mezclan allí con los abetos, los pinos, los tejos y los cedros, formando un inusitado consorcio que seduce y encanta aun al más indiferente de los aficionados á los espectáculos naturales.

Era la una y media de la tarde cuando nos embarcamos en un vapor muy grande, en el cual debíamos cruzar todo el lago. Tiene éste una anchura media de 800 metros, por una longitud de 64 kilómetros. Su altura sobre el nivel del mar es de 135 metros. Las montañas que lo circundan llegan á 1.128 metros de altitud. Las orillas son algo monótonas, si bien las aldeas están caprichosamente colocadas. Después de parar en cuatro ó cinco de éstas, dejando y tomando pasajeros, desembarcamos en Geneva á las cinco de la tarde, y tomamos, sin gastar más tiempo que el preciso para el trasbordo, el ferrocarril que nos condujo á Rochéster, donde hicimos dos horas de parada. Antes de llegar á esta hermosa ciudad, empalmamos en una de las famosas *cuatro vías*, esto es, cuatro líneas férreas que siguen por aquel sitio una dirección enteramente paralela. La campiña, surcada á la vez por un ancho canal, es esencialmente agrícola. Los campos alternan con los prados, siendo común allí la práctica de encalar y enyesar las tierras. La población está extendida por el campo.

Es Rochéster una hermosa ciudad de más de 100.000 habitantes. Sus calles principales, con casas de cuatro y cinco pisos, son más anchas y limpias y están mejor alumbradas que algunas de las más céntricas de Filadelfia. Desde las primeras horas de la tarde hasta las diez de la noche, discurre

mucha gente por las calles, lo cual no sucede en la ciudad del Delaware; pero ésta le aventaja en la elegancia y hermosura de sus mujeres. Poco antes de partir, hicimos un pequeño alto en un *bar* para probar la famosa cerveza que en la ciudad se fabrica y que lleva su nombre. Aunque poco perito en la materia, diré, sin embargo, que á mí me pareció excelente el *Rochester beer*, y que no encontré, por lo tanto, exagerados los elogios que á los aficionados les merece esta saludable bebida.

A las diez y media se puso el tren en marcha. Cruza la vía el centro de la ciudad, y luego se extiende por una campiña bien cultivada, pero de la cual no pude distinguir más que los rasgos más salientes por la oscuridad de la noche.

El tren seguía su marcha, y ya comenzaba á percibirse el sordo rumor de la gran cascada. A medida que el ruido se hacía más perceptible, aumentaba, como era natural, nuestra impaciencia. La luna dejó entrever, por fin, entre el claro de algunas nubes su plateada faz. A la pálida luz de sus destellos pude distinguir dos hileras de edificios formando una calle ancha y llana. La campana de la locomotora dejó oír su metálico sonido, y casi al mismo tiempo que pasaba el tren, oímos una voz que gritó: «Niágara.» Habíamos llegado á las famosas cascadas. El reloj de la estación señalaba la una y media de la madrugada. En aquel momento llevábamos ya, á contar desde Filadelfia, 890 kilómetros de viaje. La hora no era lo más á propósito para discurrir por aquellos sitios sin conocer bien el terreno. Por esta razón, y porque necesitábamos también de algún descanso, pusimos freno á nuestra impaciencia, y sentamos nuestros reales en el *Cataract Hotel*, que es una fonda muy grande, bien servida y amueblada, que con la *International* se reparte la mejor clientela que acude á aquellos lugares. No hay que decir que el estruendo del agua no nos permitió dormir con tranquilidad. Pienso que ni aun los sordos se han de poder sustraer á aquel descomunal ruido.

3.—Por fin amaneció el tan deseado día. Con la mayor diligencia nos acomodamos en los coches que para toda la jornada habíamos alquilado, y comenzamos nuestra excursión.

Las *guías* y los *ciceroni* suelen marcar un itinerario invariable para visitar todo lo que de notable ofrece el Niágara; pero nosotros no quisimos sujetarnos á este severo ritual, y nos abandonamos al azar, gozando así de impresiones nuevas y de sorpresas no pensadas. Así fué que, á corta distancia del *hotel*, y habiendo tropezado con la pequeña estación del plano inclinado, que desciende al pie de la catarata americana, tomamos asiento en los pequeños cochecillos que por aquel carril se deslizan, y nos lanzamos hacia el fondo del cauce del río. Muévase este aparato por fuerza hidráulica, y viene á formar una especie de *montaña rusa*, por la que bajan los carretones, sólidamente amarrados á una maroma de alambre, por entre carriles de hierro, salvándose en un abrir y cerrar de ojos una altura de 112 metros. La pendiente es tal, que más bien que resbalar por un plano inclinado, parece como que se va á descender á un pozo, á cuya idea contribuye la especie de lobreguez que allí reina debida á la cubierta de madera que cobija y resguarda de los accidentes atmosféricos aquel *artificio* de los modernos Juanelos.

Llegados al fondo del precipicio, nos encontramos junto á la impetuosa corriente del Niágara, á poca distancia del salto de la parte de los Estados Unidos. El ruido de las aguas era verdaderamente atronador. Avanzamos algunos pasos remontando la orilla y saltando por entre las peñas, cuando nos hallamos de repente al pie de la colosal caída. Un movimiento general de asombro se retrató en todos los semblantes. Una inmensa mole de agua, qué digo, un verdadero brazo de mar, cayendo desde una altura de 50 metros, en una extensión de más de 270, constituye allí la parte de la gran cascada, la cual se extiende luego en ángulo casi recto bajo una línea de forma de herradura, por la jurisdicción del Canadá, en una longitud de 730 metros más, con un salto de 55. Aquella imponente y abrumadora masa de agua, forma al caer gigantes remolinos, agitado oleaje y una tupida nube de bruma, que despide una lluvia fina y espesa á gran distancia, empañando, cuando á su través se mira, el límpido azul del cielo. Blanquean la agitada superficie de las aguas, ondas caprichosas de hirviente espuma, y por todas partes el peñasco-

so fondo de aquel espantoso piélago se ve cubierto de remolinos, vórtices, escollos y rompientes, como si el airado tridente de Neptuno hubiese herido violento aquel lugar de sus reinos, para dar una prueba del alcance de su soberana cólera. Tienen razón los norte-americanos; aquello es un verdadero *infierno de las aguas*; *the hell of waters*, como ellos lo llaman.

No sé cuánto tiempo estuvimos en extática contemplación de aquel inponderable espectáculo. Yo de mí sé decir, que la impresión que recibí no se borrará de mi memoria mientras viva.

«El Niágara, había dicho Carlos Dickens, ha quedado para siempre impreso en mí de un modo inmutable é indeleble, como imagen de belleza, que no desaparecerá de mi corazón sino con su último latido.»

Los más curiosos y atrevidos, y en este número no se quedan nunca atrás las jóvenes *yankees*, avanzan por un sendero pedregoso que se dirige por debajo de la cascada y continúa luego por un ligero y endeble puente de madera, que se extiende hasta unos 50 metros aguas adentro, y viene á caer detrás de uno de los chorros más grandes del salto general. En aquel lugar, el gran caudal de agua que se despeña, los hileros y regajos, y más que todo, la lluvia y la bruma que el líquido forma al chocar contra el fondo del cauce, hacen imposible la visión exacta de los objetos, no consiguiéndose más que el placer de encontrarse en medio de un verdadero *caos líquido y brumoso*, turbados los sentidos, y con el espanto en el corazón, al sentir tan de cerca la atracción del abismo. Para esta excursión, que se hace siempre con guías seguros é inteligentes, hay que cambiar las ropas que se llevan puestas por un traje impermeable, que se alquila en la caseta que al efecto se levanta al pie de la catarata. Al terminar este atrevido paseo, los *valientes* reciben de manos del encargado de este lugar un *certificado*, en el que se acredita haber pasado por debajo de la cascada. Este diploma de valor suelen guardarlo los norte-americanos con mucho cariño y presentarlo con orgullo á sus amigos cuando regresan á sus hogares. Los que por temor ó pusilanimidad no verifican esta excursión y no

recogen, por lo tanto, aquel atestado de serenidad y audacia, suelen ser mirados con cierto desdén por sus compatriotas.

Desde el pie de la cascada americana nos encaminamos á los *rápidos*, esto es, á los remolinos y rompientes que cuatro kilómetros más abajo forman el río al pasar por su cauce, relativamente estrecho, puesto que no tiene más que unos 90 metros de luz, y profundamente cortado entre rocas tajadas casi á pico, cuya altura excede de 80 metros. El río forma aquí un gran recodo, casi en ángulo recto, y como su velocidad es de 40 kilómetros por hora, esto, unido al inmenso volumen de agua que la corriente arrastra (Leyll la calculó en unos 42.000.000 de metros cúbicos por minuto), produce un remolino colosal, verdadero vórtice de un espantoso aspecto, y cuya profundidad es de más de 70 metros. En este remolino ó inmensa olla, que los norte-americanos llaman el *Whirlpool*, las barquillas y otros objetos flotan muchos días sin poder encontrar salida. El agua, á causa del violento empuje de la corriente y del rechazo de que es objeto en el recodo que el cauce forma, se eleva en el centro más de tres metros sobre las orillas, cuando, á no ser por estas extraordinarias causas, debiera suceder precisamente lo contrario.

El espectáculo es magnífico sobre toda ponderación.

El paso del *Whirlpool* es infranqueable, pero como no hay empresa que los norte-americanos no intenten, el día 16 de junio de 1861 se hizo un ensayo con el vapor de ruedas *Maid of the Mist* (joven ó doncella de las nieblas), que medía 27 metros de longitud y servía para pasar los viajeros de una á otra parte del río, por el sitio en que la corriente discurre con regularidad. La dificultad estaba en encontrar un hombre de bastante corazón para guiar el barco. Ofrecióse á ello, por una retribución relativamente módica, 500 dollars, Joel R. Robinson, el diablo-atrevido, *dare-devil*, como le llamaban en el país por su arrojo, por sus hazañas y por las muchas víctimas que había salvado de las aguas. A Robinson no le acompañaron más que dos marineros, que no conocían del todo el proyecto de su patrón. Empuñando el gobernalle y sereno y animoso ante el peligro, como un héroe de la antigüedad, Robinson se dejó arrastrar por la corriente hacia el pavoroso

vórtice, en el cual casi se hundió por completo. «Está perdido» —exclamaron con angustioso acento todos los espectadores,— y en efecto, flotando el barco al principio como un miserable pedazo de corcho, desapareció muy pronto entre las olas y la espuma; pero de repente se le vió aparecer de nuevo al otro extremo del remolino, rota la chimenea, pero gobernando con toda libertad. Joel, el hombre cuyo corazón no había temblado nunca, estaba firme en su puesto, desafiando con altiva mirada el poder de aquella bravía corriente, terror de los indios Iroquois, á la cual llamaban *Onyakarra*, esto es, *trueno ó maravilla de agua*, por el amedrentador aspecto de sus extraordinarias manifestaciones.

Robinson cumplió su palabra, y el *Maid of the Mist* llegó á Montreal, cruzando el lago Ontario y descendiendo por el río San Lorenzo.

El *Whirlpool* se visita descendiendo desde los escarpes de la orilla derecha por una especie de *ascensor* cómodo, holgado y elegante, que baja hasta una profundidad de 58 metros, á la sala de descanso, *reception room*, desde cuyas ventanas se ve perfectamente el vórtice, pudiéndose admirar también con más libertad, desde una azotea construída junto á dicha sala. Desde aquí se baja hasta la orilla misma del río, por un camino muy pendiente, cuyo desnivel no baja de 17 metros.

4.—Desandamos nosotros, admirado ya de cerca el turbulento remolino, la *altura* que habíamos recorrido con el ascensor, y una vez en el lugar de partida, cruzamos á la orilla opuesta del río—cuyo territorio pertenece ya al Canadá—por el famoso puente colgante, que da paso á la línea férrea que pone en comunicación las dos naciones. Es esta una obra de una solidez y belleza notables. Tiene el puente 244 metros de largo. El río pasa por debajo de él á una profundidad de 70 metros. Tiene dos pisos separados por una altura de 8 metros y medio. Por el superior pasan las personas que van á pie, y los carruajes ordinarios. Por el inferior discurren sólo los trenes. El conjunto de este atrevido puente, con su elegante combinación de cables, sus esbeltas torres de entrada y sus sólidos macizos para los amarres, es gracioso y armónico, acusando bien el inimitable gusto artístico que los norte-ame-

ricanos despliegan en este género de construcciones, y en el cuál no tienen rival en el mundo. El primer hilo de alambre para comenzar la construcción de este puente se pasó de una orilla á otra del río, por medio de una cometa. Por un procedimiento análogo arrancó el sabio Franklin á las nubes el misterioso rayo.

Apenas entramos en el territorio de los *Dominios del Canadá*, como llaman los ingleses á aquellas posesiones, nos encontramos con otro plano inclinado, por el cual se descende á la orilla izquierda del río, á la vista casi del famoso *Whirlpool*. La vía estaba montada al aire libre, y se ponía en movimiento por medio de una rueda hidráulica de grandes cajones. El descenso se efectúa con bastante rapidez, pero la inclinación del plano es bastante menor que la del que se encuentra en territorio de los Estados Unidos. En las inmediaciones del río hay bastante arbolado y no carece el paisaje de atractivo y esplendidez.

El carruaje nos condujo en poco rato al *Museo*, pasando por delante del hotel Clifton, que es un establecimiento de primer orden, y desde cuya terraza se descubre casi toda la catarata. Muchos ejemplares de historia natural, objetos indios y japoneses, momias egipcias y algunos otros productos raros, constituyen la riqueza del museo, en cuya disposición y distribución se observa bastante desorden científico, apareciendo los objetos colocados más bien para producir la admiración de las gentes sencillas, que para provocar el estudio de los sabios. Nuestra estancia en aquel sitio fué muy corta, porque nos atraía con su encanto la catarata que teníamos enfrente, desarrollando á la derecha la gran herradura que corresponde al Canadá. Nos aproximamos á ella tomando el paseo de *Table Rock*, que es el que más cerca se halla del gran salto. Llegados al extremo, apoderóse de nuestro ánimo otra vez el asombro y estupefacción. No es posible describir con exactitud el efecto que produce aquella enorme masa de agua, saltando espumosa é hirviente con un infernal estrépito al fondo del río, que en aquel lugar forma como un gran lago, tumultuoso y agitado, cubierto de blanca bruma que en densa columna se eleva al cielo, para caer después en forma

de menuda lluvia, cuyas gotas, atravesadas por los rayos del sol, parecen chispas de brillantes desprendidas del trono del Altísimo. ¡Soberbio espectáculo en verdad! A la vista de tanta maravilla, nos sentimos todos anonadados.

Mucho trabajo nos costó arrancarnos á la contemplación de tanta belleza; pero por fin nos decidimos á continuar la visita, volviendo á la orilla opuesta, de donde habíamos partido por la mañana. Al efecto, cruzamos de nuevo el río por el nuevo puente colgante, situado algo más arriba que el que poco antes habíamos atravesado (1). Es este de construcción más sencilla, y sólo pasan por él los viandantes y carruajes ordinarios; pero ¡qué puente, Dios mío! es aquello un prodigio de ligereza, elegancia, finura y gracia. No es posible imaginarse una construcción más linda, sutil y esbelta. Mide de largo 386 metros contados entre las torres extremas, y se eleva á 58 metros sobre el nivel del río. Las portadas de ingreso son de madera cubiertas de chapa de hierro moldeado, formando unos dibujos caprichosos de verdadero mérito artístico. Desde el centro del puente se descubre al frente toda la catarata, y á los pies el impetuoso curso de las aguas, que forman más abajo el famoso vórtice ya descrito. Visto de lejos, parece como una sutil tira de finísimo encaje, tendida de un lado á otro de las escarpadas rocas que forman la garganta del río por aquel lado. Parece imposible que

(1) En el año último se ha construído otro puente sobre el Niágara, para unir el ferrocarril *New York Central* con el de *Michigan Central*. Esta admirable obra, debida á los ilustres ingenieros Schneider y Hayes, tiene 278 metros de estribo á estribo, y 72 desde el nivel de las aguas hasta el asiento de los rails.

Aparte de la escollera y sillería de los asientos y estribos, este puente está construído con piezas de acero y hierro forjado de las mejores fábricas de los Estados Unidos.

La prueba se hizo con 20 locomotoras y 23 vagones cargados de arena que pesaban 1.900 toneladas.

El coste de esta obra ha sido de 750.000 pesos. También en Minneapolis se ha construído sobre el Mississippi un puente de 640 metros de largo y 9 de ancho, con 23 arcos. Pertenece á la línea de *Saint Paul, Minneapolis y Manitoba*. Ha costado 990.000 pesos.

aquella delgadísima red de invisibles alambres pueda resistir incólume el impulso de los vendabales. Más de una vez, al mirarle desde los diversos puntos que durante aquel día recorrimos, pensé en el puente fantástico de la anchura de un cabello por donde han de pasar después de muertos los buenos creyentes musulmanes para gozar de las delicias del paraíso de Mahoma. Diríase, en verdad, que se trata de un trabajo de hadas.

5.—Nos quedaba por recorrer la parte alta del río en su trayecto anterior al derrumbe de las aguas por las cataratas. Esta excursión puede hacerse en la mayor parte de los sitios en carruaje. Discúrrase por varias islas é islotes cubiertos de frondosa vegetación, entre las cuales descuella por su extensión la de la *Goat* (cabra). Las de *Bath* (baño), *Chapin* y *Luna*, son lindísimas. Se atraviesa, para dirigirse á la primera, un hermoso puente de hierro, obra digna de admiración por las grandes dificultades que ha habido necesidad de vencer, dada la impetuosidad de la corriente, para cimentar sus estribos. La isla de *Goat* está situada enfrente de la cascada norte-americana. Las aguas del río, subdivididas por las islas, impulsadas por una rápida pendiente y contrarrestadas en su curso por un gran número de peñascos y rocas de diferentes tamaños, corren irritadas y espumosas en busca del gran salto, formando á modo de embravecidas olas cuyo aspecto infunde tanta admiración como pavor. Esta es la parte del río que los norte-americanos designan, por antonomasia, con el nombre de *Rapids*, esto es, corriente fuerte ó rápida.

Terminamos la excursión bajando á la célebre *Cueva de los Vientos*, que se halla entre las islas de la Cabra y de la Luna. Con viento favorable, para que las aguas no sean azotadas en dirección del observador, puede el viajero asomarse al borde de este precipicio, que tiene 30 metros de profundidad, con una extensión superficial al pie de unos 540 metros cuadrados. Por la tarde, cuando hace sol, se ve siempre desde aquí un hermoso arco-iris, y en la ocasión oportuna aparece formando un círculo entero, fenómeno hermosísimo que no se ve en ninguna otra localidad del mundo. A veces, si bien son muy raras las ocasiones, aparecen dos y aun tres de estas ad-

mirables fajas policromas, cuya viveza de tintas es sorprendente. Al fondo de la indicada cueva se baja por la escalera de caracol de *Biddles*, que es toda de hierro y está sólidamente empotrada en la roca. El número de sus escalones es de 90. Una vez en el fondo y en contacto, si así puede decirse, con la inmensa sábana de agua que la catarata arrastra, el corazón se extremece, y el ánimo se turba con una mezcla inexplicable de temor y admiración. Los más osados cruzan un puentecillo de madera que pasa por detrás del gran chorro de agua que cae por delante de la *Cueva*, para gozar mejor del espectáculo. Esta pequeña excursión, no exenta de peligros, exige el cambio del traje ordinario por otro impermeable, y la dirección de un experto guía. Es esta la segunda *heroicidad* que llevan á cabo los visitantes atrevidos. De vez en cuando algún viajero temerario se lanza al puentecillo confiando en su sangre fría, llega á mitad de aquel endeble y estrecho sendero, túrbase y anonádase con el estruendo de las aguas y la atmósfera de tupida bruma que lo circunda, pierde el sentido, y cae arrastrado por las aguas, víctima de su arrojo é imprevisión. Refiérense casos de alguna pareja de tiernos amantes, que poseídos de frenética embriaguez, hallaron allí, en vez de la sublimidad del placer que les incitara á la aventura, una horrorosa y cruel muerte.

Dimos con esto por terminada nuestra visita á aquel asombroso salto de agua, cuya grandeza y magnitud se impone aun á los más serenos é insensibles viajeros.

Al regresar al hotel, pasamos á un kilómetro y medio de distancia del salto de la catarata norte-americana, aguas arriba del río, por cuyo lugar el célebre funámbulo Blondín lo cruzó en 1859, á lo largo de un alambre de 360 metros. Al año siguiente este terrible equilibrista repitió el espectáculo, atravesando el río por encima del *Whirlpool*, por una maroma de 270 metros de longitud, llevando acuestas á un hombre. Entre los espectadores se encontraba el Príncipe de Gales.

Otra celebridad del Niágara fué el infortunado buzo Sam Patch, el cual se lanzó al fondo del río, al pie de la isla de la *Cabra*, desde una altura de 29 metros. El diestro nadador

salió triunfante de esta prueba de arrojo y destreza, y animado por el éxito, quiso repetir el espectáculo, arrojándose de nuevo delante de un numeroso público, desde la altura de 38 metros. Fué este su último rasgo de osadía. Su cuerpo desapareció entre las aguas y nunca más se le ha encontrado.

El aspecto más admirable del Niágara, según el parecer general, es el que presenta en invierno, cuando las aguas, apesar de su terrible movimiento, experimentan la influencia de las heladas. Entonces se ven erguirse sobre el precipicio enormes columnas de hielo, las cuales se destacan sobre las estalactitas colgantes del borde de las rocas, con severa majestad. La escarchada neblina que sale del fondo del río y cubre los árboles con su plateado manto, el ruido del hielo al ser arrastrado por el espantoso salto, el río encadenado queriendo romper sus helados grillos como si fuera un monstruo empeñado en formidable lucha, todo da á la escena una terrible severidad que solo viéndola puede apreciarse debidamente.

El Niágara, digámoslo por conclusión del pálido relato que de él acabamos de hacer, ha sido dotado por el Todopoderoso con una fuerza de atracción que nadie puede resistir.

«Siempre vistiendo su ropaje de terror y belleza, con el arco-iris sobre su frente y el manto de bruma á sus pies;»

«.....glorious robe

Of terror and of beauty.....

God's rainbow upon its forehead, and its cloud mantle around its feet.»

ofrece á la admiración de los hombres, con su soberbia caída, la más imponente de las maravillas de la naturaleza.

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

(Se continuará.)



EN LAS REGIONES POLARES

HASTA la presente, fuerza es confesarlo, no están en relación los gastos y sacrificios hechos en las expediciones al polo con los resultados científicos obtenidos. La última de todas, mandada por el teniente Greely, ha ocasionado muchas desgracias, uniendo unos cuantos nombres más á la lista, ya larga, de los que han muerto en aquellas inhospitalarias regiones.

Con perseverancia admirable han recorrido los esforzados exploradores, ahora en buque, ahora en trineo, gran parte de la cuenca polar, sin que apenas ofrezcan importancia las consecuencias que se desprenden de los datos recogidos por aquéllos. Y, sin embargo, acaso no haya para el estudio de las ciencias naturales punto de tan singular interés como el polo.

Las condiciones extremas, en medio de las cuales manifiéstanse las fuerzas de la naturaleza en la inmediación de los polos, determinan fenómenos que ofrecen base adecuada para el estudio de la esencia de dichas fuerzas; por ejemplo, el del magnetismo terrestre y sus perturbaciones, parte tan oscura aún en la física. Allí habrían de estudiarse también las auroras boreales, curiosa manifestación de la electricidad atmosférica, que rara vez se presenta en nuestras latitudes.

Por lo que toca á la meteorología, la proximidad de los polos, rodeados de un cinturón de hielos, da á tales regiones decisiva influencia, puesto que se funda el movimiento general de la atmósfera en las corrientes de aire frío ó caliente, seco ó húmedo, que se cambian entre el ecuador y los polos; la distribución del calórico sobre nuestro globo constituye una de las cuestiones fundamentales de la meteorología, y de la observación completa de los vientos y corrientes atmosféricas, podrán deducirse, en beneficio de la agricultura y navegación, previsiones verdaderamente dignas de crédito.

La astronomía y la geometría hállanse igualmente interesadas en estas altas latitudes, la una por los fenómenos de refracción anormal que se advierten en las regiones polares; la otra por el achatamiento de la tierra que permitirá estudiar la oscilación del péndulo, es decir, la intensidad de la gravedad en los alrededores del polo.

Por otra parte, ¿no debe ofrecer grandísimo interés el estudio de la vida vegetal y animal en medio de condiciones tan extremas?

En geología, y para el conocimiento de las fases por que ha pasado nuestro globo, la Siberia con su fauna antediluviana, Nueva-Zembla, el Spitzberg y la Groelandia con sus petrificaciones y sus fósiles, son minas preciosas para la paleontología, á la cual ya han abierto nuevos horizontes.

Por último, podrían citarse otras ramas de las ciencias naturales interesadas muy mucho en las exploraciones polares, y sin embargo, es mínima la suma de conocimientos hasta ahora reunidos en todo este vasto dominio. ¿De quién es la culpa? No se debe á la falta de exactitud ni al corto número de observaciones efectuadas; débese á que el fin principal de las expediciones árticas ha sido siempre el de hacer descubrimientos geográficos, descuidándose las exploraciones puramente científicas; se ha puesto gran empeño en hallar el camino más corto que conduzca al polo, y no se han tenido en cuenta los tesoros científicos que hay desparramados á lo largo del camino.

Ciertamente que el viajero ártico, en lucha continua con los bancos de hielo, ó caminando en sencillo trineo, no está

en condiciones de verificar larga serie de observaciones científicas. ¡Gracias si logra vencer en aquella porfiada lucha por la existencia!

Conviene observar también que las expediciones se han realizado separadamente, sin que, por lo tanto, ofrecieran ninguno de los elementos necesarios para que fuesen comparables las observaciones.

De ahí que éstas, aunque numerosas y exactas, sólo den resultados aislados de interés secundario. Ahora bien: mediante prolongadas estaciones en puntos determinados de las regiones polares, es como se logrará hacer observaciones de valor real, y no con viajes en que predomina el deseo de avanzar más al Norte que avanzaron los antecesores. Es preciso poder comparar observaciones hechas simultáneamente en distintos puntos para que lleguen á ser conocidas las leyes generales que producen los movimientos magnéticos, la formación de las auroras boreales, la marcha de los vientos y de las corrientes, y la formación de los hielos.

No serán completos dichos estudios ínterin no se verifiquen al mismo tiempo en las cercanías de ambos polos, porque de las perturbaciones magnéticas, v. gr., importa conocer si se manifiestan á la vez en los dos extremos de nuestro globo.

*
**

Hacíase, pues, indispensable establecer al rededor de las regiones polares una red de estaciones puramente científicas, en las que se efectúen las observaciones citadas simultáneamente y según reglas fijas. Para ejecutar semejante proyecto, era preciso la adhesión y acuerdo de todas las potencias marítimas. Tomaron la iniciativa en este particular el malogrado teniente Weyprecht y el Conde Wilczek.

Weyprecht fué el teniente de la marina austriaca que en 1873, y á bordo del *Tegethoff*, descubrió las tierras de Francisco-José. Después de numerosas comunicaciones diplomáticas, se convinieron la mayor parte de las naciones europeas y

América; reuniéronse los delegados respectivos en Hamburgo, Berna y San Petersburgo, para celebrar conferencias en que se discutió la elección de puntos más á propósito para la instalación de los observatorios, las observaciones que habían de hacerse y el tiempo que debería emplearse en ellas.

Cada una de las naciones representadas se comprometió á sostener á sus expensas, durante un año por lo menos, una comisión científica sobre uno de los puntos convenidos, y á conformarse estrictamente con el programa redactado de antemano. Se decidió el establecimiento de quince observatorios, á los cuales fueron concedidas fuertes subvenciones, no sólo por las naciones interesadas, sino también por diversas personas entusiastas del proyecto.

Los países que tienen estaciones en el Océano Artico, son: los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Austria, Suecia, Noruega, Holanda y Rusia. Y en el Océano Antártico: Francia, Italia, República Argentina y Alemania.

La estación francesa se halla en la bahía de Orange, cabo de Hornos, disfrutando una subvención de 280.000 pesetas. Los Estados Unidos tienen dos estaciones en el Océano Artico, una compuesta de once individuos en la costa septentrional de Alaska, y otra, compuesta de veinticuatro, en la bahía de Lady Franklin. Los ingleses se han establecido en el fuerte Rae, gran lago de los Esclavos, en el Canadá, y los alemanes en el estrecho de Davis, cuya comisión consta de diez individuos, y disfruta 166.250 pesetas de subvención. Dinamarca ha instalado su observatorio en Godthaab, sobre la costa occidental de Groenlandia. La subvención es de pesetas 200.000.

Suecia debía establecerse en la bahía de Mossel, en el Spitzberg. Los fondos necesarios se reunieron por suscripción pública, habiendo contribuído un solo particular con 80.000 pesetas. La expedición, mandada por el capitán Palander, antiguo oficial de Nordenskiöld, á bordo del *Vega*, se vió detenida por los hielos, no pudiendo llegar á la bahía de Mossel; se ha instalado un poco al Norte de esta bahía, en el

cabo Thordsen, sobre la costa occidental del Spitzberg.

Noruega tiene su comisión en Bossekop; Holanda en Dicksonhaven, embocadura del Yenissei. Rusia posee tres estaciones: una en Finlandia; otra sobre la costa septentrional de Nueva-Zembla, con un crédito de 250.000 pesetas, 50.000 regaladas por el Czar y 200.000 por el Conde Strogonoff y la Sociedad geográfica de San Petersburgo; por último, la tercera estación se halla establecida en el cabo Borchaiia (Siberia).

*
* *

En el Océano Antártico hay, además de la estación francesa, la segunda estación alemana, situada en la isla Georgia del Sur, con la subvención de 176.250 pesetas, y una estación común á Italia y la República Argentina.

Por consiguiente, agregando á todas esas estaciones las que ya existían de un modo permanente, por decirlo así, en Rusia, Siberia, Alaska, posesiones inglesas de la América del Norte, etc., resulta que hay alrededor de la región polar ártica una vasta red de observatorios. Tal es el conjunto de esfuerzos reunidos para arrancar sus secretos á aquellas misteriosas regiones. Confiemos que tanto valor y constancia sirvan para proporcionar á la ciencia nuevas conquistas.

*
* *

Preguntándole al teniente Greely qué resultados ha conseguido con su expedición, declaró que cree en la existencia de un mar polar, pero que para llegar al polo Norte se necesitaría que las circunstancias fuesen más favorables que lo han sido hasta ahora, lo cual no impidió que el General Butler declarase, en una reunión celebrada en honor del intrépido teniente, que «los americanos no deben descansar hasta que lleguen al polo Norte. Deberán enviarse expedicio-

nes á las regiones árticas, para que permanezcan allí y avancen, estableciendo depósitos de provisiones á lo largo del camino. El polo Norte pertenece á los Estados Unidos, y preveo que su territorio abrazará bien pronto todo el hemisferio occidental, incluso los polos.»

Greely ha declarado que sería posible invernar dos años en la bahía de Franklin, pero que las fuerzas físicas de los expedicionarios disminuirían rápidamente. Añade que, á haber tenido víveres y ropas en cantidad bastante, él y sus compañeros hubiesen podido permanecer allí de ocho á diez años.

ZARAVEL.





DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

Continuación (1).

16. El navío de vapor el *Rey Galantuomo* y la corbeta de vapor el *Hércules*, que se hallan prontos para hacerse á la mar, parten para Génova de orden mía, con instrucciones de ponerse allí á disposición de aquel mando marítimo.—Le advierto por telégrafo al Conde de Cavour esta partida y la probabilidad de que el comandante del *Rey Galantuomo*, capitán de navío, Vacca, se traslade á Turín para ofrecerle sus respetos.

Hacia las ocho de esta mañana dejan estas aguas, con rumbo á Gaeta, el navío de vapor francés la *Bretagne*, de ciento veintiún cañones, sobre el cual ondea la bandera de mando del Vicealmirante Barbié de Tinan; el navío de vapor el *San Luis*, de ochenta; y el aviso de vapor la *Muette*.

S. E. el General Fanti me telegrafía:

«El General Sonnaz llegará á Benavente, para permanecer allí hasta nuevas órdenes. Si no ha partido aún el batallón de

(1) Véase la pág. 25 de este tomo.

granaderos, que permanezca hasta nuevas disposiciones. Telegráfieme hoy y mañana á Pescara, y le avisaré en seguida mis demás estaciones.—M. FANTI.»

Respondo:

«Las órdenes de V. E. serán cumplidas.»

Tomo habitación en tierra para atender mejor al despacho de los negocios.—El Municipio me señala un pabelloncito en el Palacio real en gracia de mi calidad de ayudante honorario del Rey.

Llega el *Carlos Alberto*.

Se presenta á mí el General Brignone, oficial de mérito eminente, estimado y querido de sus subordinados y en especial del soldado, por cuyo bien se afana sobremanera. Ha llegado ayer tarde y viene á tomar el mando inmediato de nuestras tropas en Nápoles, bajo mi autoridad superior: con él y con el General Valfré puedo en verdad considerarme bien apoyado. Háceme saber que al enemigo le podría ser fácil intentar un ataque de sorpresa contra Nápoles, avanzando por un movimiento á la derecha hacia el bajo Volturno, indefenso enteramente hasta entonces, y desde allí proceder á su empresa: de aquí la necesidad de cerrarle el camino por nuestra parte.—No desconozco la exactitud de su advertencia; pero me parece que habiendo los Borbones abandonado á Nápoles, cuando estaban en posesión de los fuertes que la dominan, no es de presumir que quieran intentar recuperarlo ahora que los fuertes están en nuestras manos, y cuando, además, la ciudad entera se ha declarado hostil á ellos; y no puedo resolverme á alejar por arbitrio mío porción alguna de la tropa establecida aquí, de la cual se podría disponer desde el cuartel general del Rey. Por lo cual, acordamos hacer presente el asunto al General Fanti, jefe de Estado Mayor de las fuerzas capitaneadas por S. M., para que tenga á bien disponer lo conveniente; en tanto que por nuestra parte estaremos sobre aviso, para no ser sorprendidos.

Le advierto al General Fanti la llegada de los Generales Valfré y Brignones. Le informo, á la vez, de que hay en *Sant-Angelo* seis batallones de la brigada del Rey bajo el mando

del coronel Pernot con el batallón de tiradores del mayor Soldo, y que el resto de aquella brigada está en Nápoles. Le anuncio que han llegado dos baterías de campaña, cuyos caballos se esperan todavía; pero que si es menester, los requisaré aquí. Pídole instrucciones tocante al movimiento de las tropas. Y termino avisándole que han llegado ya del Adriático la *María Adelaida*, el *Víctor Manuel* y el *Carlos Alberto*.

Voy con el Conde Anguissola á Caserta á ver al dictador, según su invitación de ayer. Allí, merced á la exquisita consideración del dictador en todo cuanto á mí se refiere en el mando de la flota italiana, y la buena voluntad de Anguissola para adherirse á todo cuanto pueda ser útil á la causa italiana, se establece su retirada del cargo que desempeñaba de Ministro de la Marina, y se me dejan facultades para destinar á este Ministerio al oficial que juzgue más apto para desempeñar en él la parte puramente administrativa, pues las órdenes de servicio militar deben emanar de mí en todo y para todo.

Volvemos á la ciudad.

Ya tarde, recibo, por medio de nuestra legación, el telegrama siguiente de S. E. el Ministro Farini:

«Estamos en Pescara, en donde permaneceremos mañana todo el día. Pasado mañana iremos á Chieti. Telegrafíenos las noticias de Nápoles.—FARINI.»

Respondo al instante:

«Nápoles espera con impaciencia al Rey. Mazzini está derrotado. El dictador proclama el plebiscito para el día 21 del corriente. Mucho buen sentido en la población. La guardia nacional es ejemplar por su noble actitud y disciplina. Estoy pronto con la escuadra para todo lo que se me mande.»

Hacia la media noche me traen un telegrama de S. E. el Presidente del Consejo, Conde de Cavour. Me dice:

«He recibido sus cartas. Apruebo sin excepción cuanto ha hecho. Continúe manteniendo al General Garibaldi en la única senda que puede conducirnos al cumplimiento de la grande empresa. Mañana el *Cavour* y el *Ruggiero* parten para ahí con el resto de las dos baterías. El Austria toma una actitud amenazadora sobre el Po, y conviene tener la escuadra pronta para trasportar tropas á Génova y para obrar en el Adriático, según las circunstancias.—C. CAVOUR.»

Respondo:

«Haré cuanto pueda para servir al Rey y al país con todo el lleno de mi deber, y con la devoción que profeso al Ministro; cuente seguramente con la escuadra para todo evento.»

17. S. E. el General Fanti responde á mi último telegrama de ayer, telegrafándome:

«La brigada del Rey está destinada á permanecer en Nápoles y no debe moverse sin orden de S. M. Reuna sus batallones en *Sant-Angelo* el General Brignone y tome el mando de ellos.—M. FANTI.»

Me apresuro á contestarle:

«A mi llegada aquí ya había en *Sant-Angelo* un batallón de tiradores y uno de la brigada del Rey. Habría sido poco prudente llamarlos, porque esto habría dado lugar á suponer que se quería dejar solo al General Garibaldi enfrente del enemigo. Permaneciendo allí eran reforzados para que pudiesen obrar con fruto; y así lo hice, apenas el predicho General me lo reclamó, puesto que no tenía instrucciones en contrario. Espero ahora las órdenes de V. E. sobre este punto.

El General Garibaldi insiste en tener á su disposición las dos baterías recién llegadas; ¿debo dárselas?»

Llega la *Constitución*, procedente del Adriático.

Sandri ha regresado: no ha podido llegar hasta el cuartel general de S. M. para entregarle el pliego de que le había hecho portador, á causa de habersele inutilizado el vehículo que le trasportaba. El Rey, sin embargo, ha tenido informes del giro de las cosas de aquí, que era lo que importaba, por medio del Marqués de Villamarina, que llegó al campo superando toda clase de obstáculos.—Ahora la dificultad de comunicar con el cuartel general ha desaparecido, porque ha quedado libre la vía telegráfica entre Nápoles y él; hecho de la mayor importancia para todo cuanto se refiera á nosotros.

Destino á Sandri á desempeñar las funciones de ayudante general del Ministro de la Marina, é informo al dictador de tal nombramiento. Me responde que le complace.

Voy á ver al General Türr, que tiene el mando militar de Nápoles, para arreglar algunos particulares del servicio de la plaza dependiente de él; y él, cumplidísimo siempre, dispone al momento conforme á mi indicación.

Por telegrama que recibo en este momento, las nueve de la noche, S. E. el Conde de Cavour me encarga telegrafiar al comandante Provana, en Ancona, para saber qué buques de transporte le son menester para llevar el parque de sitio á Nápoles, previniéndome que entretanto, para ganar tiempo, hiciese partir para allá al *Victor Manuel* con los buques de carga (1) que tuviera disponibles. Me añade que además del *Rey Galantuomo* y el *Hércules*, ya en camino para Génova, envíe allá las demás naves, que junto con las indicadas sean menester para embarcar la brigada entera de Aosta, que tiene orden de trasladarse aquí inmediatamente.

Acuso recibo del telegrama, y le manifiesto al Conde que han quedado á disposición del comandante Provana la *Dora* y el *Tanaro*, cabalmente para embarcar el parque de sitio, y que no podía, por tanto, hacer partir en aquella dirección sino solamente el *Victor Manuel*.

Envío al momento el telegrama recibido al jefe de Estado Mayor de la escuadra, para que le dé curso sin tardanza, con la advertencia indicada.

18. A las doce y media de la noche me traen el telegrama siguiente del cuartel general:

«Las tropas reales que están en *Sant-Ángelo* tomen posición en Maddaloni, y esto en cumplimiento del plan de guerra establecido, que no se puede cambiar; siendo indispensable que el Rey pueda obrar con el completo de sus fuerzas para todo evento, pues un fracaso sería grave daño, no sólo militar, sino también político.—M. FANTI.»

Me apresuro á darle aviso al punto al dictador de esta disposición de guerra, y le digo las razones, añadiendo de parte mía que al mandarlo ejecutar el cuartel general se propone que las órdenes se den de modo que á él le quede el tiempo necesario para ocupar con los suyos aquella posición avanzada, si lo juzga oportuno; lo que le insinúo para no darle motivo á echar á mala parte aquella desviación de tropas. En

(1) Buque *onerario* ó de carga es aquel que, formando parte de la marina del Estado, sirve más en especial para el transporte de municiones, vituallas, milicias y cosas semejantes.

seguida le respondo al General Fanti que inmediatamente ponía en ejecución cuanto me había prescrito en su telegrama; y así lo hago, aunque con la precaución antedicha.

A las dos de la tarde, el General Fanti, por despacho telegráfico, ordena lo siguiente:

«Reuna al momento, en Maddaloni, el General Brignone el primer *batallón de tiradores*, la *brigada del Rey* y la *brigada de artillería*; dejando en Nápoles la fuerza puramente necesaria para guarnecer los fuertes.—Prevéngase al General Sonnaz, que llegará á Maddaloni desde Benevento el día 24 del corriente, que se detenga por orden del Rey hasta nueva disposición, y tome el mando de todas las fuerzas allí concentradas, guardando así á Nápoles de un golpe de mano.»

Acuso el recibo y dispongo lo correspondiente según estas órdenes.

19. Le escribo á S. E. el Conde de Cavour dándole las noticias del día, favorables al plebiscito; le informo de los movimientos de las naves de mi mando, efectuados según las órdenes que me había comunicado; después me permito advertirle que en vista de la actitud amenazadora del Austria, conviene no hacer cambios en los equipajes de las naves que forman la división del Adriático, cambios deseados por el Comandante general de la Marina en Génova; teniendo más cuenta disponer de pocas naves aguerridas, que de muchas sin orden ni instrucción militar. Añado, no obstante, que he agregado á aquéllas el *Rey Galantuomo* y la *Garibaldi*, más bien por formar número que por otra cosa, tratándose de buques armados en confusión y desde hace pocos días, aunque están capitaneados por oficiales selectos y tienen Estados Mayores celosos del propio deber, siendo bien sabido que una nave no puede estar apta para guerrear, si no cuenta por lo menos seis meses de armamento. Después le hago saber que he tomado habitación en tierra para el pronto despacho de los negocios de mi incumbencia, dado que la firme disciplina en los buques de la escuadra, la aptitud de algunos de los comandantes y la del jefe de Estado Mayor de ella me dan seguridad de que el servicio á bordo continuará sin la menor relajación. Le entero también de que habiendo obteni-

do del dictador la supresión del Ministerio de la Marina, el cual era un obstáculo para mi mando completo en ella, había nombrado al capitán de corbata Sandri como ayudante general, por ser oficial adicto al dictador y de mi confianza.—Le informo de que en la tarde de ayer habían partido para Génova la *Constitución* y tres vapores napolitanos, con orden de hacer una demostración de desembarco en las bocas del Volturno, conforme á las instrucciones del dictador.—Le advierto asimismo lo conveniente que sería el prevenir al General Garibaldi de los movimientos de nuestras tropas, máxime cuando están vecinas á las posiciones ocupadas por los suyos, á fin de evitar que caiga en maliciosa sospecha de que no son directamente ordenados por el Rey.—Termino manifestándole que no puedo separar persona alguna de la oficina de Estado Mayor de la escuadra, por haberse aumentado mucho sus atenciones, especialmente á causa de tener que expedir todas las órdenes de servicio militar para toda la flota napolitana, que parten de dicho centro, y que había agregado definitivamente á él al teniente de navío Maldini, destinándole á tierra al lado mío, y encomendándole la dirección absoluta del desempeño de tantos y tan variados asuntos, como los que son inherentes á los múltiples cargos de que me hallo investido. Doy por motivo de esta disposición mía su capacidad, su incansable celo y la confianza que me inspira, añadiendo que le he reemplazado en sus funciones cerca del Estado Mayor de la *María Adelaida* con el subteniente de navío Mannati, que al intento había hecho desembarcar del *Beroldo*, de viaje para Génova, dando de ello aviso por telégrafo al Comandante general, á fin de tener tiempo de revocar la orden, si por ventura no la hubiese aprobado.

Por la tarde recibo una carta autógrafa de S. E. el Conde de Cavour, que merece ser conocida. Hela aquí:

• «TURÍN 17 de octubre de 1860.

Sr. Almirante:

No le he enviado antes de ahora instrucciones precisas, porque no me era posible trazarle una línea fija de conducta sobre terreno tan mudable como aquel en que el General

Garibaldi gobierna. Además, siéndole conocidas las intenciones del Ministerio, no dudaba que sabría obrar en conformidad con ellas. Y así fué.

Ahora que la crisis se aproxima, le señalaré reglas más precisas.

Hizo perfectísimamente en tomar el mando de las tropas. Puede dejar el mando inmediato de ellas al General Brignone; pero debe conservar la suprema dirección, pues importa mucho que no haya contacto de servicio entre este General y el General Garibaldi.

Nuestras tropas deberán, en caso necesario, defender la línea del Volturno; mas no concurrir al asedio de Capua y de Gaeta mientras estas operaciones no sean ordenadas por el Rey.

Por lo que toca á las flotas unidas, le doy plena autoridad para hacer en los Estados Mayores de las naves armadas todos los cambios que juzgue oportunos para fundir las dos marinas. Invitará (pero sin ordenarlo) á los oficiales napolitanos á usar de la divisa sarda, con la modificación de los distintivos del grado en las bocamangas.

Se abstendrá de establecer el bloqueo de Gaeta, puesto que antes de intimación regular hecha por nuestro Rey á Francisco II, no sería reconocido, y mucho menos respetado por Francia y España. Es de notar que el Almirante francés pertenece á un partido resueltamente adverso á la Italia, y en especial al Piamonte, y que por tanto se halla dispuesto á exagerar sus instrucciones para que nazca un conflicto. Sin embargo, si juzga que puede tener éxito un golpe de mano sobre Messina, le permito intentarle, con tal que se denuncie regularmente la tregua y se intime la rendición de la ciudadela antes de atacarla.

Me parece que la *María Adelaida*, con sus gruesos cañones, sería muy apropósito para esta empresa; pero le dejo completa libertad de disponerla del modo que juzgue más oportuno. Solamente le advierto que si se aleja de Nápoles encargue al Contralmirante Albini el hacer sus veces por lo tocante á la marina, y le dé al General Brignone instrucciones precisas.

En conformidad con el despacho telegráfico que hoy le dirijo, habrá expedido seguramente á Ancona los trasportes necesarios para cargar el parque de sitio, y á Génova las naves que son menester para cargar en unión con el *Rey Galantuomo* la brigada entera de Aosta.

Vea de alistar el mayor número de naves napolitanas para transporte, puesto que podría ocurrir el caso de un ataque im-

previsto del Austria, y por lo tanto la necesidad de hacer mover rápidamente divisiones enteras.

Si el General Garibaldi hubiera estado mejor dispuesto de lo que parece estar, habría yo reputado oportuno que intentase inducirle á restablecer la Sicilia en condiciones normales, llamando al prodictador y accediendo al envío á Palermo del comisario regio, Marqués de Montezemolo. Mas para no correr el peligro de despecharle, será mejor que esto se lo aconseje ó se lo imponga el Rey.—Podría sin embargo prepararse á cuanto le he indicado, ciñéndose por ahora á hacerle revocar el decreto emanado de Mordini, para convocar una asamblea en Palermo. Me hará saber por telégrafo cuándo reputa oportuno que el Marqués Ricci se traslade á Nápoles. Ha obrado bien en hacerle mención de esto al General Garibaldi.

Le envío una carta para el General Brignone.

Le renuevo el testimonio de mi consideración.—C. CA-
VOUR.»

Llega el *Tripoli* con municiones de guerra para la escuadra.

20. Muy de mañana respondo á la carta de S. E. el Conde de Cavour, recibida ayer tarde, y lo hago por medio del telegrama siguiente:

«Le acuso recibo de su carta de 17 del corriente y consideraré deber mío atenerme á su contenido. El General Fanti me ha ordenado retirar de Sant Angelo nuestras fuerzas y hacerles retroceder á Maddaloni. Naturalmente he dispuesto en conformidad con la orden recibida, é interpretando la intención del cuartel general del Rey, he advertido de ello al dictador, dándole el tiempo necesario para hacer ocupar aquella posición avanzada por los suyos, antes que fuese dejada por los nuestros. Tocante á la necesidad que V. E. me indica de armar el mayor número posible de buques eficazmente útiles para la guerra, creo que se podrían desarmar el *Be-rolodo* y la *Aurora* y servirse de sus equipajes para completar el del *Rey Galantuomo*, así como se podría pasar el personal completo del *Governolo* á la *Garibaldi*, nave de fuerza mucho mayor; pero quien la manda es Piola y sería disgustar al dictador el quitarle el mando; y por otra parte no estaría bien hecho el privar de él á Aste, que tan bien se ha portado en Ancona. Cuando haya venido el Rey idearemos el medio mejor de hacerlo todo. En cuanto á Messina, me parece que podremos muy bien rendir la ciudadela atacándola á todo trance; pero hay que tener en cuenta la actitud amenazadora de Austria, de lo cual el mejor juez es V. E.; por tanto, si

creo que se puede tentar la prueba, confío que lo haremos á conciencia. Me complazco en poderle decir que todo permite suponer una gran mayoría por el *sí* en el plebiscito de mañana. En este momento me informan que las tropas borbónicas maniobran para sorprender á nuestras fuerzas capitaneadas por el Rey. El General Brignone va á telegrafiar los particulares de esto al cuartel general, en tanto que yo se lo aviso sumariamente. El Marqués Ricci puede venir, luego que plazca á V. E. tenerle aquí; pero al entrar en funciones no podrá mantenerse independiente de la autoridad del dictador.»

Telegrafío al General Fanti que nos han llegado informes con alguna apariencia de verdad de que las tropas borbónicas hacían movimiento para ir á su encuentro, y que el General Brignone se ocupaba en indicarle por el mismo medio los particulares del asunto.

S. E. el General Fanti, por medio del Marqués de Villamarina, responde á mi último telegrama poco há referido, en estos términos:

«(*Urgentísimo*.)—Haga avisarle por medio seguro y pronto al General Sonnaz, que debe partir el 22 de Benevento, llegar el mismo día á Monte Sarchio, estar el 23 en Arienza y encontrarse el 24 en Maddaloni para asumir el mando de nuestras fuerzas concentradas allí, según las órdenes que le he dirigido de parte del Rey.»

Acuso el recibo al General, y hago al momento partir un enviado para Benevento portador de una carta mía para el General Sonnaz, en la que le explico las prescripciones susodichas, como recibidas del cuartel general. El enviado lleva orden de destruir la carta si llegase á haber riesgo de que cayera en manos del enemigo.

Por el capitán del puerto de Manfredonia tengo noticias de que el *Tanaro* y la *Dora* han arribado allí para desembarcar los útiles pertenecientes al parque de sitio. Les telegrafío, pues, que tienen que regresar sin pérdida de tiempo á Ancona, para recibir las órdenes del comandante Provana, á fin de embarcar el parque de sitio que se ha de trasportar aquí.

Le doy aviso de esto á S. E. el Ministro de la Marina en Turín.

El Conde de Cavour me telegrafía que envíe la *Aurora* á Génova, sólo con los hombres estrictamente necesarios para las maniobras del viaje, y que me sirva de sus tripulantes desembarcados para las atenciones de los nuevos armamentos; y añade que haga remolcar por ella el *Beroldo*. Indico el recibo, y dispongo por medio del jefe de Estado Mayor de la escuadra que estas órdenes sean cumplidas.

21. ¡Memorable día para Italia!

Toda la ciudad está en movimiento para manifestar su voluntad por medio del plebiscito; ¡y entre tanta confusión de gente, en medio de tanta alegría, reina un orden perfecto, maravilloso!

Admiro á esta población.

¿Qué me importa que sean muchos aquí los *analfabéticos*, si el buen sentido prevalece entre ellos como entre aquellos que saben leer y escribir? Y quiera Dios que yo no aprecie más á estos que á otros; pero quiero decir que en estas poblaciones de gente tan despejada, semejante falta no es corolario de idiotismo; y hago votos por que la enseñanza, á la cual se da grande impulso, coopere con éxito á mantenerlas honradas; de tal suerte que no ocurra jamás que con disminuir el número de los analfabéticos, se disminuya también el de los hombres honrados.

Vuelvo al diario.

Todo anuncia un *sí* casi unánime.

No se ven más que *síes* escritos en gruesos caracteres por todas partes.

Llenos están de ellos los muros de las calles, los escaparates de las tiendas, las ventanas, las puertas, los lugares más recónditos y remotos.

Se ven encima de las bayonetas de la guardia nacional, sobre los sombreros de los transeuntes, sobre el pecho de las señoras y de las aldeanas, pegados á los carruajes, tanto privados como públicos, en suma, sobre todas partes y en todas partes.

¡Imponente demostración es esta! Quien llame usurpación la nuestra, ó es ciego ó perverso.

A la observación que le he hecho al Conde de Cavour en

mi telegrama de ayer de que sería desagradable para el dictador que se diera el mando de la *Garibaldi* á otro, privando de él á Piola, contesta el Ministro que no piensa reconocerle un grado que no ha merecido. La calificación es algo severa á mi juicio, y aun añadiría indebida, si no conociese que el Conde de Cavour quiere indicar únicamente que Piola no tiene bastantes méritos adquiridos para poder ascender, dejando atrás á los oficiales que estaban delante de él antes que pasara á la marina siciliana; y en esto no se puede decir que vaya errado.

He asistido por algunas horas seguidas á la votación del plebiscito; y si he tenido que admirar el valor civil de dos ó tres personas que votaron *no*, he admirado al mismo tiempo la actitud digna de los circunstantes, que por nada del mundo desaprobaron aquel acto. ¡Hay, en verdad, algo de sublime en todo esto!

Llega el *Governolo*.

Parten para Génova el *Beroldo* remolcado por el *Monzambano* y la *Aurora* por el *Conde de Cavour*.

22. Con carta autógrafa fecha de hoy, el dictador me avisa que nuestras tropas de Sant Angelo serán subrogadas por los suyos mañana á las seis.

Doy las órdenes consiguientes.

La votación para el plebiscito sigue espléndida en favor del *sí* en medio del orden más perfecto: lo sé por el prodictador que se muestra muy contento.

Telegrafío al Conde de Cavour que estas poblaciones son en verdad admirables.

S. E. el General Fanti me telegrafía para decirme que no comprende cómo yo haya escrito al Conde de Cavour que el parque de sitio había sido desembarcado en Manfredonia, cuando él no había dado semejantes órdenes, y le constaba que los buques que le habían cargado no habían partido hasta ayer de Ancona para aquí; me pide explicaciones sobre esto y me avisa que mañana estará en Isernia. Respondo que habiéndome dado aviso el comandante del puerto de Manfredonia de que habían arribado allí el *Tanaro* y la *Dora* y desembarcado objetos pertenecientes al parque de sitio, había

creído de mi deber dar conocimiento de ello al Conde de Cavour, y nada más.

S. E. el Presidente del Consejo, Conde de Cavour, con carta no autógrafa de fecha 19 del corriente que recibo ahora, es decir, á las nueve de la noche, y que me parece dictada por él, me dice:

«Almirante:

Aprovecho la marcha á Nápoles del vicecónsul regio, para responder á su carta, por la cual le doy gracias. Absténgome de darle instrucciones acerca de las cosas militares, puesto que debe concertarse tocante á ellas con el General Fanti y con el Rey, con los cuales está en comunicación telegráfica directa.

Yo sigo creyendo indispensable impedir la vuelta de los Borbones á Nápoles; y por tanto, espero que será posible ayudarle al General Garibaldi á defenderse y conservar la línea del Volturno, pero sin exponer á nuestras tropas á peligros demasiado graves.

He hablado con Vacca. Comprendí con disgusto que hasta los oficiales de la marina napolitana querrían imponer sus condiciones; pero nosotros debemos estar firmes y tomar todas las disposiciones necesarias para una fusión completa de las dos flotas.

Mantenga la misma energía con la marina siciliana.

Procure persuadir al General Garibaldi de que vaya cuanto antes al encuentro del Rey; este es el único modo de impedir un retorno á las ideas de Crispi y compañía.

El Austria se va recreciendo en la frontera, sin que pueda decirse con certeza que medita una invasión; es evidente que se prepara para ella, y que en Varsovia hará lo posible por conspirar en daño de Italia. De aquí la necesidad de obrar con rapidez, de procurar que el voto de anexión sea lo más solemne y unánime que ser pueda, y de valerse del mismo para arrojar después al Borbón de Capua y de Gaeta.

Le advierto para su gobierno que el Almirante francés es adversísimo á la causa italiana y que se alegraría de poder meternos en un conflicto con la Francia.

Él envió parte de su flota á Gaeta para impedir el bloqueo de aquel puerto.

Es, pues, necesaria la mayor prudencia en las relaciones que pueda tener con las autoridades francesas.»

Y añade de su propio puño:

«He visto á Vacca. Me gustó poco. Los napolitanos tienen pretensiones absurdas. Quisieran promociones, como si hubieran combatido. Nada ofrezca, no se comprometa á nada. Su affmo.—C. CAVOUR.»

Juzgo oportuno telegrafiarle sin tardanza de esta manera:

«Recibo su carta de 19 del corriente. V. E. esté seguro de que no me comprometeré con el Almirante francés ni con nadie. Tenga V. E. la bondad de no formar juicio por las pretensiones que le ha manifestado el comandante Vacca, las cuales considero yo más bien personales que otra cosa, puesto que nadie de la marina napolitana me ha puesto condiciones al adherirse á la causa nacional. En cuanto á las pretensiones que puedan haber surgido en la marina siciliana, esté V. E. seguro de que los oficiales Lovera, Cannevaro y Denti deben estar enteramente ignorantes de ellas, pues ellos entraron con el solo objeto de servir al país; máxime Cannevaro, que igual en esto á su dignísimo padre, nada tiene de egoísta y está entregado por completo al bien de la patria. Yo no me habría valido tampoco de la autorización que me dió V. E. para concederle su paso á aquella marina, si no hubiera estado seguro de la nobleza de sus sentimientos. El plebiscito sigue gigantescamente en favor del sí para grande honor de estas poblaciones.»

A las siete de la tarde. En este momento me llega un despacho telegráfico de S. E. el Conde de Cavour, que aumentaría mi admiración hacia él, si esto fuera posible.

Le transcribo. Júzguele el lector:

«*Al Vicealmirante Persano.*—Nápoles.

El telégrafo anuncia que el Emperador de Austria ha hecho amplias concesiones á la Hungría y ha nombrado comandante del ejército de Italia al Archiduque Alberto, y jefe de Estado Mayor al General Benedek. Esto es muy amenazador. Tenga la escuadra pronta á partir para el Adriático. Haga una leva forzosa de marineros en esas partes. Si el Código napolitano no castiga de muerte á los desertores en tiempo de guerra, publique un decreto á tal fin, y si los hay, mándelos fusilar. Ha llegado el tiempo de las grandes resoluciones. Dígale al General Garibaldi, de parte mía, que si somos atacados, le invito en nombre de Italia á embarcarse al punto con dos de sus divisiones para venir á combatir sobre el Mincio. A toda costa envíeme á Türr para influir sobre los húngaros.—C. CAVOUR.»

Contéstole al punto:

«Permítame decirle que estoy penetrado de la más profunda admiración hacia su persona. Cuento seguramente con la escuadra, yo se lo fío; y también conmigo en todo y para todo con lo poco que puedo y valgo. Voy al punto á ver al General Garibaldi á Caserta, para comunicarle el telegrama de V. E. que acabo de recibir. Pronto le informaré á V. E. del resultado.»

23. Muy de mañana voy á Caserta á ver al dictador, y le comunico el telegrama del Conde de Cavour, que no deja de ponerle pensativo. Respóndeme que él no le faltará nunca á la Italia con su persona, pero que no podía, así de un golpe, darme una respuesta afirmativa tocante á su marcha de estas provincias con dos divisiones para trasladarse al Mincio, cuando aquí había que hacer frente á las fuerzas borbónicas; pero que reflexionaría seriamente sobre ello y me diría lo que pensase. Como la proposición del Conde está subordinada al evento de movernos guerra el Austria, no creo que es el caso de insistir; y en su lugar comienzo á manifestarle, por vía de conversación, que á mi juicio sería muy grato para el Rey que él fuese á encontrarle, teniéndole, como le tiene, en tanta estima como soldado y caudillo valeroso. Díceme que irá de buen grado. Después le informo del giro de las cosas concernientes á la marina; le entero de los movimientos de nuestras tropas de que tengo conocimiento, y me despido, quedando cada vez más reconocido á la consideración y afecto que me demuestra.

Telegrafío al Conde de Cavour los particulares de mi visita al dictador, concernientes á su último telegrama.

Ha llegado aquí el General Sonnaz. Le comunico las órdenes que á él le conciernen, recibidas por mí del cuartel general. Él telegrafía á S. E. el General Fanti, pidiéndole nuevas instrucciones, y obtiene por respuesta que se atenga á las primeras. Parte, pues, para Maddaloni.

Recibo el plano de la ciudadela de Messina, enviado por el Conde de Cavour á petición mía, pues no he podido hallarle aquí. Me dice que urgencias mayores hacen dejar para más tarde la empresa del ataque de Messina por la escuadra. Me

excita luego á someterle las propuestas de los comandantes de los buques, á fin de verificar la verdadera unión de las diferentes marinas que enarbolan nuestra misma bandera, teniendo en cuenta la primitiva antigüedad de los oficiales, y no pudiendo ni queriendo él dejarle á Piola el grado de capitán de navío, que no le corresponde. Está bien; lo haré cuanto antes.

Recibo orden del cuartel general para declarar el bloqueo de la plaza de Gaeta. Pareciéndome á mí que pueda ser este un paso algo arriesgado por lo que toca á la flota francesa que allí se encuentra como en guardia, capitaneada á mayor abundamiento por un Almirante hostil del todo á la causa italiana, al mismo tiempo que doy las disposiciones para la marcha de la escuadra en cumplimiento de la orden recibida, permítome someter esta reflexión mía á S. E. el Conde de Cavour y al cuartel general del Rey, pidiéndoles pronta contestación á ella.

Háblole á Piola y conviene en que sería injusto que él se adelantase sobre sus contemporáneos de carrera, conservando el cargo que desempeña en la marina siciliana, y me añade que daría su dimisión para volver á tomar el que antes tenía. Tan generosa resolución suya, á la vez que le honra á él, les quita todo derecho á pretensiones semejantes á los demás que se encuentran en su caso. No dejaré, para lauro suyo, de hacerle mención de ello á S. E. el Ministro Conde de Cavour.

Por telégrafo hágole saber á S. E. el Ministro Farini el espléndido resultado del plebiscito en favor del *sí*, y la noble actitud de esta población. Será grata noticia para S. M.

24. A la una de la madrugada, S. E. el Conde de Cavour responde á mi telegrama de ayer tarde, así:

«Espere nuevas órdenes del Rey antes de declarar el bloqueo de Gaeta.—C. CAVOUR.»

De conformidad con las facultades que me ha concedido S. E. el Conde de Cavour de hacerle las propuestas para los mandos de las naves que entran en armamento definitivo y las de los cambios en aquellos que constituían la división naval bajo mis órdenes en la reciente campaña de Ancona, á fin

de formar una sola marina italiana, le someto dichas propuestas por telegrama en la forma que sigue:

«Ricardi á la *Garibaldi*, y Delsanto á primer teniente de una fragata de primer orden: ambos lo merecen sebremanera. Guillermo Acton á la *María Adelaida*: es oficial á quien conozco hace muchos años íntimamente y al cual profeso grande estimación. Racchía á primer teniente suyo: á este oficial ya he tenido ocasión de encomiarle.»

Le advierto que he propuesto nominalmente á estos individuos porque pertenecen á la nave que enarbola mi bandera, y le ruego que acoja tales propuestas.

Para los otros buques me limito á indicar que se pongan oficiales nuestros para el mando de las naves napolitanas, y napolitanos para el mando de las sardas y que se combinen los Estados Mayores, de suerte que los oficiales, tanto militares como civiles, se hallen mezclados lo más que se pueda, procurando que cuando los comandantes pertenezcan á las nuevas provincias sean de las antiguas los primeros tenientes y viceversa. Igual sistema propongo para los oficiales subalternos y las tripulaciones; sin olvidar, no obstante, el decirle que poniendo en práctica tal sistema, por más que yo le tenga como el mejor para obtener la unión que desea, se provoca el grave inconveniente de tener una flota heterogénea en momentos en que acaso hay más necesidad de tenerla compacta; por lo cual me remito á su juicio acerca de la mayor ó menor oportunidad de ponerle en ejecución. Por último, le informo de que Piola había presentado su dimisión de la marina siciliana, acto que le honraba á éste, y que le pedía tuviese en cuenta.

Por nuevo telegrama me avisa el Conde de Cavour que por la noche partiría de Génova para aquí una fragata de vapor trayendo á bordo 200 carabineros, algunos oficiales y al Conde Arese, y me dice que haga preparar una caserna para los primeros. Diríjome para esto al General Türr que con su solicitud de costumbre da las órdenes oportunas al intento.

El anuncio de la venida del Conde Arese me complace mucho, porque hace tiempo que tengo la fortuna de ser su ami-

go, y porque vuelvo á prometerme muchos de sus consejos, que llevan siempre el sello de la más sólida sensatez.

Tengo un gran disgusto. S. E. el Conde de Cavour me telegrafía que desapruueba las promociones hechas en la marina napolitana ¡como si hubieran sido determinadas por mí! Y desapruueba el nombramiento que he hecho de Sandri para ayudante general. Duéleme en el alma, harto más por él que por mí, dado que por ahorrarle un momento de mal humor en el actual estado de las cosas, estaría dispuesto á los mayores sacrificios. Pero la verdad es que yo no he hecho promociones y que el nombramiento de Sandri es cosa reclamada por las circunstancias y bajo todos aspectos conveniente. Impaciente por justificarme, á fin de no perder en el concepto de hombre tan principal, no me detengo ni un instante, y sin cuidarme de que una breve tregua tal vez me dejaría escribir con más calma, le envió este telegrama:

«No he hecho promociones de ninguna clase; y aunque V. E. en cierta manera me había dado facultad para ello con su carta de 3 de agosto próximo pasado, conocía y conozco que hubiera sido propasarme en demasía. Es el General Garibaldi quien las ha decretado en su calidad de dictador, cuando tenía un Ministro de la Marina y yo estaba ausente. A mi regreso aquí, he sabido conducirme de suerte que el dictador volvió á poner la marina bajo mi entera dependencia, ¡y me ha parecido no haber logrado poco! Un momento de reflexión le convencerá á V. E. de las muchas dificultades que tuve que superar, y con cuánto y cuán exquisito tacto he tenido que conducirme para alcanzar feliz éxito. Tenga á bien V. E. poner confianza en mi proceder, pues para merecerla, creo haber dado pruebas suficientes de mi devoción al Rey, al país y á V. E. En la expectativa de la venida del Marqués Ricci, para asumir el mando de este departamento marítimo, no podía nombrar á un oficial de la marina napolitana para hacer sus veces, y exonerarle de seguro pocos días después. Habría cometido un error. Créalo V. E.»

Después le escribo:

«Excelencia:

No merezco la reprensión de haber hecho promociones, porque no he hecho ninguna ni dado siquiera promesas de tal clase, por más que V. E. me hubiera en cierto modo au-

torizado para ello con su carta de 3 de agosto último, como por telégrafo se lo he dicho hace un momento. Conocía la importancia de tal acto, y me he guardado bien de asumir su responsabilidad.

Cuando partí para Ancona, el General Garibaldi nombró un Ministro de la Marina, con lo cual cesó toda intervención mía en la flota napolitana y siciliana.

A mi regreso á Nápoles después de la campaña de Ancona, debí de conducirme con regular prudencia, cuando recobré el mando de estos departamentos marítimos. Si V. E. tiene á bien reflexionar cuántos escollos he debido evitar para lograr el éxito, se persuadirá de la prudencia que tuve que desplegar en tal asunto.

En mi ausencia instituyó el dictador una comisión de escrutinio, á cuya propuesta expidió decretos de ascensos, dió mandos, separó á varios de sus puestos, etc., etc. No podía yo ponerle condiciones al recibir el mando de la marina de estos departamentos: lo que urgía era tenerlo, y lo tuve; ¡y le tengo en absoluto! Esto era lo que había que superar, y lo he superado á satisfacción de todos, por más que era la parte más difícil de conseguir por la oposición de tantos intereses diferentes. Considere esto, Excelencia, y vea si he merecido su desaprobación.

Investido con el mando de la marina, hízoseme instancia para que tuviese á bien sancionar con mi firma los nombramientos hechos por el dictador; y no es menester decir que me negué á ello rotundamente. En mi derecho estaba para ello, pero no para anularlos. ¿Con qué autoridad habría podido verificar tal cosa? Tenga á bien V. E. reflexionar sobre ello un instante, y verá si el hacerlo estaba en mi mano.

No me retire la confianza que hasta aquí me ha dispensado. V. E. no puede figurarse cuánto me afano por el bien de la causa nacional, con tan profundo juicio dirigida y sostenida por V. E., y el arduo quehacer que me toca para mantener en buenos términos mis relaciones con todos los partidos, y para contentar intereses tan variados, sin lo cual me sería imposible marchar adelante. ¡Y es cosa que en verdad contrista, el ver cómo se trabaja siempre, no sólo para desfigurar mis operaciones, sino también para atribuirme otras imaginarias! ¡Así, que cuando me hallaba más seguro que nunca de que V. E. no prestaría oído por nada del mundo á malignas insinuaciones en contra mía, he aquí que me encuentro con que han sabido abrirse camino en su ánimo todavía! ¡Cáusame esto dolor profundo! Pero no me desaliento. Sírveme de consuelo la conciencia segura, y por tanto la certidumbre de que

V. E. ha de concluir por darme la razón. *Haz lo que debas y suceda lo que quiera*, es y será siempre mi divisa, hasta llevar á cabo esta difícil misión.

El nombramiento de Sandri es mío, pero impuesto por el estado enteramente excepcional de las cosas. Elegí con preferencia su persona, porque sé que es honrada; porque su nombramiento no podía disgustar al dictador, consideración que no me era dable descuidar; porque siendo afecto á mí, no había de oponer rémora á la marcha del servicio, cosa muy fácil de conseguir, sin dar lugar á sospechas en una administración aún no organizada; porque es oficial activo y capaz; y finalmente, porque estando ya destinado el Marqués Ricci á venir aquí y tomar el mando de este departamento marítimo, era menester asignar á este puesto para el breve intervalo que trascurriera entre la supresión del Ministerio de la Marina y la venida de Ricci, un oficial, que por la inferioridad de su empleo y por su posición en el cuerpo, diera menos ocasión á quejas, cuando tan pronto fuera exonerado.

Abrigo la esperanza, Excelencia, de que las explicaciones que ahora le someto, le convencerán de que no pude obrar de otro modo de como he obrado; y en todo caso, me alienta, repito, la certidumbre que tengo, por la seguridad de mi conciencia, de que V. E. no ha de suponer nunca en mí falta de buena voluntad en el cumplimiento de mis deberes. Con la satisfacción de tal convencimiento, tengo el honor de ofrecerle mi profundo respeto é inalterable adhesión.»

Escribo mis disgustos á Máximo de Azeglio, seguro de encontrar alivio y consejo en alma tan selecta.

CARLOS M.^a PERIER.

(*Se continuará.*)





LA APERTURA DE TRIBUNALES

(DISCURSO DE DON FRANCISCO SILVELA.)

Es la apertura de tribunales, tal como la establece la vigente ley, solemnidad de tanta importancia y trascendencia, que no sin motivo suscita el interés general de legos y peritos. Las gentes, por lo común desdeñosas respecto de los asuntos que no les tocan muy de cerca, han dado en mirar con ostensible atención todo lo que más directamente se relaciona con la administración de justicia. Así invaden las salas donde se celebra el juicio oral, tomando como una especie de participación, no exenta de bienhechora eficacia ni indigna de fervoroso aplauso, en una de las funciones principales del Estado. Así asisten al acto de inaugurar el año judicial y se preocupan en el estudio de los problemas jurídicos que con este motivo se presentan al fallo de la pública opinión.

Digámoslo en honor del progreso de las costumbres en un país, al que se supone entregado al desconocimiento más completo y reprensible de los fines de todo organismo social, presa aún de las sobriedades y disipaciones de la añeja fórmula de *pan y toros*: no es cierto que la conciencia del vulgo deje de sentirse inclinada á saludar los albores de nuestra regeneración legislativa. Y es que considera ésta, y hace bien, hartó más necesaria en lo administrativo que en lo político.

¡Triste cosa que la tendencia no sea fomentada con incesante empeño desde las esferas donde se teje y desteje esa eterna tela de Penélope, que representa la pesadilla de nuestros hombres de gobierno! Cada uno tiene para sus usos particulares una ley municipal, que fabrique Ayuntamientos á su arbitrio; una ley provincial, que le dé el mando supremo de las Diputaciones; una ley electoral, que ponga en sus manos el medio más expedito para evitar al ciudadano el pernicioso afán de discurrir.

¿Dónde están los mejoramientos prácticos, los adelantos positivos, introducidos al compás de las exigencias científicas de la época, en el libro de nuestras leyes penales y civiles?

Ocupa actualmente el sitial del Ministro de Gracia y Justicia, estadista tan consumado en la apreciación de los negocios gubernamentales, jurisconsulto de tan altos pensamientos y político de tan sanas intenciones, que, por fortuna, parece llegada la ocasión propicia para alentar de nuevo perdidas esperanzas, una y otra vez origen de abrumadores desencuentros.

El discurso que acaba de leer al declarar abiertos los tribunales, es lisonjero anuncio de la actividad de sus tareas y de la rectitud de sus propósitos, como consejero de la Corona en materias las más severas y difíciles entre las que pueden ocupar á los directores supremos de los destinos del país.

Y aunque no todos compartirán sus opiniones, que la unanimidad es en nuestro planeta planta exótica, á todos importa conocerlas y juzgarlas, anticipándose de esta suerte á ahondar en los secretos de un porvenir más ó menos lejano.

*
* *

Según el Sr. Silvela, el Gobierno no se propone por ahora reformar la ley de enjuiciamiento criminal ni las orgánicas del orden judicial: reputa sobrado empleo para su acción legislativa, en lo que puedan estimarse como reformas funda-

mentales de la administración de justicia, ultimar en el Senado la obra del *Código de Comercio* que las Cortes de 1883 dejaron aprobado en el Congreso, someter íntegro el *Código Penal* reformado á la deliberación y voto de los Cuerpos Colegisladores y llevar á su ansiado término, por medio de las autorizaciones necesarias, la *codificación civil*.

Veamos cuáles son los fines que acerca de cada uno de estos cuerpos legales abriga el jefe de la toga judicial.

Código de Comercio.—En él la acción del Gobierno ha de ser reducida: obra de una comisión eminente, llevado al Parlamento por un Ministro que reúne á sus títulos de juriscónsulto práctico y acostumbrado á frecuente dirección de cuantiosos intereses, los estudios y aficiones del legislador y del publicista, ofrece considerable progreso y beneficio sobre la legislación vigente, y notorias garantías de acierto, en la solución de dudas suscitadas por la práctica y en la atención á necesidades creadas por las nuevas formas de la actividad mercantil y los desenvolvimientos económicos y financieros desde 1829 á nuestros días. Tan sólo se propone el Gobierno obtener todavía algunas mayores facilidades para el principio de la libertad de asociación y el uso del crédito, simplificando fórmulas y requisitos legales, economizando reglamentaciones desacreditadas, recogiendo observaciones útiles dirigidas á la alta Cámara por centros profesionales, principalmente de Cataluña, y dejando abierto el camino y preparada la ley por si se creyera en su día oportuno, al plantear reformas en el enjuiciamiento, organizar de algún modo la jurisdicción especial de comercio, con participación en el juicio de la misma clase mercantil, al menos para ciertos asuntos y determinadas plazas.

No habrá quien no elogie el deseo ni aspire á que su realización surja cuanto antes. En asuntos jurídico-mercantiles, la intervención de los que en ellos tienen la competencia que les da su profesión, no puede rechazarse en modo alguno, ni por los acérrimos defensores de los tribunales de derecho, puesto que se trata de jueces expertos en la legislación que han de aplicar, ni por los entusiastas panegiristas del Jurado, de cuya condición participa un tribunal compuesto, al

cabo, de hombres que no viven en la atmósfera letal de los prejuicios.

Código penal.—Sin apartarse de las bases establecidas por los legisladores de 1870, quedará claramente confirmado que descansando nuestra Constitución política en bases permanentes por su naturaleza y por la voluntad legalmente expresada de la nación, *no es lícito el ataque y la impugnación de esos fundamentos esenciales*, sin coartar por ello los fueros de la investigación meramente científica y doctrinal. Declaración legal tanto más necesaria, cuanto que ha de emanar de una ley fundamental monárquico-parlamentaria, de la que forma parte una dinastía inviolable en la augusta persona del Monarca. Trata también el Gobierno de *fortificar la acción del poder público*, haciéndole legalmente más eficaz sobre esa población principalmente de las grandes ciudades, *constituída en relaciones de verdadera hostilidad con los ciudadanos que viven de la propiedad y del trabajo*.

Cuanto á lo primero, inspírase el Sr. Silvela en la teoría de la escuela positiva orgánica, que busca en la tradición y en la historia la base del orden social, sin divorciarse de las ideas modernas, dando al organismo político toda la fuerza que prestarle puede la realidad de donde toma los elementos que le son necesarios para su mayor perfección y mejor desarrollo funcional; es decir, todo cuanto vive en ella y tiene raíz en sus propias entrañas; lo que es producto de su historia y de su carácter, lo que está en el fondo de su experiencia, lo que es forma de su misma imaginación y representa ante ella una verdad sustantiva, más ó menos pasajera, según la gráfica definición del pensador insigne que hoy preside el Gabinete.

Por lo demás, ya reconoce el Sr. Silvela que el acto aislado de la vagancia, en sus diversas formas y sus variados accidentes que la policía conoce y clasifica en verdaderas profesiones de vida, con sus nombres, organizaciones y jerarquías, no siempre descubre nota sustancial característica de delito, si se examina en el gabinete del criminalista como fragmento de un mineral para determinar su análisis cualitativo; pero el ilustre jurisconsulto arguye que el Código no puede ser

hoy, que la política penal no consiente que sea, un catecismo de pura ciencia espiritualista, debiendo admitir delitos definidos y penados por conceptos convencionales y transitorios, á la manera en que los acepta el Código de los Países Bajos, redactado con el propósito de resumir la última palabra de la ciencia del derecho penal, y en el que se pena el hecho de pedir limosna hasta con tres meses de prisión, y hasta con seis al banquero de juegos de azar: hechos ambos que no contienen, desde el punto de vista puramente especulativo, la noción jurídica del delito.

El Sr. Silvela habla en este concepto, y así revela una vez más la singular perspicacia que le distingue, no de la ciencia de las penas, sino de la política penal. Con esta invocación, no es de extrañar aspire á extender la eficacia de la ley y de la autoridad en términos y condiciones de que *pueda defender á las clases trabajadoras y propietarias de la hostilidad constante de los parásitos que las amenazan, las explotan y las inquietan.*

Política penal... Pero política preventiva hasta su más exagerada aplicación. Si el trabajo es una ley, como pregonan populares aforismos, la holganza significa sin duda una infracción legal, acreedora á las sanciones consiguientes. Pero ¿dónde está el legislador á quien se burla y cuáles son los correctivos que proceden? Ni el Estado manda trabajar, ni puede mandarlo, en tanto no se organice en otros moldes y con fines más estrechos.

Aun mejor podría defenderse la ordenanza de 1775, que prescribía el servicio militar para los vagos, si la misión del ejército no fuese tan noble y elevada, que rechaza por inco nexa toda idea dirigida á convertirla en ocupación forzosa de los que no quieren tenerla.

La vagancia predispone al crimen, y el poder ejecutivo debe redoblar sus funciones protectoras de la colectividad en frente de esa predisposición temible de uno ó más individuos. Pero el poder judicial nada tiene que hacer donde no hay todavía hecho punible. Otra cosa es confundir lastimosamente el objetivo propio de cada poder, en cuya perfecta división y deslinde se funda cabalmente el régimen constitucional.

El Sr. Ministro de Gracia y Justicia lo dice con su proverbial precisión y lucidez: «El único progreso moral, serio, definitivo, permanente, consiste en los adelantos que en el sentido jurídico del país se logren.»

No lo malogremos, pues, entre unos y otros, confundiendo términos y sutilizando conceptos, hasta llevar la perturbación á ese sentido, aunque, para cohonestarla en cierto modo, sea posible citar textos extraños, poco elocuentes en la esfera primordial de las abstracciones científicas. No son éstas, en verdad, las únicas fuerzas impulsoras del organismo social. Pero cabalmente á que lo sean deben tender los esfuerzos de los gobernantes, vaciando leyes y costumbres en los espléndidos moldes del progreso. El que no posee bienes ó rentas, ni ejerce habitualmente profesión, arte ú oficio, ni tiene empleo, destino, ocupación lícita ó algún otro medio legítimo y conocido de subsistencia, ¿es vago, en todos los casos, por rebeldía voluntaria de la pereza, ó lo es quizás por impotencia de su actividad contra su desgracia, germen que arraiga, crece, se extiende y fructifica con asombrosa fecundidad sobre la tierra, y más que en otra, sobre esta tierra de España, donde el comercio es pobre, la industria naciente, la agricultura rudimentaria, y el presupuesto del Estado piadoso socorro de pordioseros de levita ó de uniforme?

Código civil.—El Gobierno pretende realizar la promulgación de un Código civil, donde tengan puesto y lugar las instituciones forales, como excepción del común derecho de Castilla y complemento á la obra general de reconstrucción del derecho nacional, regulador de nuestra propiedad y nuestra familia.

Ha dicho el Sr. Durán y Bas en su notable Memoria sobre las instituciones del derecho civil en Cataluña: «nadie desconoce, y aun menos niega, la imperiosa necesidad de que la legislación española tenga carácter nacional, ni nadie pretende se prescindiera del elemento histórico, y sólo al filosófico se dé entrada en el Código;» y otro respetable abogado de distinta escuela filosófica, el Sr. Alonso Martínez, ha escrito por su parte: «Renunciaría para siempre á la codificación civil, si para realizarla hubiera de pasarse de pronto el nivel sobre todas las provincias españolas, sometiéndolas á viva

fuerza á una ley totalmente idéntica, siendo como es diferente en puntos esenciales su organismo jurídico, con el riesgo inminente de producir en su seno una honda perturbación, porque fuerza es preparar la opinión y formar las costumbres antes de lanzarse á aventuradas reformas.»

No cabe condensar con mayor precisión y exactitud el sentir unánime y la convicción profunda de todos los hombres de Estado de los partidos gobernantes.

«El hecho es, añade el Sr. Silvela, que las instituciones jurídicas forales reúnen todos los caracteres de una vida nacional, en cuanto constituyen en los pueblos donde se mantienen ideas, sentimientos y afecciones unánimes, no meras concepciones de escuela ó intereses aislados de una clase determinada: son leyes incorporadas á la vida, en las que han hecho su maravillosa é irreemplazable labor los siglos, pasando de ser algo externo á nuestra existencia, como son las leyes y las organizaciones nuevas, por sabias y oportunas que ellas sean, á ser algo personal y propio, é íntimo del pueblo entero, de lo que no se juzga siquiera con el criterio independiente y frío de un crítico, de un estudiante ó de un jurisconsulto, sino con la prevención cariñosa y obligada de un hijo para con su madre, de un autor para con la obra de su vida y la de su escuela.

»Tal es el hecho, y el concepto con él relacionado es, que en este último tercio del siglo XIX, cuando la idea de nacionalidad es en tanta medida como pudo serlo nunca, fórmula necesaria del progreso humano; cuando apesar de su evidente necesidad histórica esa idea es combatida, como no lo fué jamás, por nociones filosóficas y económicas brillantes y seductoras; cuando los pueblos latinos sufrimos más que todos los del resto del mundo el embate y los riesgos vecinos de pasiones anárquicas y negación de toda disciplina nacional, nuestra política legislativa en el orden civil no puede ni debe dirigirse á destruir el hecho antes definido, sino á darle forma compatible con las necesidades de los tiempos, que asegure sus beneficios, prevenga sus extravíos y garantice su existencia contra reformas hechas en distinto espíritu, opuestos fines é imprudente apremio.

» Bien conozco las observaciones y argumentos de quienes me tacharán, tal vez, de contradicción, al ensalzar la necesidad de una nacional disciplina, y no buscar en la unidad de un Código igual para todos el lazo destinado á fortalecer la propia unidad de la patria; pero fácilmente se desvanecen esas aparentes contradicciones con el desapasionado análisis del hecho histórico y social contenido en las legislaciones forales, pues el amor de los pueblos, la adhesión de los espíritus convencidos de lo glorioso de una institución y lo augusto de una ley, no son cosas de las que se dispone al antojo de un legislador y en la medida trazada por una dictadura, sino que existen en condiciones determinadas por la historia y por el tiempo, y se aceptan ó se destruyen, pero difícilmente se trasforman.

» Hermoso sería, en verdad, hallar esos preciosos elementos de vida nacional esparcidos hoy en las sucesiones catalanas, en las capitulaciones matrimoniales de los navarros, en el usufructo aragonés, idénticos y unificados por todo el reino, y vivos por igual modo en el hogar de todas las familias de un extremo á otro de España, y glorioso disponer de ellos para decretarles como universales y espontáneos en el corazón de todos los españoles á favor de un proyecto de Código único é igual para todos. Bien deseáramos que el espíritu provincial se fundiese desde luego en un sentimiento de superior unidad, ideal científico de la nacionalidad y de la patria; pero si desgraciadamente nada de eso acontece ni es posible, ¿hemos de arrancar lo que vigorosamente se mantiene en algunos puntos con el asentimiento del pueblo, con el respeto de los hombres de ciencia, sin lesión de ajenos intereses, ni desigualdad en la repartición de deberes y cargas nacionales, por la esperanza remota de alcanzar de los siglos para la absoluta unidad legislativa el prestigio y la adhesión de todo el país, en la forma y manera que hoy le obtienen las instituciones forales en las provincias donde rigen?

» Para atravesar este momento difícil que se llamará en la historia del siglo XIX, ¿tan sobrados nos encontramos los españoles de prestigios históricos, de instituciones y de sentimientos populares, enlace del pasado con el presente, que

asegurando la realización del progreso, por evoluciones orgánicas, mantengan sin alteraciones dolorosas, y sin estorbar naturales desenvolvimientos, la vida normal de nuestra constitución política y jurídica, que sea lícito destruir de propósito los milagrosamente salvados de guerras, invasiones y revueltas en una quinta parte próximamente de nuestro suelo, y sin duda la más abundante en caracteres enérgicos, en poblaciones morigeradas y viriles, en los elementos todos que producen las nacionalidades fuertes y los Gobiernos libres? No; el concepto de mera utilidad práctica y de simplificación de relaciones civiles en la unidad de un Código, no es bastante á poner en olvido tan elevados intereses y tan respetables sentimientos.

»Ni se puede esperar tampoco llegar á la unidad absoluta por transacciones impuestas al resto de las provincias, de aquellas leyes que hacen el principal orgullo y culto histórico de Aragón, de Navarra y de Cataluña, viéndose aquí de cerca y á las claras, como el valor y sentido de las leyes depende ante todo y sobre todo de las costumbres, creencias y opiniones dominantes en el pueblo donde se aplican. Las legítimas, ó sea la mayor ó menor amplitud de la libertad de testar, el derecho de viudedad y la donación *propter nuptias* en forma que llega á resvestir los caracteres de testamento irrevocable, son las tres instituciones fundamentales características de los fueros de Navarra, Aragón, Mallorca y Cataluña, y su alcance es profundo en la organización de la familia, en el modo de ser de la propiedad, y en la dirección de las iniciativas y actividades de los pueblos donde rigen, y son allí observadas y cumplidas, no sólo por la fuerza de la ley, sino por el imperio de costumbres y de respetos sin sanción legal ni judicial en importantes extremos y graves aplicaciones y desenvolvimientos.

»Pero esas mismas instituciones privadas de su tradición y del asentimiento popular que ahoga las resistencias de los intereses lastimados, del hijo perjudicado, del heredero impaciente, serían en Castilla fuente de perturbación y origen de discordias, destinadas á herir y destrozar los mismos vínculos familiares por ellas defendidos y vigorizados en

otras provincias, y cuantos las envidiamos, viendo en ellas la demostración y la garantía, al mismo tiempo, de una vigorosa vida de familia, origen de las mayores fuerzas y virtudes públicas y privadas, no quisiéramos verlas planteadas en todo el Reino, que no es el objeto de nuestra envidia en ninguna materia legislativa, el acierto de la idea, la afortunada concepción de un organismo jurídico, redactado á maravilla, para lo que fácilmente se hallan últimos figurines en manuales y anuarios, sino la feliz y difícil armonía del interés social y de los asentimientos individuales, del precepto y de la costumbre, de la institución jurídica y del pueblo que la acepta y la desenvuelve en el sentido y con el alcance que el legislador quiso darles.

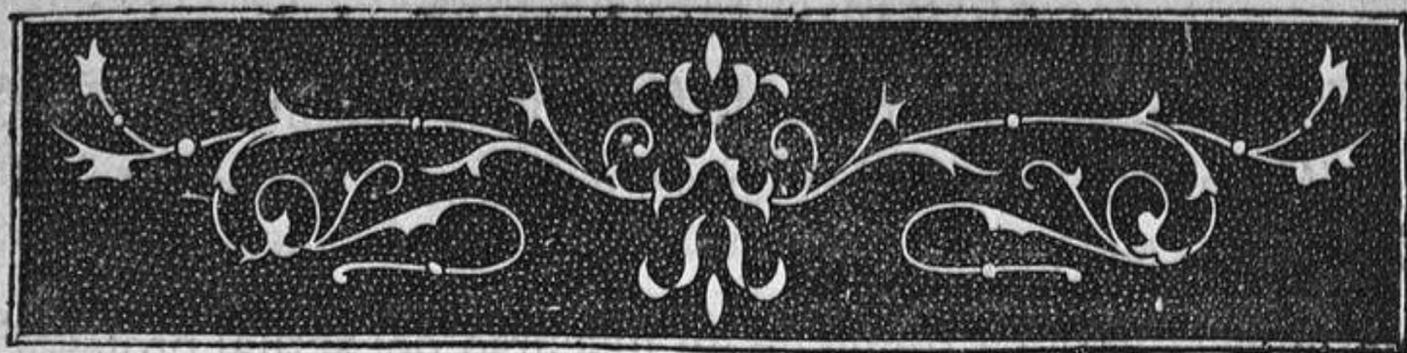
»Y cuando se piensa y se medita, en conciencia, sobre lo difícil que es llegar á tales armonías, y aprendiendo en las experiencias de la vida ó volviendo la vista, no más lejos que nuestro redor, se ven nacer vistosas y festejadas tantas leyes, tantas organizaciones, pertrechadas de previsiones y específicos para acabar con las debilidades del cuerpo social, ó con los abusos del poder, ó con las corrupciones de los pueblos, y las vemos á poco enflaquecer, enfermar y morir, sirviendo quizá de ludibrio á los mismos que las hicieron con el más puro entusiasmo y las más patrióticas intenciones, sólo por no haberse proporcionado á las costumbres y no encontrar un pueblo amigo que las respete y considere, sino una muchedumbre incrédula de sus beneficios y hostil á sus remedios, que las falsea y las desnaturaliza. ¡Ah! Entonces se acrecienta la veneración y el respeto hacia toda institución, hacia toda ley que ha logrado el inapreciable mérito de ser estimada, única garantía eficaz de que es segura y lealmente obedecida.»

*
* *

El plan está expuesto con admirable claridad: el cuadro contiene trazos de pincel maestro.

Ahora toca repetir con los almanaques: *Dios sobre todo.*

JAVIER UGARTE.



LA ODA

ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO.

CONTINUACIÓN (1)

XXX.

MÍSTICA ESPAÑOLA.



E dice común y vulgarmente, hasta por los escritores de historia literaria, obligados por el ejercicio de la crítica á observar la propiedad y corrección de las palabras:

—Los españoles han descollado en la poesía religiosa y ascética; su misticismo es altamente poético.

Así se confunden cosas muy distintas. El género es la poesía religiosa; las especies son la mística, devota, ascética, etc.

Para un estudio aislado se quedan esas subdivisiones de la poesía que canta á Dios, ó, creyente en la vida futura, pone delante del corazón contrito los sublimes terrores de la muerte, del juicio y del infierno; ó, devota de ángeles y santos, ensalza sus virtudes y pide fuerzas para imitarlas y reprodu-

(1) Véase la pág. 455 del tomo anterior.

cirlas; ó, ansiando identificar lo finito y lo infinito, aspira á la unión íntima con el Creador del universo y dador de todos los bienes y felicidades:

La poesía mística (tema de un discurso del actual profesor de literatura española en la Universidad Central), «ora tenga por intérpretes *yoguis indostánicos*, gnósticos de Alejandría, rabinos judíos ó ascetas cristianos, no es, ni ha podido ser en ningún siglo, género universal y de moda, sino propio y exclusivo de algunas almas selectas, desasidas de las cosas terrenas, y muy adelantadas en los caminos de la espiritualidad.»

Y, ciertamente, no bastan «la mera devoción y el bien intencionado fervor cristianos para producir maravillas de poesía mística, sino que el intérprete ó creador de tal poesía ha de ser encumbrado filósofo y teólogo, ó á lo menos, teósofo y hombre que posea y haya convertido en sustancia propia todo un sistema sobre las relaciones entre el Criador y la criatura.»

Según este erudito académico al ingresar en la Española, la Iglesia griega presenta al neoplatónico Sinesio dispuesto á «saciar la sed de ciencia en las eternas fuentes de lo absoluto,» y también al sirio San Efrem, «que con himnos católicos mató en las gentes de su país la semilla herética, derramada en sus versos por el gnóstico Harmonio,» himnos perdidos, á excepción de algunos ascéticos ó fúnebres, incorporados en la liturgia siria.

El principio de que á todo poeta místico precede una escuela filosófica, es innegable. El texto de la *Pistis Sophia* (Sabiduría fiel) y los evangelios apócrifos y lo que resta de Valentiniano y de Bardesanes, demuestran que los himnos y novelas de estos sectarios son una traducción, en forma popular, de sus sistemas emanatistas ó dualistas.

Se ha conservado, en parte, el himno de Agirio, usado por los priscilianistas gallegos, única rama gnóstica que se arraigó en Occidente. Es el siguiente, imitado con libertad:

— Quiero yo desatar corpóreos lazos:
ser quiero desatada.

- Quiero salvar al hombre entre mis brazos,
y ser quiero salvada.
- Quiero á los cielos elevar mi canto:
saltad con gozo puro.
- Quiero llorar: golpead, en duelo tanto,
herid el pecho duro.
- Quiero la pompa revestir divina,
galas mil ofreciendo.
- Lámpara soy, que luce y que ilumina
á ti, que me estás viendo.
- Soy puerta para ti que me golpeas:
llamas, y fuerza cobras.
- Tú, que mis obras ves y mis ideas,
mira, y calla mis obras.

Estas frases, rimadas según el paralelismo hebreo, responden: unas, al concepto de la naturaleza divina, y otras, las segundas, al de la humana.

El misticismo se acercó al alma de un rabino, de autoridad grande, casi canónica en las sinagogas, el que compuso la «famosa lamentación que será cantada en todas las tiendas de Israel esparcidas por el mundo, el aniversario de la destrucción de Jerusalem,» el castellano Judá-Levi, Abul-Hasan de los árabes. Lírico eminente, no es místico en rigor, sino bíblico y sacerdotal.

Salomón-ben-Gabirol, el Abicebrón de los cristianos, es autor de la *Fuente de la Vida*. Su poesía es filosofía emanatista alejandrina, con reminiscencias gnósticas. Poeta hasta en prosa, su *Corona Real* encierra trozos de soberana belleza. Obra lírico-didáctica, himno y poema, comprende en más de ochocientos versos, algunos traducibles en liras como éstas:

¡Eres Dios! Las criaturas
te dan adoración con arpa y lengua;
y, aunque en estas honduras
te canten voces puras,
más tu gloria no crece ni se mengua.
Va el hombre como ciego

por caminos y atajos y breñales,
 en pos de errante fuego,
 y en el abismo luego
 se despeña, sin término en sus males.

Tú eres Dios, y sostienes
 á los seres creados, con tu esencia
 que envuelta en ellos tienes,
 y á distinguir no vienes
 tu inmortal unidad y tu existencia.

Todo en tu santuario,
 con mi concepto racional, lo aduno:
 lo igual y lo contrario;
 que, bajo aspecto vario
 y diferentes nombres, eres Uno.

Sabio eres tú: la vida
 salió de ti, cual inexhausta fuente
 al principio nacida;
 de tu ciencia florida
 brotó la voluntad omnipotente.

Por ella de la nada
 los seres fueron, como luz fecunda
 en rayos mil quebrada,
 y jamás agotada
 la vida inmensos círculos inunda.

Chispas de misticismo alcanzan á los árabes. Tofail, filósofo, astrónomo y médico, natural de Guadix (Granada), escribió una novela mística, especie de Robinson filosófico.

Sin relación con moros ni judíos, los escolásticos, leyendo al falso Areopagita, aspiraron á la mística unión y contemplación extática. La escuela de Hugo y Ricardo marca varios grados y categorías de ascensión para la mente. San Bernardo, teólogo místico, empapado en la esencia del *Cantar de los Cantares*, reúne en admirable elocuencia suaves dulzuras y calor guerrero irresistible.

En el siglo XIII, mientras Santo Tomás purificaba á Aristóteles y lo encerraba en la *Summa*, la inspiración mística resplandece en los tercetos del Dante, en algunas de sus can-

ciones y en las poesías y actos mismos de la vida religiosa de los franciscanos.

En España, Ramón Lull, doctor iluminado, mártir de Cristo, profundo filósofo, teólogo verdadero, viajero religioso, novelista ascético, lírico fervoroso, aspiró á identificarse con el divino Amor de su alma.

Y, sin cantar místicos amores ni religiosos idealismos, Ausias March, amante apasionado de una dama, con más sinceridad que el Petrarca, merece citarse entre los místicos, por el sutil espiritualismo, en análisis psicológico-poético manifiesto, de la viva pasión que abrasó sus entrañas.

Y ya tocamos (en esta ojeada histórica, que debemos al docto historiador de los *Heterodoxos españoles*) á la genial y verdadera mística de los castellanos escritores, del apóstol de Andalucía, de San Pedro de Alcántara, de Fr. Juan de los Ángeles, del venerable Granada, de Malón de Chaide, de Fr. Luis de León, de San Juan de la Cruz y de la santa doctora de Ávila.

El capitán Francisco de Aldana pinta en bizarros tercetos la inmersión del alma en Dios:

Húndase toda en la divina fuente,
y, del vital licor humedecida,
sálgase á ver del tiempo en la corriente.

Santa Teresa, mística admirable en prosa, tiene en verso la letrilla famosa

Vivo sin vivir en mí...

pues son las veintiocho poesías, que á la santa fundadora se atribuyen con poca razón, inferiores á esas coplas, llenas de fuego divino.

Las odas de Fr. Luis de León, de carácter más acentuadamente místico, son: la *Noche serena*, *A Felipe Ruiz*, *A Salinas*, y *A la vida del cielo*. El P. Merino supone que es del Maestro otra oda, en que liras místicas como la siguiente honran á su autor:

¡Oh aires sosegados,
ya libres de las voces y rüidos,
al cielo encaminados,
del corazón salidos,
llevad con vuestras ondas mis gemidos.

San Juan de la Cruz... opone á la *Noche serena*, de León, la *Noche oscura del alma*. Sus odas religiosas, sublimes, exigen capítulo aparte, ya que no un libro voluminoso.

Malón de Chaide tradujo *Psalmos*, y en la *Conversión de la Magdalena*, prosa de exuberante lujo, insertó dos místicas y elevadísimas canciones:

- 1.^a Óyeme, dulce esposo,
vida del alma que en la tuya vive,
y alienta el congojoso
pecho, do se recibe
la pena que el amor en l'alma escribe.
- 2.^a Al Cordero que mueve
con el cándido pie el dorado asiento,
la lana más que nieve
cuajada allá en el viento,
en cuya mano va el pendón sangriento.

Esta oda, como tal, es muy superior á la primera.

Escasas muestras de buena poesía mística se encuentran en los cancioneros sagrados, abundantes en composiciones ascéticas, y más que ascéticas, devotas.

Sor Marcela de San Félix, hija de Lope de Vega, en su precioso romance:

En ti gocé de mi esposo
las pretendidas caricias,
los halagos sin estorbos,
los regalos sin medida...

celebró la mística y apacible soledad con frase dignas de su progenitor.

No del siglo XVII, ni menos del XVIII (en que falleció —1735),—sino del clásico XVI parece la monja sevillana Gregoria de Santa Teresa, que se elevó á los cielos en fáciles endechas:

Aquel profundo abismo
del Sumo Bien que adoro,
donde el alma se anega,
y es su dicha mayor el irse á fondo...

Místicas son otras dos religiosas: la portuguesa sor María de Ceo (cuyas obras se tradujeron al castellano en Madrid, 1744), la mejicana sor Francisca Josefa de la Concepción.

Del pensamiento es la citada poesía de sor Gregoria; *A un Pensamiento* es la oda, de grato conceptismo, sentidamente filosófica, religiosamente mística, de Gabriel Álvarez de Toledo, que dice:

Búscale, pues te busca;
óyele, pues te llama;
que descansar no puedes,
si en su centro divino no descansas.

Estas poesías etéreas, llenas de la santa aspiración de las almas escogidas á romper las ligaduras de la materia y á sumergirse en el océano del amor infinito, ¿no suenan á los torpes oídos de nuestro siglo como esas óperas sacras que llevan al teatro las severas armonías del templo?

XXXI.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Hay que hacer abstracción de los ruidos de la tierra para gozar en la ópera sagrada de estos músicos del espíritu, enamorados de lo eterno.

El abuso de los placeres, el hastío de la vida moderna, los golpes de la duda, tan cruel como vana, que intenta derribar el viejo edificio de la fe sin reemplazarle por otro; el andar vertiginoso del progreso material, que calma algunas necesidades y crea muchas nuevas; la manera de ser actual, en resumen, ha engendrado la afición poética al idealismo vaporoso, agridulce, crepuscular, que nos arrebató á regiones misteriosas, vacías de realidad, pobladas de sueños incoloros, en las noches del invierno, cuando abrigados en el lecho, sin nadie que nos aparte de la lectura de Herder, Byron, Heine ó Lamartine, sentimos el monótono chocar de la lluvia sobre los tejados, el silbar del aire en las rendijas de las ventanas y el retumbar del trueno en los espacios.

La naturaleza, con sus potentes manifestaciones, nos circunda y oprime. Aunque átomos perdidos en la inmensidad, somos átomos inteligentes que nos creemos en relación íntima con los demás innumerables que giran en el inmenso círculo de la naturaleza. ¿Quién, en estos momentos de extraña solemnidad, no se ha arrojado con la mente en las nieblas de un misticismo panteísta, por la voz de los poetas y de los vientos preconizado? Los más han caído, como aturcidos pájaros, en esos abismos de gasa, azul oscura, que ha tejido la imaginación poética en sus fabricaciones misteriosas.

Allí han rodado en fantástico viajar, en tumbos sin fin, en pesadilla interminable, hasta que el libro ha caído de sus manos, ó la luz del día ha puesto en fuga el tropel enojoso de sus sueños.

¡Ah! Si hubieran conocido la literatura mística española, el sueño hubiera sido tal vez visión poética de la venturosa eternidad, alborada radiante del sol espléndido y puro de lo infinito.

Aun para este útil y positivista entretenimiento de invocar á Morfeo entre imaginaciones poéticas, tiene el incrédulo lector, de gusto literario, un medio eficacísimo, superior á todos, en las estrofas líricas de San Juan de la Cruz, alma de fuego que se eleva llameante á las cimas de la luz eterna. Parecen hielo las frases más ardientes de los vates eróticos al lado de este vate del amor divino.

Hay que decir con el santo:

—¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores,
calor y luz dan junto á su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

Esta canción ú oda es fría si la comparamos con la *Noche oscura*, en la que el alma, sosegadas las pasiones de la carne, sale en busca del celestial Amado y se duerme sobre lecho de flores cuando ya ha caído en sus brazos amantes.

En un noche obscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A obscuras y segura,
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!
á obscuras, encelada,
estando ya mi casa sosegada.

Siglos hace, decía Salomón:

—«Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma;
busquélo y no lo hallé.

»Levantaréme ahora y rodearé por la ciudad; por las calles
y las plazas buscaré al que amo.»

Y continúa en su oda San Juan de la Cruz:

En la noche dichosa,

en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía,
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche, que guiaste,
oh noche amable más que el alborada,
oh noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada en el Amado trasformada.

En mi lecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

¿No interesa y enamora, más que estrofas sáficas y eróticos desmayos, esta amorosa, ardiente y poderosa alegoría, eco prolongado del místico *Cantar de los Cantares*?

Voy á confesar mi debilidad. Cada uno tiene sus aficiones, particulares: no entro yo ahora á razonar las mías, ni á combatir las ajenas; pero, sin tratar de hacer comparaciones, declaro sin rebozo que de nuestros clásicos del siglo de oro, exceptuando la epístola á Fabio, de Rioja, de Andrada, ó de quien sea, y alguna oda de León, la *Canción entre el alma y el esposo*, del gran poeta San Juan de la Cruz, es para mí la más elevada, amorosa, religiosa y filosófica que existe. Enciende la sangre y enardece el alma la imitación del poeta coronado de Jerusalem, la oda mística que, para cantar bodas ultramundanas, amores espirituales encumbrados sobre la tangible realidad de las cosas, pide á la naturaleza sus galas y al lenguaje sus armonías. No es esto—como dirá algún amante de Heine—música celestial, sino música del cielo. Prefieran otros el pomposo divagar de Herrera, el declamar

sonoro de Quintana; yo creo, amo y espero al recitar estas
liras armoniosísimas:

—¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y ya eras ido.

—Mi amado es semejante al gamo ó al cabrito de los cier-
vos. Helo aquí, está tras de nuestra pared, mirando por las
ventanas...

—Cuando apunte el día y huyan las sombras, tórnate,
amado mío; sé semejante al gamo ó al cabrito de los cier-
vos... (Sal.)

—Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adoleco, peno y muero.

—Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalem, si halláis á
mi amado, que le hagáis saber cómo de amor estoy enfer-
ma. (Sal.)

—Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

Oh bosques y espeñuras,
plantadas por la mano del Amado;
oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado.

—Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de su hermosura.

—Por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma. Busquélo y no lo hallé.

Halláronme los guardas que rondan la ciudad, y díjeles: ¿habéis visto al que ama mi alma?

¿Por qué, pues has llegado
á aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me lo has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta á deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos
y sólo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que es la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

—Fuerte es, como la muerte, el amor; sus brasas, brasas de fuego... Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni le ahogarán los ríos.

—¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

.....

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios rumorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonoros,
el silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,

la música callada,
la soledad sonora,
la cena, que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,
que ya está florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montaña.

—Hánse mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción es venido, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.

—Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas que echan á perder las viñas; pues que nuestras viñas están en ciernes.

—Detente, cierzo muerto,
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran tus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

—Levántate, aquilón; y ven, austro; sopla mi huerto, despréndanse sus aromas. Venga mi amado á su huerto y coma de su dulce fruto.

—A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de la noche veladores:
por las amenas liras
y cantos de sirenas os conjuro
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro
porque la esposa duerma más seguro.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Se continuará.)



VARIEDADES



TEORÍAS DE MAXWELL.—El punto de partida de las investigaciones más fecundas sobre la electricidad ha sido puramente teórico; sábese que los trabajos de Ampère no fueron más que una como comprobación material de ciertas leyes descubiertas por el cálculo; también Marcel Deprez ha buscado en la acertada aplicación de los principios de la teoría pura el modo de resolver el problema de la trasmisión de la fuerza. Importa, pues, mucho á los electricistas no descuidar la parte científica de la electricidad. Uno de los sabios ingleses que más se han ocupado en este estudio fué Maxwell, cuyas Memorias ofrecen alguna dificultad para ser comprendidas; pero ha dejado una obra elemental que puede servir de introducción á la lectura de aquéllas, y de su tratado completo de electricidad y magnetismo. William Garnett, profesor de física en la Universidad de Nottingham, la ha publicado en Inglaterra acompañándola con algunas consideraciones, en las cuales nos fijaremos principalmente.

Desde un principio se inspiró Maxwell en las ideas de Faraday, convirtiéndose, por decirlo así, en el traductor matemático del gran físico.

«Resolví—dice en el prefacio de su gran obra,—al empezar el estudio de la electricidad, no estudiar ningún tratado

matemático sobre este asunto antes de haber leído las *Recherches expérimentales sur l'électricité* de Faraday. Sabía yo que se motejaba á Faraday de concebir los fenómenos de distinta manera que los matemáticos; de suerte, que la terminología de éstos no estaba de acuerdo con la suya; hallábame también convencido de que tal desacuerdo sólo podía proceder de una mala interpretación.

»Me convenció primeramente Sir William Thomson, á cuyos consejos y trabajos soy deudor de la mayor parte de cuanto he aprendido sobre esta materia. A medida que adelantaba en el estudio de Faraday, veía que su manera de concebir los fenómenos era en realidad matemática, aunque no la expresara en la forma convencional de los símbolos del cálculo. Comprobé también que sus ideas podían expresarse bajo la forma matemática ordinaria.»

Maxwell dió expresión analítica á las ideas de Faraday; en 1856 leyó ante la sociedad filosófica de Cambridge una importante Memoria sobre las líneas de fuerza; cinco años después expuso en una serie de Memorias publicadas en el *Philosophical Magazine*, el bosquejo cabal de un sistema de mecánica capaz de explicar los fenómenos electroestáticos, la atracción magnética, acción de las corrientes eléctricas entre sí y sobre los imanes, y por último, el fenómeno de la inducción electro-magnética. Redujo á fórmulas elegantes y sencillas ciertas leyes; por ejemplo, relativamente al modo de obrar los imanes frente á las corrientes, dió esta regla: «Supongamos que avanza un tornillo en dirección de la corriente, girando al mismo tiempo como al través de un cuerpo sólido, es decir, en sentido de las manecillas de un reloj; el polo Norte del imán tenderá siempre á girar alrededor de la corriente en el sentido de la rotación del tornillo, y el polo Sur en sentido opuesto.»

La ley de la inducción la expresó de la siguiente forma:

«Siempre que el número de las líneas de fuerza magnética que pasan por un circuito cerrado varía, se produce en el circuito una fuerza electro-motriz representada por el tanto de la disminución del número de las líneas de fuerza que atraviesan el circuito en dirección positiva.»

Veamos cómo comprendía Maxwell el medio en que se desarrollan los fenómenos magnéticos y electro-magnéticos. Admitía la existencia de un medio universal de densidad real, si bien muy ligera, capaz de recibir un movimiento y de transmitirlo de un punto á otro con velocidad sumamente grande, aunque siempre finita. Así como este medio trasmite las ondulaciones luminosas, trasmite las ondulaciones eléctricas. Pero, pues, que dicho medio trasmite las ondulaciones con velocidad finita, puede concluirse que posee una propiedad análoga á la de la masa y que su movimiento implica el empleo de una cierta cantidad de energía. Maxwell opinaba que el medio que puede servir de vehículo á la fuerza magnética consiste en un gran número de cuerpecillos, que llamaba células susceptibles de rotación. Supongámoslas esféricas; cuando se trasmite la fuerza magnética en este medio, se ponen á girar á lo largo de las líneas de fuerza magnéticas como ejes con una velocidad que depende de la intensidad de la fuerza.

De donde resulta el campo magnético lleno de torbellinos moleculares, que giran todos al rededor de las líneas de fuerza como ejes; la rotación les da la forma de esferoides aplastados, como lo está la tierra; y de aquí el que haya una tensión á lo largo de las líneas de fuerza. Si se supone un polo magnético Norte y un polo magnético Sur, colocados el uno frente al otro, las líneas de fuerza (y recordaremos que las líneas de fuerza son aquellas cuya dirección en un punto cualquiera coincide con la de la resultante de las fuerzas que actúan en dicho punto), irán, en general, según trayectorias curvas, del polo Norte al polo Sur. El espacio alrededor de los polos estará lleno de torbellinos moleculares, cuya máxima energía se manifestará en la línea que une los polos disminuyendo su velocidad en las partes más débiles del campo.

Maxwell supone que entre los torbellinos moleculares existen cuerpos esféricos muy diminutos, que ruedan, sin resbalar, en contacto con los torbellinos. Desempeñan el papel de los tambores que transmiten el movimiento de una rueda á otra que gira en el mismo sentido. Maxwell considera

que estas partículas constituyen la electricidad, é imagina que ruedan sobre los células como ruedas dentadas de engranaje. Conviene advertir que, en tal hipótesis, no deben confundirse las partículas de que acabamos de hablar, torbellinos moleculares ó células, con lo que ordinariamente llamamos moléculas.

Las moléculas son infinitamente pequeñas, es cierto; pero las partículas de que antes hemos hecho mención, son infinitamente pequeños de otro orden; son muy pequeñas comparadas con las moléculas de lo que denominamos materia. Ofrecería gran interés seguir esta hipótesis en el detalle de los fenómenos. ¿Qué son las hipótesis científicas? Interpretaciones ingeniosas de los hechos, que duran en tanto que los abrazan á todos; que se derrumban tan pronto como aparece un hecho nuevo que se les escapa y no se deja colocar en el lecho de Procusto de las teorías. Mejor será repetir las mismas palabras de Maxwell: «Opino que hay razones para inclinarse á creer que se produce en el campo magnético un fenómeno de rotación; que esta rotación se verifica por un gran número de pequeñísimas porciones de materia que gira cada una alrededor de su eje propio, paralelo á la dirección de la fuerza magnética, y que las rotaciones de estos diferentes torbellinos son solidarias entre sí por algún mecanismo de enlace.»

¿Cuál es este enlace? ¿Cuál el mecanismo que une todas las partes del sistema? Analíticamente, el problema es susceptible de una infinidad de soluciones. «Los siguientes resultados de la teoría entrañan mucha importancia: 1.º, la fuerza magnética es efecto de la fuerza centrífuga de los torbellinos; 2.º, la inducción electro-magnética de las corrientes es efecto de las fuerzas que se ponen en juego cuando cambia la velocidad de los torbellinos; 3.º, la fuerza electromotriz proviene del esfuerzo que se ejerce sobre el mecanismo de enlace de los torbellinos.»

*
* *

ELECTRICIDAD ATMOSFÉRICA.—En una expedición al polo Norte que se efectuó el año pasado, el sabio finlandés M. Lenstrom, hizo curiosas investigaciones sobre la naturaleza y distribución de la electricidad atmosférica. Imaginó unos aparatos especiales consistentes en conductores colocados sobre soportes aisladores, y terminados por placas de platino de un centímetro cuadrado. Se comprende que si se sitúan las placas respectivamente en capas de aire diferentemente electrizadas, y se coloca en el trayecto un aparato de medida muy sensible, un electrómetro de Mascart, por ejemplo, este electrómetro acusará el paso de una corriente.

He aquí los resultados obtenidos por Lenstrom: Si se reúnen al galvanómetro dos aparatos puestos á igual altura, no dan ninguna corriente. Cuando difieren las alturas en diez metros, la corriente es siempre positiva. A partir de una cierta capa, la intensidad de la corriente aumenta casi proporcionalmente á la diferencia de altura.

La importancia de estas observaciones aconseja que se realicen hasta grandes alturas, para lo cual convendría que se uniese á un globo un aparato de gran longitud. ¿Quién sabe si acaso se encontrarían los elementos de una corriente eléctrica gratuita?

R. ALVAREZ SEREIX.





SATANELLA

POR

G.-I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)

CAPÍTULO XIV.

UNA COSA BUENA.



OBRE Bellorita! Todos le compadecían, si se exceptúan el dueño de *Shaneen* y algunos amigos que habían ganado en grande con el caballito; todos deploraban su desgracia y se encogían compasivamente de hombros al pensar en las enormes pérdidas que la derrota ocasionaría al capitán. Sus compañeros los oficiales estaban graves y volvían despacio á sus puestos para presenciar la siguiente carrera. El criado de Bellorita movía tristemente su cabeza viendo las huellas que las espuelas habían dejado en los humeantes ijares de la yegua. Hasta la muchedumbre se compadecía, porque el accidente, causa del fracaso, era ya generalmente conocido y se comentaba. Súllivan, cuyas esperanzas había destruído la derrota

(I) Véase la pág. 96 de este tomo.

de *Leprauchan*, afirmaba que si fuese posible volver á empezar la carrera, la yegua ganaría.

En cuanto á Walters, fiel á su carácter, manifestaba un rostro sereno, apesar de lo turbado que estaba su corazón. Le costó, sin embargo, trabajo reprimir un movimiento de dolor, cuando al salir del recinto del peso, una mano amiga, la del colono de Roscommon, apretó la suya como si quisiera romperla.

—¡Ah, qué desgracia, capitán!—exclamó Dionisio, que había saltado sobre un caballo y volvía al galope de la gran banqueta donde no había estado bastante á tiempo para presenciar la llegada.—Pero es igual; habéis corrido magníficamente, y por lo que hace á la yegua, yo mismo la he visto lanzarse como un cohete fuera del grupo. Dicen que el caballito ha llegado el primero. ¡No lo creeré nunca! Pero, sea lo que quiera, tendréis que pagar las apuestas. Pues bien; mirad capitán, me deshice el otro día de unas veinte vacas, el viernes último, casualmente tengo aquí el dinero... en buenos billetes de Dublín..., en el bolsillo de mi chaqueta. Tomad la cantidad de que tengáis necesidad. ¿Qué significa semejante bagatela entre nosotros?... ¡Oh! la yegua habría ganado, es bien seguro, si hubiese tenido el camino libre. Miradla ahora; ya ha recobrado aliento ¡*begorra!* y está dispuesta á volver á empezar.

No era fácil que Bellorita se conmoviese, y no era su temple para dejarse arrastrar fácilmente por un sentimiento de circunstancias; pero sus ojos se llenaron entonces de lágrimas y la voz se ahogó en su garganta, dando las gracias á su humilde amigo y negándose á aceptar el ofrecimiento salido del corazón ardiente y generoso del colono.

Dionisio tenía el aire contrariado, sacudió rudamente la mano del capitán, y entró en una barraca para consolarse con una nueva libación de ponche.

El jockey vencido, después de haber acariciado con ternura á la yegua, llegando á aproximar su propia mejilla al cuello caliente y húmedo del animal, se fué á su vez para cambiar la casaca de seda y el calzón de piel de gamo por sus acostumbrados vestidos; y después de haberse mudado, se dirigió

muy tranquilamente, con su calma habitual, á la tribuna, donde su derrota había despertado, como ya hemos dicho, generales simpatías, sumergiendo á un pequeño grupo en una verdadera consternación. Con los corazones y con la vista, le habían seguido durante toda la carrera dos lindas jóvenes. Viendo que habían fracasado todos los esfuerzos, ambas se habían profundamente afectado, si bien de una manera muy diversa.

Norah Macormac no había podido contener sus lágrimas; pero viendo que la miraba su madre, había ocultado su rostro en un pañuelo extremadamente diminuto, aparentando estornudar y sonarse como si estuviese resfriada.

Blanca Douglas, por el contrario, echaba alrededor suyo miradas furiosas y estaba tan sombría como una fiera perseguida por cazadores. Cuando Bellorita se adelantó, con la sonrisa en los labios, á recibir el pésame de sus amigos, no pudo ésta menos de observar que estaba muy pálido, aunque lleno de calma y tranquilidad.

—No la he castigado muy severamente—dijo dirigiéndose desde luego á la propietaria de la yegua.—Es tan buena como os decía, Srta. Douglas. No ha sido culpa suya. ¡Si no hubiese sido yo un tonto, habría matado á la vieja y habría ganado en un tiempo de galope!.... pero, ¡bah! vuestra yegua no ha deshonrado su nombre, y cada vez me alegro más de haberla llamado *Satanella*.

La joven interpelada puso suavemente su mano sobre el brazo de Bellorita y le miró de frente.

—¿Podréis pagarlo todo?—preguntó.—¿Es tan grande el mal como decíais? Hablad pronto, porque me mata la incertidumbre.

—No he retirado un schelling de mi apuesta—respondió él con ligereza.—Había jurado, Srta. Douglas, como sabéis, que esta prueba había de hacerme hombre ó ratón, y... ya estoy hecho un ratón miserable.

—En una palabra, ¿estáis arruinado?

El esfuerzo que hizo ella para conservar su imperio sobre sí misma daba casi á su voz el acento de la ira.

—Es lo que se dice—replicó él con indiferencia.—Ha sido

una derrota general... y todo se perdió: la Caballería, la Infantería y hasta los dragones están en derrota. No es esto, sin embargo, una razón para que os pongáis tan seria.

—Pues bien, Bellorita—murmuró la joven, poniendo en este nombre, que no quería volver á pronunciar, una ternura apasionada, llena de languidez.—Ya sabéis que esperaba que ganaseis. Ya sabéis cuánto lo siento. Ya sabéis... ó más bien, no sabéis ni sabréis nunca... que he perdido hoy mucho más que vos.

Pronunció ella esta última frase tan bajo, que no pudo el militar comprender su alcance; pero pensando que sentía ella la pérdida de sus apuestas, empezó á expresarle el pesar que le causaba haberla aconsejado tan mal.

Ella le interrumpió con ira.

—Hubiera apostado miles de libras—exclamó.—Hubiera apostado mi vida, y hasta creo haberlo hecho.

—Entonces no le tenéis rencor—respondió alegremente el capitán.—Ya me lo figuraba. No vale ni un alfiler menos por haber sido vencida. La volveréis á tomar, ¿no es verdad? Y... ¿seréis buena con ella y por amor suyo?

La joven pareció titubear un momento, como si no supiera decidirse entre dos resoluciones contrarias; pero de repente, su frente se iluminó; una alegría sincera resplandeció en su mirada, y cogiendo la mano de Bellorita, dijo con entusiasmo:

—Y por amor vuestro, ¡jamás me separaré de ella, y mientras estemos los tres en este mundo, *Satanella*, mi homónimo, será un recuerdo entre nosotros dos!

Entonces llamó con un gesto al General, que se hallaba detrás de ella con unas señoras, y le pidió noticias de la carrera siguiente con un tono tan sereno y de tan amable manera, que el veterano hubo de creerse trasportado al sétimo cielo.

Durante aquel tiempo, Norah había podido reponerse de su emoción. Volviéndose hacia Bellorita, le enseñó su linda cara, ya serena, sin más huellas de su reciente contrariedad que las que quedan en el ciclo de abril después de una pasajera tormenta. Sus ojos, apenas secos, parecían más grandes

y más hundidos, y su pequeña nariz era tanto más delicada, cuanto un ligero tinte de rosa venía entonces á sombrearla.

Tendió francamente la mano á su amigo, como para manifestarle con mudo lenguaje su amistad y simpatía. Bello-rita, que se había dejado caer en un asiento al lado de Norah, dió comienzo á una relación larga y circunstanciada de la carrera, sin olvidar ninguna de las peripecias en que se habían encontrado los rivales *Saint George*, *Leprauchan*, *Shaneen* y la yegua negra.

Dejándose llevar de su asunto, no tardó en perder la calma, y su relato llegó á ser cada vez más animado y ardiente.

—Cuando he llegado al muro—decía—estaba tan cierto de ganar, como lo estoy ahora de estar sentado al lado vuestro. Me había librado de *Saint George*, el único caballo de la carrera que yo no conocía á fondo. Sabía que *Leprauchan* no podría sostener el arrastre, si yo lo aceleraba de una manera conveniente; y en cuanto á *Shaneen*, no tenía condiciones para rivalizar en un asalto con *Satanella*, en el caso de que la lucha se trabase á la llegada. Todo hasta entonces había marchado á mi gusto, y después de haber dado la última vuelta, lancé la yegua y la hice bajar la colina como un tren express.

—¿*Did ye now?*—murmuró ella, fijando sus ojos oscuros y profundos en los de Bello-rita.

Sus lindos labios estaban entreabiertos, y se hubiera dicho que, subyugada por el interés de la relación, se apresuraba á beber cada sílaba caída de la boca de su interlocutor.

¿*Did ye now?* no eran más que tres palabras; pero había en ellas tal encanto, que bastaban para convencer al hombre más práctico de que el tiempo de la brujería y de los hechizos no ha pasado todavía. Una inglesa hubiera dicho:—¿Es verdad?... ¿verdaderamente?... ¿es posible?...—ó hubiera empleado cualquiera de las fórmulas convencionales que sirven para indicar una atención distraída ó imperfectamente alerta; pero el *did ye now* de la joven irlandesa descubría un sentimiento uniforme con su compañero, obrando de concierto en la misma idea, en el camino de una comunión simpática, camino tan seductor para los viajeros que lo recorren juntos,

tan agradable, tan unido, siempre en pendiente, y que conduce á... á donde nadie puede decir.

Tal vez las señoras irlandesas no tendrían un poder tan seductor é irresistible, apesar de sus miradas dulces y profundas, sus oscuros párpados y arqueadas cejas, su sonrisa, su tez y gracioso talle, sin la benevolencia innata y delicada con la que tan espontáneamente se asocian á los sentimientos de todo el que se les acerca, animándolos con el *did ye now* que no desprecia ninguna fruslería, ningún detalle, y no pide más que confianza á aquellos á quienes ellas honran con su aprecio. Quizás es también esa corriente de simpatía y de asimilación común á los dos sexos la causa de que la sociedad irlandesa sea la más agradable del mundo.

Estimulado de esta suerte, Bellorita prosiguió su relato con la misma animación. Describió cada obstáculo, se detuvo en cada salto, explicó el accidente de la mujer con el niño, y concluyó, observando con su particular filosofía, que era cosa muy dura verse hundido precisamente á la llegada y perder tan fuertes apuestas por menos de tres cuartas partes de una yarda.

Norah le miraba con una expresión ansiosa.

—¿Estáis, pues, comprometido por una suma considerable?—dijo con un tono de reconvención tierna.—¡Ah, capitán Walters! me habíais prometido no volveros á exponer á semejantes riesgos.

—Era por última vez—respondió con una entonación de tristeza.—Si la vieja se hubiese quedado en su casa con el niño en la cama, sería yo ahora muy otro, y entonces... Pero no vale la pena de pensar en tal cosa.

Ella se puso encendida como una grana. ¿Por qué? Ni ella misma hubiera sabido decirlo, y al mismo tiempo que sus pequeñas manos se entretenían en doblar y desdoblar el programa, preguntó con candidez:

—¿Qué diferencia habría habido entre ganar y perder? ¿Creéis que habríamos de amarnos más aunque hubiéseis ganado diez veces? ¡En cuanto á mí... os aseguro que no!

Estaba el capitán sentado al lado de Norah y nadie pudo oír aquellas palabras murmuradas al oído.

—¿Entonces no despreciáis á un hombre porque la suerte le sea contraria, señorita?

—¡Despreciarlo!—respondió ella con ojos centelleantes.—
¿Cómo podéis preguntarme esto? ¡Qué disparate! Amándole antes de su derrota, le amaría diez veces más después de haber él sufrido un desengaño. No comprendéis lo que quiero decir y tal vez no me explique yo con claridad bastante.

Y volviéndose hacia su madre, que le hablaba, añadió:

—Dispensa, querida mamá, ya oigo lo que dices, cae aquí agua para ahogar á un pez. Os agradecería mucho, capitán... ¿Queréis tener la bondad de llevar la capa y los almohadones á ese otro sitio más abrigado, allá abajo, cerca de Lady Mary? ¡Qué mojados estarán aquellos pobres jinetes con sus chaquetas de seda! Estoy ahora muy contenta, sí, estoy contenta de que estéis á cubierto, sano y salvo en la tribuna.

Esta última reflexión tuvo que cuchichearse en voz muy baja por la vigilancia de Lady Mary, que, creyendo ya que la conversación de Bellorita con su hija había durado bastante, se aprovechaba de la lluvia y del mal estado del techo para decir á Norah que se acercase al sitio que ella ocupaba y era más seguro.

El cielo se había encapotado de nuevo y la tarde prometía ser lluviosa. La Sra. Lushington, que había dado menos golpe que era de esperar en justicia, con su rico traje violeta adornado con pluma de cisne, declaró que aquel era un día absolutamente echado á perder. La última carrera tuvo lugar en medio de un verdadero diluvio. Los carruajes del Lugar-teniente y de los que le acompañaban habían desaparecido, todos tomaban sus chales ó sus sobretodos y no se preocupaban más que de librarse de la lluvia. Las mujeres bostezaban y los hombres atravesaban la pista hundiéndose en el barro hasta el tobillo para llamar á sus vehículos. Los que iban á pie lo mismo que los jinetes, desaparecían por el campo en todas direcciones. El viento silbaba agitando la tela de las tiendas y barracas y el chaparrón continuaba. Habían terminado las carreras de aquel día memorable y era ya tiempo de volver á casa.

Norah Macormac tenía el oído fino, pero en vano esperó oír la invitación de Lady Mary á Bellorita para que pasase con ellos algunos días en sus posesiones. Su padre, cuya hospitalidad no tenía límites, no hubiera dejado de invitarle, sin admitir excusa bajo ningún pretesto; pero su padre estaba ocupado en el comité de las carreras y tenía que volver solo á caballo. No le quedaba, pues, á la pobre Norah otro recurso que dar á su despedida tanta cordialidad y ternura, como permitían los numerosos testigos y las conveniencias sociales.

Y es seguro que Norah cumplió luego su cometido, con completa satisfacción de Bellorita y de ella misma.

Súllivan á quien la experiencia había permitido, gracias á una juiciosa elección de sus favoritos en las dos carreras siguientes, reparar las pérdidas que había sufrido en el gran Handicap, no se marchó sin haber vaciado un bol de ponche con el colono del Roscommon y haberle expuesto más extensamente que por la mañana sus opiniones sobre las Steeple-chases y los caballos en general; pero desgraciadamente, Dionisio, que no había descuidado los paliativos para mitigar su sentimiento, estaba demasiado ébrio para comprender á su amigo. Una idea solamente parecía sobrevivir el naufragio de su razón, y repetía á cada momento esta idea, ya en tono doliente, ya con el acento de la admiración, pero siempre en los mismos términos.

—Os digo que la yegua es la mejor y que el capitán la ha montado admirablemente. ¿No es cosa extraña, eh? Y dicen que el pequeño *Shaneen* la ha vencido á la llegada por un nada.... No lo creo.

CAPÍTULO XV.

LOS QUE GANAN Y LOS QUE PIERDEN.

Aquel día la comida de los invitados fué menos alegre que de costumbre. Macormac, cuyo buen humor era inalterable, comía en verdad, bebía, reía y hablaba por doce; pero Lady

Mary estaba visiblemente preocupada, y los comensales, que en su mayoría tenían serios motivos de disgusto, se sentían más dispuestos á seguir la conducta de la dueña que la del dueño de la casa. Un sentimiento de tristeza y de contrariedad inexplicable parecía penetrar en el ánimo de todos. El General, que había bajado temprano al salón con la esperanza de tener algunos minutos de conversación con la Srta. Douglas, antes de la llegada de los demás invitados, se había engañado. La Srta. Douglas se había presentado muy tarde, habiendo permanecido mucho tiempo en el tocador, y aquella caprichosa joven de quien sólo se había separado una hora antes con demostraciones de una simpatía y ternura recíprocas, estaba en aquel momento sentada en la mesa, pálida, silenciosa y con la frente cargada de tempestuosos nubarrones. La melancolía de Saint Josephs se había necesariamente transmitido á su vecina, belleza lozana y llena de travesura sólo contenida por el sentimiento de las conveniencias que la impedían abandonarse á las expansiones de su alma.

La mayor parte de los hombres se habían calado hasta los huesos; muchos habían perdido el dinero; todos estaban cansados, y de tiempo en tiempo los ojos de Norah se llenaban todavía de lágrimas. La Sra. Lushington lo vió y comunicó sus observaciones á Lord Saint Abbs, sentado entre ella y Lady Mary, á quien había dado el brazo para pasar al comedor; se paró luego para observar el efecto que producía en aquel joven novicio, joven lanzado desde hacía poco en el gran mundo. Este no manifestó, sin embargo, ninguna emoción, contentándose con ajustar su lente ante de volverse para mirar cara á cara á su vecina. La Sra. Lushington se sintió del todo desconcertada, dudando si debía ó no volver á la carga.

Lord Saint Abbs era pálido, delgado, pequeñito, rubio, lleno de manchas rojas y reunía en su exterior todos los rasgos característicos del origen escocés, aparte la robusta y huesosa estructura de los caledonios. Era un verdadero enigma que nadie se explicaba la razón que tenía el tal Lord para frecuentar la sociedad y placerse en ella; pues no montaba á caballo, no cazaba ni pescaba, no cantaba, no se chan-

ceaba ni hablaba, y todos los que le conocían estaban acordes en proclamarle el muchacho más pesado del mundo, y sin embargo, se le veía en todas partes, en Buckingham Palace y en Holland House, así como en las carreras de Hampton y en los fuegos artificiales de Cremorne, siempre solo, siempre mudo, con su lente pegado en el ojo, la mirada observadora y el aire impasible.

Corría el rumor que, habiéndose embriagado en una cena siendo todavía estudiante en Cambridge, había sabido entretener á sus compañeros de mesa con chistosas salidas y loca alegría hasta las cuatro de la mañana. Si era verdad, había descargado sin duda todas sus gracias de una vez, porque el caso no había vuelto nunca á repetirse. Había, sin embargo, concluído sus estudios en la Universidad de una manera brillante, y sus triunfos escolares habían llamado la atención de algunos que suelen andar en busca de empleos. Como su padre votaba por el Gobierno en la Cámara alta, no había faltado algún individuo de la oposición que se apresurase á hacer sondear las intenciones del joven Lord para el caso en que llegase á ser miembro de la Cámara popular.

Pero Saint Abbs había acogido con frialdad marcada á los personajes que se le enviaron confidencialmente, expresando su decidido empeño de no comprometerse, es decir, de ser el más rematado loco de cuantos se habían graduado en Cambridge.

Por más triste que parezca una comida en su principio, todas las lenguas llegan á desatarse poco á poco cuando circula con abundancia el champagne.

La Sra. Lushington no abandonaba sus propósitos, y eligió un momento oportuno para cautivar la atención de Lord Saint Abbs.

—La cosa marcha—dijo con una pequeña sonrisa cómica.—Pero el día ha sido desastroso y creo que todo el mundo siente la misma impresión que yo.

—¿Cuál?—preguntó Saint Abbs, cuyo lente se había desprendido saltando en su plato.

—La del hombre que gana un shilling y pierde diez y ocho pence.—respondió ella riendo.

—¿Por qué?—repuso con sequedad el Lord, que no había tocado aún el vasito cuadrado que tenía delante.

La joven perdía ya la paciencia, y era muy natural.

—Dios mío, Lord Saint Abbs—añadió ella,—¿no hemos apostado todos por el caballo que ha perdido, por Bellorita?

Dijo estas palabras en voz alta y se alegró mucho del efecto que su reflexión producía, pues sus palabras causaron el efecto de un petardo disparado en una escuela de niños. Todos levantaron juntos la voz.

—¡Mal negocio!—dijo el uno.

—¡Buena carrera!—añadía otro,—y se ha corrido de lo lindo..., aunque la pequeña diferencia apreciada por el Jurado no me ha favorecido.

—Mucho siento no haber seguido el consejo del viejo Sullivan—repuso un tercero.

—Yo había presenciado los ensayos de la yegua—dijo á su vez uno de los dandíes de voz melosa—y he apostado por ella para ganar quinientas libras. Bellorita me había comprometido, el buen muchacho. Hubiera sido un magnífico negocio; pero... desgraciadamente, ha fallado. Venga un poco más de champagne. Así es la vida, Srta. Douglas.

La interpelada se contentó por toda respuesta, con lanzarle una mirada desdeñosa que de ninguna manera desconcertó, sin embargo, al alegre joven que llevaba la palabra.

—Temo que el fracaso cueste carísimo al pobre Walters—observó el General.

—Parece que las pérdidas experimentadas son muy superiores á sus recursos.

—Supongo que habrá perdido en grande—continuó el dandy.—¡Vive Dios, iba como si hubiese apostado la vida! Nunca he visto correr de una manera más admirable.

Norah Macormac le dirigió entonces una de sus más dulces sonrisas, admirándose de no haberse fijado antes en aquel buen muchacho.

—Dicen que no le queda un shilling—repuso el General.

Pero se contuvo muy luego viendo que los negros ojos de Satanella lanzaban rayos de despecho.

—Creo, sin embargo, que podrá salir de apuros—pronun-

ció ésta con amargura—y que después de todo le ayudarán sus más queridos amigos.

—Es seguro que lo harán así, Srta. Douglas—exclamó la voz sonora de Macormac desde el otro extremo de la mesa; —y nadie volverá la espalda á un amigo porque pierda ó gane. Bebed un vasito de Burdeos. Esto no hace daño. ¡A la salud y á la buena suerte del muchacho! Nunca compañero más amable ha vaciado una botella; nunca jinete se portó mejor que él hoy en la silla.

En aquel momento, Norah hubiera de buena gana abandonado su sitio para ir á abrazar las brillantes canas de su padre, á no apercibirse de las inquietas miradas de su madre. Lady Mary, temiendo que la pobre niña cometiese alguna imprudencia, dió cuanto antes á las señoras la señal de retirarse.

Cuando su gracioso acompañamiento hubo dejado el comedor, los hombres continuaron hablando de la derrota de Bellowita y de la catástrofe del Great United Service Handicap.

Todos sabemos de qué hablan los hombres cuando se quedan solos en la mesa después de comer; pero ninguno del sexo feo adivina ciertamente lo que se dice en las conversaciones con que nuestras damas pasan también el tiempo al reunirse en el salón. La Sra. Lushington, apesar de los interesantes asuntos de que se hablaba, dejó por un momento á sus amigas, pues tenía la costumbre de retirarse siempre unos diez minutos para dar una ojeada al espejo y reponer sus hechizos antes de presentarse de nuevo entre sus víctimas.

El gabinete que ocupaba estaba suntuosamente amueblado y provisto de todo el lujo que le era familiar; pero las ventanas no cerraban herméticamente y una corriente de aire pasaba por debajo la puerta, agitando la llama de la chimenea. Por esto, sin duda, se detuvo muy poco, volviendo á bajar furtivamente al salón para ocupar su sitio antes que se presentasen los señores.

Al cruzar la biblioteca, oyó la voz de Lady Mary, que sostenía una conversación en una pieza vecina, cuyos muebles se reducían á una mesa de juego con una lámpara y un tablero.

La Sra. Lushington era ciertamente incapaz de ponerse á escuchar á una puerta; pero el *Dublin Evening Mail* estaba al alcance de su mano en una mesa inmediata, y tuvo de repente el capricho de quererse enterar de las elecciones de Tipperary, y de un concurso de animales en Belfast.

Lady Mary hablaba á media voz con tono serio y hasta triste. Era imposible coger todas las palabras de una frase; pero juzgando por los sollozos y suspiros que respondían á sus palabras, debían éstas producir poco efecto en la persona á quien se dirigían.

La Sra. Lushington se sonreía detrás de su periódico, pues lo que oía venía á confirmar plenamente sus sospechas. Sus ojos brillaban y experimentaban la alegría de un niño que consigue colocar todas las piezas de un juego de paciencia.

Lady Mary se enardecía hablando, y pronto llegó á pronunciar bastante distintamente sus palabras para dejarse oír del todo de la Sra. Lushington.

—No te conozco, hija mía. De cualquiera otra joven diría yo en este caso que es demasiado atrevida, demasiado libre y hasta indigna del nombre de mujer.

—¡Oh mamá... mamá!... no hables así—suplicaba la voz de la pobre Norah.—¿Qué habrá pensado él, si tú misma me juzgas tan severamente? Dios mío, ¿qué haré, qué será de mí?..

—Nunca es demasiado tarde para reparar una falta, hija mía; y estoy segura que como yo piensa también tu padre—respondió Lady Mary.

Pero aunque el tono de aquellas palabras era firme, había en la voz cierto temblor que descubría un corazón de madre.

—No he de volverle á ver nunca, ya lo sé—murmuró Norah tan dolorosamente que á Lady Mary hubo de costarle trabajo contener sus lágrimas.

—No hemos llegado todavía á este caso—dijo con dulzura.—Pero, de todos modos, sería bueno que te acostumbres á esta idea. Abrázame, hija mía, y acuérdate de lo que te he dicho. Mira, no salgas de aquí hasta que te calmes. Ya te enviaré á la pequeña Ella para que te acompañe; la niña no se apercibirá de nada y podréis volver juntas al salón. Una vez allí, se acabó, no hablemos más de esto.

Pero algo antes que Lady Mary interrumpiese sus caricias y se separase de su querida Norah, la Sra. Lushington se había escurrido á la sala de billar, donde algunos caballeros la encontraron sola, ejercitándose en hacer carambolas, y donde Lord Saint Abbs, invitado graciosamente por ella á una partida, la confundió con una negativa grosera.

—No juego nunca al billar—dijo.

Y dando media vuelta sobre sus tacones, se fué sin más explicación ni excusa. Era la primera vez que la Sra. Lushington se encontraba en medio de una sociedad sin ningún adorador decidido.

La sensación era nueva para la linda rubia, pero no careció de cierto atractivo. La desocupación, que, según dicen, es mala consejera, le inspiró el deseo de hacer alguna travesura y formó la resolución de vigilar activamente á tres personas: á Norah, á Saint Joseph y á Satanella. La conducta de Blanca parecía más que nunca enigmática. Ella, que durante la comida apenas se había dignado dirigir la palabra al General amenazándole más de una vez con toda la fuerza de sus negras miradas, acababa de buscar un pretexto para llamarle al lado suyo y cuchicheaba confidencialmente con un tono tan risueño y lleno de ternura, que le tenía embobado de gratitud.

—¡Qué indulgentes y amables son los viejos!—pensaba la Sra. Lushington.—¡Qué galantes son y que agradables, si consigue una olvidar sus arrugas, sus canas y sus reumas! ¡Qué caballerosos y qué pacienzudos! No exigen de las mujeres que sean ángeles, porque nos conocen un poco, y tal vez por esto mismo creen que hay un grado admisible entre la perfección absoluta y una perversidad completa. Si son celosos, tienen el buen sentido de ocultarlo; si se les ofende, no ponen mala cara, y si se les mima no se vuelven presuntuosos. Saben hablar, callar, obrar y abstenerse á tiempo. Además, cuando hay necesidad de hacerles algo desgraciados, se manifiestan sensibles, pero resignados. Una palabra, una mirada les escuece, pero sufren con dignidad el castigo que se les impone, y por doloroso é inmerecido que sea, no se vengan nunca. No creo haber tenido yo nunca un adora-

dor de más de cuarenta años...., ninguno al menos que haya querido pasar por tal. Es un experimento que he de hacer. Voy á probarlo. Ese viejo General me convendría perfectamente, y no puedo prestarle mejor servicio que separarle del lado de mi amiga. Ella no sabe apreciarle en su verdadero valor. Dios mío, ¿no es ridículo lo que pasa? ¿si pudiese vernos tales como en realidad somos! No sospecha que una mujer está siempre más dispuesta á dejarse gobernar que un caballo fogoso; no sospecha que es más fácil dominarla que vencer á una columna de cipayos ó apoderarse de un cañón ruso. Y él que ha hecho frente sin miedo á los cipayos y ha cogido cañones, está ahora sentado tembloroso y sin saber lo que le pasa al lado de una mujer de la que podría ser padre... y sin atreverse el heroico poltrón á mirarla de frente. ¿Es ella ciega? ¿Es tan loca que no conozca lo que desprecia, ó está enamorada de otro hasta el punto de perder el seso? No es probable, sin embargo, que se muera de pena por Bellorita. Y luego, ¿por qué mima ahora al General y lo atrae esta noche?... Tengo ganas de saberlo, lo confieso, y no he de perdonar medio para enterarme. La vigilaré de cerca. Nada mejor tengo entre manos en este momento, y es para mí una gran tentación descubrir la intriga de mi buena Blanca... ¿No sería singular que consiguiese yo quitarle sus adoradores?

Discurriendo de esta manera, la Sra. Lushington escuchaba como distraída la conversación de Lady Mady, que no consistía, en verdad, más que en conjeturas acerca del tiempo que hacía en el Canal y en manifestaciones de sentimiento por la próxima despedida y dispersión de sus huéspedes.

—Ya volveremos á vernos el año que viene—dijo aquella amable mujer que, en cualquier parte menos en su casa, habría manifestado despego hacia la Sra. Lushington.—Que venga también con vos la Srta. Douglas, si es que se llama todavía Srta. Douglas—añadió mirando de una manera muy significativa al General.—Pero suceda lo que quiera, os esperaremos á las dos para que paséis aquí la semana de Punchestown, á no ser que queráis concedernos más tiempo y venir antes, lo que nos alegraría muchísimo y nos daría ocasión de enseñaros á amar á nuestra Irlanda, si es que una

amistad sincera y una acogida cordial sean suficientes para que améis á nuestro país.

Mientras que Lady Mary hablaba, sus miradas se volvían con frecuencia y cierta ansiedad hacia la puerta. La pequeña Ella, niña rubia de once años, había salido hacía tiempo saltando, con un encargo para su hermana Norah, y como ni una ni otra volvían, el corazón de la madre se oprimía pensando que tal vez su querida hija mayor lloraba por las reprensiones, muy tienas sin embargo, que había creído prudente dirigirle para que se persuadiese de que era una ilusión irrealizable la esperanza de felicidad en que la joven había soñado.

Luego se serenó la frente de Lady Mary, oyendo en el vestíbulo la voz de Ella que charlaba á voces como de costumbre, y no tardaba en entrar saltando en el salón y seguida de Norah, en cuyo rostro no quedaban ya más huellas de su emoción reciente, que cierta palidez que la hacía aún más bella á los ojos de su madre. Mientras que su hermanita reía y jugaba con las personas allí reunidas, entreteniendo á su papá para retardar en lo posible el momento de ir á acostarse, Norah se escurrió poco á poco hacia un ángulo del salón y se dejó caer en un sofá desocupado con aire de profundo cansancio.

La Sra. Lushington que seguía vigilando con empeño á Satanella, quedó muy sorprendida al ver que ésta dejaba brusca-mente su asiento, interrumpía al General, y no se cuidaba siquiera de acabar su taza de té. La Srta. Douglas cruzó el salón como una reina, cogió con ambas manos la cabeza de Norah, le dió un beso entre ambos ojos y se sentó tranquilamente al lado suyo.

CAPÍTULO XVI

UN EDÉN

En una ópera cómica francesa, muy aplaudida en otro tiempo por los militares, hay unos versos que afirman ser

cosa deliciosa pasar el tiempo cogiendo fresas en el bosque de Bagneux:

*Quand on est deux,
Quand on est deux...*

Esta opinión parece aplicable á todas las soledades donde existan sendas sinuosas y bancos rústicos que á una conversación íntima convidan. Al contrario, por más favorable que sea la naturaleza, el césped más risueño y la arboleda más sombría pierden ciertamente más de la mitad de su encanto, si hemos de recorrerlos sin la persona que es el rayo de sol y quizás la sombra de nuestra existencia.

Sin embargo, esperar tal compañía, hasta en medio del más risueño paisaje, es una molestia irritante que irrita los nervios. Dicen que nadie que no haya tenido que saldar una cuenta en día fijo puede apreciar la rapidez con que galopa el tiempo. Yo añadiré que nadie puede presumir cuán lentamente pasa, si no ha tenido que esperar alguno después de haber pasado la hora convenida, en medio de incertidumbres y tristezas.

El General no era amigo de hacerse esperar en una cita de amigo ó de enemigo. Hay mucha distancia de Mayfair á los jardines de Kensington, y la distancia no era más corta por ser recorrida con ánimo impaciente y un corazón que latía de ansiedad y esperanza. Sin embargo, el viejo soldado llegó veinte minutos antes á dicho sitio, lo que constituía veinte minutos de espera, impaciencia y sufrimientos.

Se hubiera avergonzado de contar las vueltas que dió yendo y viniendo entre la fuente circular y el bosquecillo, entre cuyos árboles esperaba ver aparecer á su diosa, adelantándose envuelta en una aureola de luz y de belleza.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

DESPUÉS de los festejos preparados por el jefe de los fusionistas en la Rioja, la propaganda del patriarca del posibilismo republicano en las Vascongadas ha llenado de descripciones y comentarios las columnas de la prensa durante la última quincena de setiembre.

El Sr. Castelar ha buscado en Vizcaya la sombra del árbol de Guernica, árbol histórico bajo cuyas ramas los antiguos señores del país juraban conservar los fueros, y allí, con su gran talento y su oratoria de primer orden, habló á los tradicionalistas vizcaínos de la significación de aquel árbol memorable, y ensalzó los privilegios bajo el nombre de antiguas libertades. Hubo aplausos frenéticos, no á la república posible, no á los ideales del propagandista de la democracia de ropajes franceses, sino á los fueros que aquellas provincias tuvieron hasta 1876 en que fué un hecho legal la unidad administrativa de España.

Ha renacido, por lo visto, en el ánimo del Sr. Castelar, aquel entusiasmo con que en 1868 arrancaba lágrimas á las

pobres mujeres de los pueblos, hablándoles contra las quintas y empleando todas las galas de su fogosa elocuencia para aumentar el número de los adeptos á la causa del federalismo republicano, que él mismo había de condenar y ametrallar algunos años más tarde. ¡Tan cierto es que de frases bien dichas, y aun con buena intención pronunciadas, pueden nacer consecuencias fatales!

*
* *

El Sr. Castelar se ha declarado, pues, públicamente partidario de los fueros vascongados. Ha dicho que los defendería en las Cortes; ha ofrecido implícitamente restablecerlos si llega á ser Gobierno; y como cree que lo ha de ser pronto, ó por lo menos lo han de ser sus amigos, ha profetizado que el eclipse de los fueros durará muy poco.

Los periódicos, buscando la luz en este misterio, tanto más oscuro cuanto las oposiciones ultra-liberales, si combatieron en 1876 la ley de abolición de los fueros, fué bajo el punto de vista de ser en demasía estrecha y meticulosa, han preguntado con una curiosidad que se explica: ¿Están los posibilistas todos conformes con la existencia de los privilegios que hasta 1876 gozaron las provincias vascongadas sobre el resto de España? ¿Desean devolverles esos privilegios y están dispuestos á devolvérselos el día en que tengan influencia en el poder? ¿Quieren que los vascongados no paguen individualmente ninguna contribución al Estado, ni den sus hijos para el ejército de mar y tierra, ni tengan estancos, ni papel sellado, ni en sus provincias representen nada las autoridades del Gobierno, ni se pueda hacer allí arreglo ninguno de diócesis ni de parroquias, todo esto mientras los contribuyentes de las demás provincias entregan al Estado sus hijos y los productos de sus bienes, y mientras pagan todos los impuestos directos é indirectos y todas las resultas de anteriores desgracias que las guerras sostenidas en las Provincias Vascongadas les han traído? ¿Quieren esto los posibilistas?

Pero, en vez de obtener contestaciones categóricas, han

presenciado los políticos un fenómeno por todos conceptos digno de ser examinado. Los fusionistas, siguiendo una desastrosa campaña de «inteligencias impremeditadas con los republicanos,» campaña ha poco censurada, y con razón, por diarios que, con carácter independiente, favorecen la política del Sr. Sagasta, han acudido en defensa del posibilismo y del Sr. Castelar en la cuestión, irreflexivamente provocada, de los fueros vascongados.

El Sr. Sagasta anatematiza á la democracia monárquica, pero acepta el concurso de la democracia republicana. El señor Castelar odia á sus afines, los que con él sostienen las ideas republicanas; pero apoya al partido liberal dinástico, que se declara monárquico, y no lleva á cabo sino actos de oposición, si no expresa, tácita, contra la monarquía. Es una inteligencia inverosímil, pero no por inverosímil menos cierta.

En medio de todo, sin embargo, se ha traslucido el disgusto de algunos republicanos posibilistas, así como la satisfacción de los federales. Es lógico; porque no hay duda que el jefe del posibilismo ha alentado á los carlistas con sus invocaciones á los fueros; á los federales con sus declaraciones favorables á la autonomía de la provincia y del municipio, y hasta á los enemigos de España en Cuba, que estarían en su derecho reclamando franquicias como el país euskaro.

Sin quererlo tal vez y llevado sólo de esa imaginación inquieta y siempre ansiosa de cosechar nuevos aplausos, vagando por los encantados verjeles de la historia y de la poesía, el Sr. Castelar, en medio de un incomprensible palmoteo de los fusionistas, acaba de poner su tienda en el campo que antiguamente frecuentó del federalismo, y ha firmado el pacto sinalagmático del Sr. Pí, que tiene la jefatura de los defensores de los ideales que en 1873 no pudieron imponerse á España.

*
**

Pero no es sólo en las provincias vascas donde los trinos de nuestro incomparable rui señor de la elocuencia suspenden la

atención de las gentes. El trovador de la revolución española, como con injusta sorna llaman á nuestro Castelar los periódicos franceses, ha llenado de baladas *Le Matin*, publicación que ve la luz á orillas del Sena. Vemos, sin embargo, que las trovas, en vez de producir entusiasmo, excitan la hilaridad en estos días de positivismo y de innegable decadencia literaria.

Verdad es que las ocurrencias del vate y la originalidad de sus veleidosos pensamientos son más propios para entretener á desocupados ideólogos que para convencer á los decididos partidarios del naturalismo, cuya influencia también en la política se advierte.

Castelar ha declarado en la lengua de Voltaire que está íntimamente persuadido de la correlación, de la identidad que existe entre las leyes cósmicas que la astronomía nos revela y las leyes sociales que se desprenden del estudio de la historia.

«Personalmente—dice—he experimentado en mi vida la sucesión regular de verdaderas estaciones sociales, compuestas de períodos de años, y semejantes á las estaciones anuales por las que pasa la tierra en su movimiento de gravitación al rededor del sol...»

Con frases llenas de gracejo hacer observar uno de los más importantes y antiguos periódicos de París que nuestro orador-poeta es un verdadero *sismógrafo*, una reproducción viviente del aparatatito ideado por el amable y sabio profesor Palmieri en el observatorio del Vesuvio para anunciar con anticipación los temblores de tierra y las volcánicas erupciones. El Sr. Castelar confiesa que tiene un privilegio de sensibilidad exclusivo en el mundo, previendo los sucesos por que ha de pasar nuestro pobre planeta.

No sabemos, con todo, hasta qué punto puede su afirmación ser cierta, no habiendo acertado á prever la caída de su república en España ni á evitar el momento en que el Sr. Martínez Campos había de dar por terminado el período de las agitaciones ruinosas, obligando á Ruiz Zorrilla á vagar por todos los caminos y posadas de Europa en busca de la posición social perdida.

A ser cierta la teoría del Sr. Castelar acerca de la relación entre las revoluciones y restauraciones y las leyes cósmicas, sería en efecto lógico sustituir el Consejo de Ministros por una oficina de longitudes, nombrando á los astrónomos directores de la política, y realizando un cambio que nos haría retroceder á plena Edad Media, á aquella edad que tanto detesta y anatematiza el platónico cantor de una democracia nunca bien definida. Si los destinos de las naciones están irrevocablemente escritos en las estrellas, construyamos torres de observación, y crucémonos luego de brazos admirando la sabiduría de los grandes filósofos musulmanes que profesan el fatalismo. Lo extraño es que, teniendo el Sr. Castelar viva fe en sus singulares teorías, y sabiendo que los días de las monarquías están en el cosmos contados, persista en su revolucionarias propagandas con más ahinco que nunca.

Estas contradicciones entre la sublime teoría y la pobre práctica, dan motivo á que los periódicos franceses nos digan del Sr. Castelar y de su escuela: «No se puede entrar en la vía de los comentarios; basta que los lectores tengan idea de las huecas frivolidades con cuyo auxilio los zurcidos de antítesis é hipérboles que meditan soliviantar y dominar á los pueblos se imponen á la admiración de los embozados... Dejemos al Sr. Castelar á la cultura de sus metáforas; dejémosle entregado al culteranismo con que nos presenta, por ejemplo, á Manin, á Manin el estoico, «*que bajó la escalera de los gigantes para encerrarse, como en un sudario, en la góndola del proscrito, dejando sumergida en un mar de lágrimas, bajo la espuela de los croatas, á su hermosa Venecia; dejémosle entregado á otros ejercicios del mismo orden y de utilidad parecida, y ocupémonos de asuntos más serios.*»

Un patriótico sentimiento nos obliga, sin embargo, á declarar en esta circunstancia, que la verdadera y admirable originalidad del Sr. Castelar solamente algunos tachables lunares tiene cuando imita á los grandes maestros que Francia nos ha dado en el arte del amaneramiento y de la hipérbole política.

Pero las flaquezas artísticas de los hombres públicos pueden alimentar en las masas ilusiones fatales para una nación digna de figurar por su seriedad entre las más prósperas de Europa. En este caso los caprichos del arte son formalmente condenables.

Advierten, sí, los pesimistas que vaga por la atmósfera cierta conspiración procedente de allende el Pirineo, según algunos, conspiración mansa hasta cierto punto, pero latente, continua y meditada, que anda y anda sin descanso y como calamitoso mal infiltra la ponzoña de la indisciplina, del desorden y de la desconfianza por todas partes.

¿Será el mal atajado en su origen con tesón á la par que con cordura? ¡Desgraciado país aquel que echara en olvido sus días de mayor amargura y ninguna enseñanza supiese encontrar en las elocuentísimas lecciones de una dolorosa experiencia!



Un distinguido General, D. Antonio López de Letona, acaba de bajar al sepulcro. Nació en Sevilla el 20 de junio de 1821, ingresó el año 33 en el ejército, en clase de cadete, y ascendió á alférez de caballería en 1838. Por antigüedad y méritos de guerra fué ascendiendo hasta el empleo de brigadier, que obtuvo en 1859, siendo nombrado entonces Gobernador de la Habana, permaneciendo en la isla de Cuba, donde desempeñó después el cargo de Gobernador del departamento Oriental, hasta 1862.

Vuelto á la Península, tomó una parte activa en la política, figurando al lado del General O'Donnell. Fué diputado en varias legislaturas, Gobernador de Valencia, Granada, Coruña y Cádiz, y en 1865 Subsecretario del Ministerio de Ultramar. Ascendido á Mariscal de campo en 1868, fué Subsecretario del Ministerio de la Guerra con el General Prim, siendo destinado en 1869 al ejército de operaciones de la

isla de Cuba, donde prestó importantes servicios, pacificando la jurisdicción de Villaclara.

En la última guerra carlista mandó una división del ejército del Norte, ganando la acción de Mañaria, siendo recompensado entonces con el ascenso á Teniente general. En 1874 fué interinamente General en jefe de aquel ejército, continuando la campaña hasta la liberación de Bilbao.

Desempeñó también los cargos de Director general de Caballería, Ministro del Consejo Supremo de Guerra y Capitán general de Baleares, Galicia y Valencia, y en la actualidad tenía á su cargo el Consejo de redenciones y enganches. Era gentil hombre de Cámara y senador del Reino. Tenía la cruz de San Fernando de primera clase, la de San Hermenegildo, la roja del Mérito Militar y la de Isabel la Católica.

Ocupaba además un puesto distinguido entre nuestros escritores militares. Un folleto que escribió antes de la Restauración con el título de *La guerra y la constitución general del país* por un General conservador, fué objeto de grandes discusiones y le valió el ser desterrado á Soria.

Entre sus varios escritos, son los más notables el titulado *Isla de Cuba*, reflexiones sobre su estado social, político y económico; los *Estudios críticos sobre el estado militar de España*, y sus notabilísimas *Conferencias* sobre el arma de Caballería, por las que le felicitó S. M. el Rey en un expresivo autógrafo.

Aunque á la cabeza de este número nos ocupamos con más extensión de tan distinguido General, ¡bien merece aquí, empero, un recuerdo el ilustrado caudillo que recorrió tan brillante carrera!

*
* *

Fuera de lo ligeramente apuntado, la quincena política queda reducida á actos de oposición sistemática y á discusiones á las que realmente cuadra el calificativo de bizantinas.

Se han escrito largos artículos—¡parece mentira!—acerca de si ha existido ó no el cólera en España; de si la circular del Sr. Silvela (D. Francisco) y las órdenes dadas por el Ministro de la Guerra se oponen á las dictadas por Gobernación, y de si el Sr. Silvela (D. Manuel) presentará ó no la dimisión de su Embajada.

No hay novedad en los ataques ni en la defensa, no pudiendo salir del círculo en que la falta de asuntos de verdadera importancia limita las polémicas. La pasión de partido fué siempre dada á suposiciones de puro pasatiempo que á nadie convencen.

* * *

La disidencia del Sr. Moret no ha excitado tampoco el interés que se esperaba en los que estudian y juzgan la marcha y las evoluciones de los partidos. El espíritu movedizo de aquel prohombre no puede nunca dar origen á extrañezas ni á entusiasmos. Abandona hoy á los amigos que volverá á abrazar mañana, y su conducta parece amoldarse siempre á las conveniencias personales del momento. En su último discurso afirma que prestará su concurso á los que trabajen para formar un partido liberal fuerte y bien organizado... ¿Cómo se llaman los favorerrecidos? ¡Quién sabe! Las circunstancias habrán de decirlo. Lo que está muy claro ahora es que el Sr. Moret, separándose de la izquierda y no decidiéndose por los martistas ni por los sagastinos, quiere ante todo una jefatura utilizable cuando en el reloj político dé la hora oportuna.

Pero, apesar de los ataques que los fusionistas de un lado, y de otro los moretistas y berangeristas dirigen á los izquierdistas puros, éstos se presentan animosos como siempre, asegurando que cada día es mayor el número de sus adeptos. Pruébanlo los discursos de sus jefes, los Sres. Duque de la Torre, López Domínguez, Montero Ríos, Becerra, Balaguer, etc., etc., en la última junta de su Círculo. La izquierda tiene una vida más lozana que nunca, se nos dice; la izquierda de hoy es la

de ayer; sus principios los mismos, y su bandera está definida en el manifiesto de Biárritz y en el programa del Gobierno presidido por el Sr. Posada.

Todo ello será muy cierto; pero de la síntesis de todas las divergencias, luchas y antagonismos personales, resulta una demostración evidente. Resulta que ni la izquierda, ni el Sr. Moret, ni el Sr. Sagasta, ni el Sr. Martos quieren que la agrupación liberal llegue á ser un verdadero partido.

No lo permite la gran cuestión de jefatura.

A.





REVISTA EXTRANJERA

FRACASADA la conferencia internacional de Londres, el Gabinete inglés, que, desde el 13 de setiembre de 1882, día en el que fué dispersado el numeroso ejército de Arabi, no había tomado ninguna iniciativa vigorosa para afianzar el orden y ordenar la administración egipcia, acomete esta tarea con una decisión inesperada.

Mientras que el General Wolseley prepara una campaña contra el Mahdí para socorrer á Gordón, un comisario regio Lord Northbroock, organiza una ruidosa reforma financiera.

Apenas llegado el Ministro británico al Cairo, el Gobierno del Khedive publicó un decreto suspendiendo *ab irato* la amortización de la deuda pública y la ley internacional de liquidación.

He aquí en qué términos trata de sincerar el Ministerio de Egipto esta grave medida que defienden la mayoría de los periódicos ingleses, y que combate con energía la prensa de Francia y no pocos diarios alemanes y austro-húngaros:

«No pudiendo procurarnos nuevos fondos, y no queriendo suspender el pago de los sueldos y de los gastos de administración ni el del tributo á la Puerta, el Consejo de Ministros cree obrar en interés general suspendiendo las compras públicas para la amortización de la Deuda unificada, compras

hechas en conformidad á la recomendación de los interventores generales contenidas en sus informes á sus Gobiernos respectivos en 1882.

Esta cuestión fué discutida en la conferencia de Londres, donde la suspensión de las compras no halló objeción alguna de parte de algunos plenipotenciarios, y fué enteramente aprobada por los otros. En su consecuencia, el Consejo de Ministros, á fin de asegurar la marcha ordenada de las administraciones, y basando su acción en la opinión de los interventores y de los plenipotenciarios de la conferencia, ha creído deber rogar á los Gobernadores de las provincias, que tienen asignados cupos fijos, al Director general de Aduanas y á la administración europea de los ferrocarriles egipcios, que entreguen al Ministerio de Hacienda los unos hasta el 25 de octubre, los otros hasta el 15 del mismo mes, todas las sumas que excedan á las necesarias para el pago del cupón próximo de la Deuda privilegiada y de la Deuda unificada, ó sean las sumas afectas á las compras públicas destinadas á la amortización de la Deuda unificada.

Desde las fechas indicadas, los Gobernadores y las administraciones en cuestión volverán á tener á su cargo el pago directo de la totalidad de los ingresos á la caja de la Deuda.»

Dícese que los políticos indígenas y los negociantes se manifiestan satisfechos, por punto general, de la suspensión de la amortización de la Deuda. En cambio, reina irritación profunda en la colonia extranjera, porque la nueva medida solamente procurará un alivio pasajero á la Hacienda egipcia, y es un presagio que hace temer una serie de actos de la misma índole, entre los cuales se habrá de incluir al fin y á la postre la reducción de los intereses. También se considera esa suspensión como el primer golpe asestado á la internacionalización de Egipto.

La embrollada cuestión egipcia viene, pues, á complicarse con un verdadero golpe de Estado financiero.

El primer paso de Inglaterra fué allí una anexión poco franca; el segundo parece una quiebra ruinosa.

Inglaterra no se inmuta y permanece flemáticamente im-

pasible, como de costumbre, ante la actitud de la prensa europea, las idas y venidas de los diplomáticos y la significativa sorpresa de la mayor parte de los Gabinetes. Se limita á prometer á los interesados un porvenir lleno de seguridad y de progreso, y es muy difícil esta vez que los interesados puedan satisfacerse con remotas esperanzas, cuando se les arrebatada de la mano la más segura de las garantías.

¿Qué sucederá? Más de una vez se ha dicho que ya no existía Europa; es decir, que ya no existía la política fundada en el respeto de los tratados y en el equilibrio de las grandes naciones. Falta todavía por averiguar si tanta combinación como se agita en las altas esferas de la política, tantas conferencias y tantos viajes de los Soberanos, han conseguido al fin reconstituir una Europa cuidadosa de su dignidad y consciente de sus derechos ante la arrogancia, el capricho ó los apetitos del más fuerte.

* * *

No hay duda que las cuestiones en que se ventilan intereses materiales son hoy en primer término las que tienen el privilegio de la supremacía. Ocupan las columnas de la prensa de Inglaterra y Francia los comentarios acerca de la expedición al Ton-King y las consecuencias que para el comercio europeo pudiera tener el actual conflicto franco-chino.

El *Times* ha escrito un artículo sosteniendo que, de continuar el actual estado, se arruinará el comercio extranjero en China, y sobre todo pagarán las consecuencias de estas cuestiones precisamente los que no tienen culpa de ellas, que son los extranjeros y los chinos habitantes de las provincias del litoral, cuyas industrias, hoy florecientes, morirán si esto continúa.

Las observaciones del periódico inglés son efectivamente muy dignas de llamar la atención, y por esto sin duda han causado tanto disgusto en los órganos del Gabinete francés.

Dice el *Times* que de la situación actual será Inglaterra la que salga más perjudicada, porque su marina hace las cuatro quintas partes del comercio de China con el extranjero y más de la mitad del tráfico costero en el litoral. «Además, añade, en los puertos chinos que Francia tendría que bombardear y reducir á cenizas, serían las propiedades inglesas las que más sufrieran, y de aquí la emoción natural y el disgusto de los residentes extranjeros.»

A esto contestan los periódicos franceses que no pueden ser tales los daños que sufra el comercio inglés; en primer lugar, porque el tráfico costero del litoral ha sido siempre hecho por juncos chinos, y después porque la situación comercial en los mares de China se había hecho muy difícil en los últimos años. *Le Temps*, que es el periódico al que mayor disgusto han causado las observaciones del diario inglés, añade que el perjuicio causado al comercio por las operaciones militares en el litoral chino es insignificante; que las operaciones en el río Min sólo detuvieron las transacciones durante una semana, y, por último, que Francia no puede ser responsable ni de los entorpecimientos que los chinos hayan puesto á la entrada de sus ríos ni de los cañonazos que hayan tirado á las cañoneras inglesas.

Hay manifestaciones aún más elocuentes. Se ha resuelto en un gran *meeting* de todos los extranjeros reunidos en Shanghai, llamar la atención de los Gobiernos inglés, alemán y americano, cuyos intereses son tan preponderantes en China, y rogarles que hagan un llamamiento colectivo á las potencias firmantes de tratados con China, á fin de ofrecer sus buenos servicios á Francia y China para arreglar el conflicto de manera que quede á salvo el honor de las dos naciones.

Los corresponsales ingleses presentan también á los chinos muy belicosos y decididos á sostener la guerra, y cuentan la agitación que reina entre el populacho y la efervescencia de que son presa las ciudades del litoral principalmente.

Un diario inglés publica, traduciéndola de un periódico chino, el *Shempao*, que se publica en Cantón, una rectificación de las noticias comunicadas por la prensa francesa sobre

el ataque de Ke-Lung y la destrucción de sus minas. El periódico chino afirma que los franceses se resisten á confesar que fueron batidos en Ke-Lung.

«Nosotros, dice, hemos recibido sobre este asunto noticias oficiales del Gobierno y despachos de nuestros coresponsales particulares, y hoy sabemos y podemos afirmar que los franceses fueron batidos en Ke-Lung. Ahora bien; nuestros propios funcionarios en Formosa nos participan que han hecho prisionero á un francés y que han cogido cuatro cañones, una bandera y gran número de trajes y sombreros procedentes del extranjero. ¿Pueden ser falsas estas noticias, que también han sido comunicadas al Gobierno? Los franceses, para ocultar su derrota, han dado otra versión de estos hechos, convirtiéndolos en victorias imaginarias, como tienen costumbre de hacer.»

Así se explica el *Shempao*, y los coresponsales ingleses, si no dan la razón al periódico chino, se complacen en presentar á los expedicionarios franceses faltos de recursos para proseguir las operaciones.

Un periódico francés añade indicaciones sobre dificultades de otra índole que también pudieran suscitarse. Da como indudable que el Imperio chino puede, en caso de hostilidades declaradas, dar patentes de corso que vendrían á ser más temibles que su misma marina de guerra. El Imperio de China no se adhirió, en efecto, á la convención de 1856 ni tiene compromiso alguno que limite en esta parte su libre albedrío. Su marina mercante, ni aun armada en pie de guerra, constituye un peligro serio; y, bajo este punto de vista, la cuestión de saber si China usará ó dejará de usar del derecho que tiene de dar patentes de corso, no presentaría verdadero interés, si no pudiesen surgir de improviso dificultades más graves de la aplicación de este derecho. Es cosa muy admitida que las patentes pueden conferirse de una manera regular y lícita, no sólo á los buques nacionales, sino á los buques extranjeros, deduciéndose de ahí que los corsarios chinos deberían entonces ser tratados como beligerantes y no como piratas.

Razón hay por muchos conceptos para afirmar que la in-

tentada conquista del Tong-King puede aún proporcionar á Francia sorpresas tan desagradables y graves como peligrosas.

*
*
*

Bélgica, la pacífica Bélgica, se encuentra hoy en plena crisis política.

Nos presentaban al pueblo belga como el más dichoso entre los pocos que habían sabido aliar el orden con la libertad sensata. Se nos decía que allí el ejercicio del régimen parlamentario no degeneraba en abuso político, y que el turno pacífico de los partidos tenía la matemática regularidad de un juego de báscula. Para ver otra nación parecida, para gozar del grato espectáculo de instituciones tan ideales, era preciso cruzar la Mancha y dirigirse á Inglaterra. Y aun la comparación no era del todo justa, porque mientras que Inglaterra tiene su fenianismo y su dinamita, sus radicales y su Cámara Alta hereditaria, Bélgica nadaba en bienandanzas, en brazos de una monarquía popular y casi democrática, en la moderna acepción de esta palabra.

Pero aquel reino, tan pacífico en otro tiempo, se encuentra desde algunas semanas entregado á disturbios más tenaces é inconcebibles. Se predica allí la resistencia á las leyes y se amenaza á la dinastía. Hay verdaderas rebeliones que llenan de sangre las calles y comprometen la seguridad del Trono, inspirando serios temores para un porvenir más ó menos próximo.

El triunfo de los conservadores en las elecciones legislativas se repitió en las elecciones senatoriales. Dos veces ha sido consultada la voluntad nacional, y dos veces se ha declarado ésta contra la enseñanza primaria del Gabinete liberal, tema obligado de las ruidosas luchas. Los liberales pedían al país la confirmación de la ley que habían dictado; los conservadores pedían que fuese abolida la misma ley que habían sufrido, y el país dió á estos últimos la razón y, lo que es aún más elocuente, sus votos.

Lo raro es que el Ministerio Malou, manifestándose más previsor y justo que el Gabinete caído, renuncia á hacer de la nueva ley una arma de combate, y se limita á convertirla honradamente en instrumento educativo. Pero los liberales belgas siguen siendo tan poco cuerdos en la oposición como en el poder lo fueron. En vez de inclinarse ante la voluntad del país, no han perdonado medio para violentarla. Hasta han llegado á exigir al Rey un acto de poder personal, lo que es el colmo de la aberración y de la inconsecuencia, para los que de liberalismo hicieron siempre alardes. Querían que el jefe del Estado se negase á sancionar la nueva ley, como si la prerrogativa real pudiese justificarse cuando el Parlamento acaba de obtener los votos de una gran mayoría.

El Rey Leopoldo ha cumplido con su deber. Celoso guardador de las libertades populares, ha sido fiel á su mandato, y su firmeza será para él un nuevo timbre de gloria.

* * *

Mucho y con justicia se ha ensalzado la conducta de Humberto I en su viaje á Nápoles con motivo de la epidemia colérica.

Viendo el Presidente del Consejo que el Rey parecía dispuesto á seguir en Nápoles indefinidamente, le indicó, á nombre de las Cámaras, la necesidad de apresurar el regreso, alegando la gran responsabilidad que el Gobierno contraía ante el Parlamento y ante el país.

—Diréis á las Cámaras—respondió el Rey—que me lo habéis dicho y que no he querido seguir vuestros consejos.

Las alabanzas de la prensa superan á todo encarecimiento. La *Unitá Cattólica* ha tributado los mayores elogios al acto magnánimo del Rey. Los periódicos alemanes, austriacos é ingleses no se quedan atrás en celebrar la conducta del Monarca italiano, á quien todos ó casi todos los Soberanos de Europa han felicitado calurosamente.

La Reina Victoria y el Emperador de Alemania han telegrafiado también á la Reina Margarita expresando los mis-

mos sentimientos. El Papa telegrafió al Cardenal Sanfelice, Arzobispo de Nápoles, encargándole que manifestara al Rey la admiración y solicitud con que Su Santidad seguía esta heroica visita á la ciudad infestada.

Su Santidad León XIII acaba de tomar también una determinación que merece idénticos y generales aplausos. Ha ordenado al Cardenal Jacobini que proceda inmediatamente á la instalación en Roma de un hospital para coléricos, donde, en el caso de ser invadida la población, puedan encontrar alivio y asistencia los enfermos. La carta en que el Papa da sus instrucciones al Cardenal, empieza por rogar á Dios que libre á Roma del terrible azote, y prosigue en los siguientes términos:

«Desgraciadamente, á causa de las numerosas iniquidades que excitan la indignación de la justicia divina, y por consecuencia de la proximidad de los lugares invadidos por el cólera, tememos por nuestra ciudad, á la que amamos con afecto especial, y no nos es posible permanecer indiferentes en esta situación.

»Y por esta causa nos dirigimos á vos con esta carta para comunicaros nuestras intenciones á este respecto y para confiaros el cuidado de ejecutarlas. Sabemos que con laudable propósito y prudente previsión se han tomado muchas medidas por los que administran la cosa pública, á fin de que la invasión del cólera no encuentre á esta ciudad desprevenida; pero Nos, también deseosos de encontrarnos preparados para socorrer á Roma, hemos decidido abrir, amueblar y sostener exclusivamente á nuestra costa un gran hospital en las inmediaciones del Vaticano, al que nos sea fácil ir personalmente á visitar y consolar á los enfermos. Este hospital se abrirá, sobre todo, en provecho de los habitantes de los barrios del Borgo y del Transtiber más próximos á nosotros.»

Después da León XIII sus indicaciones sobre el personal y la dirección sanitaria, y añade:

«Aun cuando las circunstancias presentes sean muy difíciles, confiando en la Providencia y en la generosidad del mundo católico, asignamos al hospital la suma de un millón. Si el azote (que plegue á Dios tener siempre alejado de nos-

otros) viniese y se propagase y agravase entre nosotros, nos reservamos también disponer para este caso de nuestro palacio de Letrán en la medida que sea posible y oportuno.»

Esta carta, publicada por los periódicos católicos, ha producido en Roma una sensación grata é indecible, alabándose en todos los círculos políticos tan generoso desprendimiento y dándose á alguna frase un alcance que tal vez no tenga. Quiere Su Santidad que el hospital que funda se establezca en las inmediaciones del Vaticano «para que nos sea fácil—dice Leon XIII—ir personalmente á visitar y consolar los enfermos,» y preocupados los ánimos de los políticos romanos, se preguntan si por causa de la epidemia colérica el Papa se resolvería á abandonar el Vaticano y á recorrer las calles de Roma.

No faltarán, sin embargo, personas de buen sentido para quienes la salida del Papa, en momentos de verdadera aflicción pública, no podría invocarse como un precedente que anunciase cambios de actitud ni benevolencias no muy conformes con las reiteradas declaraciones del Sumo Pontífice.

*
* *

Los tres más poderosos Soberanos de Europa, los Emperadores de Alemania, Austria y Rusia, se reunieron en Skierncewice para renovar oficialmente la antigua triple alianza. La Chancillería moscovita entra por fin, después de cinco años de aislamiento, en los planes diplomáticos de Bismarck, que no pueden ser otros que la paz y tranquilidad de continente.

Han dicho algunos periódicos ministeriales de Berlín y de Londres que el principal objeto de la entrevista de los tres Emperadores en territorio ruso era reunir mancomunadamente sus fuerzas para extirpar, ó cuando menos, contener el socialismo.

Fácil es que los peligros que corren hoy las personas reales sean una de las preocupaciones de los Soberanos del Norte.

El Czar sobre todo, que se ha visto obligado á escalonar

veinte mil hombres en la línea del ferrocarril que acaba de recorrer, no puede menos de acariciar el deseo de librarse y librar á los Gobiernos monárquicos de ese terrorismo que amenaza paralizar sus movimientos.

Pero, por más importancia que tales consideraciones tengan, lícito es sospechar que los Soberanos no han debido celebrar esta entrevista con este único y exclusivo objeto.

Bastaban los Ministros para ultimar un tratado de extradición, y no debe olvidarse, por otra parte, que Giers, al pasar por Prusia, había visto recientemente á Bismark, y Kalnoky había estado en Warzin, en fecha más reciente todavía. La entrevista ha obedecido, pues, á causas más importantes, á móviles de desconocida trascendencia.

Han debido desaparecer sin duda los motivos de antiguas rivalidades, sirviendo Alemania de enlace entre los Imperios de Austria y Rusia.

Mientras las nebulosidades se aclaran, sólo un hecho resulta incontrovertible: la definitiva alianza y buena amistad de los tres grandes Imperios militares de Eropá, sin el concurso de Francia ni de Inglaterra.

Tal vez esté aquí la clave del enigma sobre el que tanto se discute, á la par que la solución futura de las más grandes complicaciones que hoy están sobre el tapete y han parecido insolubles.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Benot (Eduardo). — *Temas varios.*—Madrid, tipografía de Manuel G. Hernández, 1884.

Pruebas tales tiene dadas el señor Benot de sus varias aptitudes; obras tan importantes ha publicado, que no sorprende, á quien unas y otras conoce, la aparición del precioso volumen en que colecciona aquel reputado escritor algunos de sus interesantes artículos. Citarlos todos sería su mayor elogio; no pudiéndolo hacer, nos concretaremos á ligerísimas indicaciones.

El que dedica á las *Fuerzas del mar*, tarea bien sencilla para quien es autor del notabilísimo trabajo inserto en las Memorias de la Academia de Ciencias sobre la movilización de la fuerza del mar, trabajo que maravilla por su riqueza de datos y el amplio horizonte que deja entrever á la industria; la ingeniosa defensa que hace de los viejos, testimonio gallardo de envidiable erudición; el estudio de los

terremotos y volcanes, fenómenos sísmicos cuyas causas no están aún claramente determinadas; los artículos titulados *La hipótesis*, *Los átomos*, *La unidad de la materia*, *Ni el carbón ni la esclavitud...* todos, en una palabra, encantan y deleitan por la sencillez, profundidad y elegancia con que ha sabido tratar el Sr. Benot cuestiones científicas de suma trascendencia.

Copiemos, en confirmación de lo dicho, cualquier párrafo, aquel con que termina el artículo últimamente citado:

«Hoy por hoy—dice el Sr. Benot,—no hay que pensar en que el carbón nos falte, ni aun en que enarezca siquiera.

»Pero, cuando la necesidad se haga sentir, cuando el carbón fósil haya vuelto en forma de ácido carbónico á la misma atmósfera de donde salió hace millones de años, entonces el hombre, continuando su marcha

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

por las vías del progreso, sabrá prescindir del combustible actual, sin descender por ello de su puesto de honor presente, ni degenerar de su actual estado de civilización; porque un Genio, ó más bien una serie de genios inventores, surgirá á conquistar las potencias inagotables, hoy no utilizadas; y otras fuerzas, hoy desconocidas, reemplazarán la energía que ahora sacamos del carbón.»

Y ponemos aquí punto final, porque como cada palabra nuestra habría de ser un aplauso para quien, sabiendo tantas cosas, sólo ignora lo mucho que sus escritos valen, no queremos mortificarle, ya que en oídos del señor Benot suena á lisonja la expresión fiel de la justicia.

*
* *

Botella y Hornos (D. Federico de).—*Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.*—Madrid, imprenta de la viuda é hijo de D. E. Aguado.

Es el Sr. Botella uno de los campeones más ilustres de la ciencia en nuestro país. Ingeniero de minas distinguido, ha publicado notables descripciones geológicas de las provincias de Murcia y Albacete. Más tarde, después de reunir con inteligente constancia los numerosísimos datos necesarios, compuso un mapa geológico de España y Portugal, que tantos y merecidos aplausos le valiera. Al propio tiempo, año de 1879, expuso en obra meritísima los medios de defensa contra las *Inundaciones y sequías*, informe que redactó el señor Botella por acuerdo de la junta directiva de la Sociedad Geográfica de Madrid, con motivo de las inundaciones de Murcia.

Ya en el año actual, leyó el Sr. Botella en el acto de su recepción pública en la docta Academia de Ciencias, un discurso de atildada forma y galana frase, en el cual estudia las desigualdades de la corteza terrestre y critica sabiamente las teorías que se han ideado para explicar los levantamientos de montañas, decidiéndose, tras prolijo y detenido examen, por la del insigne geólogo Elie de Beaumont. Contiene el citado discurso concienzudo análisis de los principales accidentes orográficos de la Península, con el cuadro sinóptico de su extensión y dirección, y un mapa que representa los sistemas de levantamientos de las montañas, cualquiera de cuyos trabajos bastaría para acreditar al Sr. Botella de peritísimo ingeniero.

El discurso académico del Sr. Botella habrá de consultarse con provecho por cuantos se dedican á esta clase de importantes investigaciones.

Reciba el excelente ingeniero de minas nuestra cordial enhorabuena, y congratulémonos de que haya españoles de la actividad y saber de los Sres. Benot y Botella.

R. A.

*
* *

Hidalgo y Terrón (D José).—*Obra completa de equitación, la más extensa publicada hasta el día, dividida en dos tomos.*—Imprenta de R. de Velasco.—Madrid.—Precio, 12 pesetas.

Mucho se ha escrito sobre la materia objeto de este libro en otras naciones, tales como Italia, Francia y Alemania; pero no ha sucedido lo mismo entre nosotros. Tenemos, sí, algunas traducciones, bastante incompletas en su mayoría, y aunque pueden

citarse algunas obras de incomparable mérito en puntos determinados, es necesario reunir estos diversos conocimientos dándoles carácter de unidad.

Este, y no otro, es el objeto que ha inspirado al Sr. Hidalgo al publicar este importante libro. Expone aquél las observaciones y resultados de cuarenta y cinco años de constante práctica, juntamente con lo que los trabajos hasta el día publicados han podido enseñarle.

«Todas las ciencias, artes y oficios —dice el autor,— tienen una base inalterable que constituye su parte de verdad, y sobre ella puede trabajar cada cuál, alterando los medios de llegar á conseguirla según su capacidad, pero el fin tiene que ser el mismo, y en desviándose de él, falta la verdad; en esta ciencia, en este arte, la falta es más notable aún en una parte de los seres á quienes se destinan los principios, que son los caballos, pues en su calidad de irracionales, con la variedad de temperamentos y diferencias notables en su estructura, se encargan de desmentir bien pronto los hechos equivocados, como de desengañar á los ilusos que se engañaron á sí propios sin poder conseguir el término que desearan.

»La otra parte, que está dedicada á la enseñanza común de los seres racionales, sin dejar de ser interesante, es la más secundaria de la equitación, y la juzgamos así, porque de nada servirían las reglas transmitidas al aficionado, si el caballo, sobre quien las ha de emplear, no se encuentra dispuesto á obedecerlas; quiere decirse, si no está domado y con la educación suficiente para obedecer á su jinete; sentando el principio incuestionable

de que no están obligados á ser profesores á caballo todos los que han de utilizar sus servicios.

»La verdad del arte ecuestre está reducida á dos principios fijos. Primero: como base, domar y educar el animal, conservando sus fuerzas, y aun beneficiándolas, hasta hacer de él un instrumento útil y manejable á voluntad del jinete que lo guíe, con las condiciones que la razón exige en todos casos. Segundo: transmitir al jinete las máximas que lo han de colocar á la altura de poder conseguir el uso del caballo puesto en el caso anterior.

»Estos dos puntos se encaminan á un fin importantísimo, que es asegurar al hombre el uso de esta joya que la naturaleza crió y que él aprovecha para su recreo, para el trabajo, y en los lances de la guerra como su defensor y ayuda, sin menoscabo de la seguridad individual, sacando de él todo el fruto que se propone y sus condiciones permiten.

»La perfecta reunión de ideas publicadas por los distintos autores célebres que nos han precedido; la aglomeración de máximas adquiridas por los reiterados hechos prácticos de nuestros contemporáneos, pueden servir de base para alcanzar ese bello ideal del arte, si el que á él se dedica establece una práctica constante, estudiando al caballo, comparando hechos y agrupando en sus reflexiones el conjunto de los resultados que de sus ensayos obtenga, pues sólo de este modo podrá reunir el caudal de conocimientos necesarios para alcanzarlo.»

La obra del Sr. Hidalgo es, pues, de suma importancia, atendido el poco aprecio que merece entre nosotros generalmente este género de

estudios. Ella viene á llenar un vacío, puesto que aparte de los importantes datos recogidos por el autor en su larga experiencia, es una recopilación de cuanto se ha escrito y publicado por otros que le precedieron en tan importante tarea.

El libro reúne todas las condiciones como obra de texto, y en este sentido debe recomendarse á las Academias ó corporaciones que necesiten cultivar este linaje de conocimientos.

*
* *

Revilla (Manuel de la).—*Críticas.*—*Primera serie.*—*Un tomo de 378 páginas.*—*Imprenta de Timoteo Arnaiz.*—*Burgos.*—*Precio: 3 pesetas en Madrid, 3,50 en provincias.*

Una gran parte de la prensa se ha ocupado ya de este libro, que es una colección de las críticas del malogrado escritor D. Manuel de la Revilla.

El trabajo es de verdadero interés para todos aquellos que tienen aficiones literarias. Revilla no sólo era un crítico de indisputable mérito; era también un gallardo y castizo estilista, cuyos trabajos, en el concepto artístico, tendrán siempre grande y legítimo aprecio.

El Sr. D. Mariano Capdepón, distinguido literato que por sus estrechos vínculos de parentesco con el Sr. Revilla era el llamado (como lo ha hecho) á ocuparse de la publicación de estos trabajos, dice en el breve *Prefacio* que á la vista tenemos:

«El público unánime juzgó favorablemente estas críticas cuando vieron la luz pública en los distintos periódicos en que colaboró su autor, y reconoció en éste un digno sucesor del inolvidable Fígaro. Nada, por lo tan-

to, que no fuese ocioso, podríamos decir en la presente ocasión.

»El objeto, pues, de este *Prefacio* es explicar el motivo de la publicación de las *Críticas de D. Manuel de la Revilla* coleccionadas, y el orden y método seguidos en ella.

»Puede afirmarse que, entre los muchos escritos con que Revilla enriqueció la literatura nacional, durante su breve cuanto laboriosa existencia, sus *Críticas* fueron, si no las más importantes, las que más contribuyeron á su merecida fama y á popularizar su nombre. Pero diseminadas en distintos diarios políticos, como queda dicho, es casi seguro que pronto se hubieran perdido para siempre, dada la efímera existencia de las hojas periódicas.

»Esta consideración hizo que nuestra hermana política, la señora viuda de Revilla, resolviese publicarlas en colección, rindiendo así el más grato tributo á la memoria de su desgraciado esposo, y—en nuestro concepto—prestando un servicio importante á las letras castellanas.

»Para conseguir su noble propósito, nos dió el honroso encargo de reunir y coordinar los numerosos artículos que esta colección comprende, y preparar y dirigir su edición.

»Por nuestra parte hemos procurado corresponder dignamente á la confianza en nosotros depositada, y creemos poder afirmar que esta edición comprenderá todas las críticas importantes de Revilla.

»Respecto al orden en que se publican, nos ha parecido preferible al cronológico el alfabético, por autores, reuniendo los artículos que á las obras de cada uno de ellos se refieren, y de este modo, además de poderse formar exacta idea del concepto general que

aquéllos merecieron á Revilla, será fácil encontrar la crítica que se desee, sin necesidad de consultar el índice.

»Réstanos decir, para terminar, que la obra constará de dos volúmenes, y que en el segundo se subsanarán las omisiones que en éste se hubiesen cometido.»

Veamos ahora las obras comprendidas en este primer tomo, para que nuestros lectores formen idea exacta de su contenido.

Alarcón: La Alpujarra.—El Escándalo.—El Niño de la Bola.—Discurso de recepción en la Academia Española.

Ayala: Consuelo.

Balaguer: Tragedias.

Blasco: Jugar al escondite.—La rosa amarilla.—Juan García.—El bastón y el sombrero.—Las niñas del entresuelo.—Soledad.—Buena, bonita y barata.—Moros en la costa.—¡Si yo tuviera dinero!

Campoamor: Así se escribe la historia.—Pequeños poemas.

Canalejas (D. Francisco): Discurso pronunciado en el Ateneo.

Cano y Masas: Los laureles de un poeta.—La opinión pública.—La mariposa.

Echegaray (D. José): La esposa del vengador.—La última noche.—En el puño de la espada.—Un sol que nace y un sol que muere.—Cómo empieza y cómo acaba.—O locura ó santidad.—Iris de paz.—Lo que no puede decirse.—En el pilar y en la cruz.—Correr en pos de un ideal.—Algunas veces aquí.—Morir por no despertar.—En el seno de la muerte.—Bodas trágicas.—Mar sin orillas.—El gran Galeoto.

Y una vez que del libro que nos ocupa hemos dicho bastante, séanos lícito recordar algunos de los rasgos

más salientes del malogrado y muy querido amigo, cuya triste suerte no nos cansaremos nunca de deplorar.

*
* *

Ostentaba Revilla, como notas individuales características de su persona, un gran talento de asimilación y un espíritu vehemente, inquieto y apasionado; cosas ambas que, por ser de las que más fuerza y brillantez dan á los hombres, valiéronle grandes triunfos; y que, por prestarse, al mismo tiempo, á reñir batallas á cada paso y á desgarrar cruelmente las heridas del vencido, le proporcionaron también no pocos disgustos y enemistades. Polemista hábil, orador elocuentísimo, que tan pronto se elevaba á las altas cumbres del pensamiento, como hacía saltar la sangre de las espaldas del adversario, con la punzante saeta del epigrama; escritor castizo y elegante, consagrado á la crítica, que ejerció siempre con notoria autoridad y noble y generoso desinterés, ¿qué de extraño tiene que durante su vida sufriera los ataques de sus enemigos, y que éstos, ya que no siempre cargados de razón, lo estuvieran, y muy sobradamente, con el peso de sus argumentaciones y de su admirable dialéctica?

Una parte de la opinión, extraviada sin duda por los resentimientos personales de ciertos autores y poetas, veía en Revilla un hombre de malas intenciones, ganoso de conquistar aplausos á costa de los desdichados mortales que cayesen bajo el temible escalpelo de su crítica.

Y es que no hay nada tan arduo y peligroso en la vida como decir lo que se piensa, sobre todo cuando se piensa bien, y se fía todo á la impar-

cialidad y al buen sentido de las gentes. Los hombres riñen batallas por defender el derecho, la propiedad, las jerarquías sociales, y hacen correr la sangre á torrentes por sostenerlos derechos de un Rey á quien no conocen ó de un ídolo del pueblo de quien nada esperan; pero en cambio disculpan muchas veces ciertos descuidos de lógica y autorizan con su silencio las injusticias que diariamente sufren los hombres de entendimiento dejándose tasar por los que no lo tienen. Revilla fué, en este concepto como en otros muchos, poco afortunado. Aquellos que no conocían su carácter, le tachaban de cauteloso y parcial en sus críticas, siendo así que siempre dió pruebas de lo contrario; y aquí se nos ocurre consignar uno de los más salientes méritos de Revilla, que no por ser cosa que cuadra perfectamente á la misión del crítico, es vulgar y corriente, entre nosotros al menos, en estos últimos tiempos.

Jamás tuvo en cuenta para declarar franca y paludinamente el juicio que una obra le mereciera, la importancia y el renombre de su autor. Echegaray, Campoamor, Zorrilla, Tamayo, pesaban en este concepto sobre su ánimo del mismo modo que los escritores más vulgares, y nunca procedió como tantos otros que así desprecian y mortifican á los humildes y desconocidos, como adulan y se prosternan ante los privilegiados y poderosos que poco ó nada pueden

temer de sus insustanciales diatribas. No fué, pues, el malogrado escritor de quien nos ocupamos, pura y simplemente un crítico de claro talento y de vasta y profunda ilustración; fué también un hombre dotado de honrada energía, que manifestó siempre y en todo caso franca y resueltamente su parecer, y que jamás puso á contribución su ingenio para procurarse las simpatías y los favores de aquellos que, no por ser más ilustres y famosos que el resto de los mortales, logran sustraerse por completo á la debilidad de prestar oídos á los artificiosos y melifluos acentos de la lisonja.

Cierto que se observaban en el carácter de Revilla algunas indecisiones, que era á veces harto impresionable, y que tenía como ha dicho un distinguido orador del Ateneo, el temor supersticioso que inspira la derrota, y con ella, algo del ridículo que él creía que acompaña al que es vencido; pero jamás tuvo por móvil el interés, y en ocasiones difíciles supo demostrar la energía de su ánimo y la nobleza y rectitud de sus sentimientos.

Y no decimos más por hoy, que fuera interminable trabajo impropio de este ligerísimo resumen, el que hiciéramos en este momento si dejáramos correr la pluma á impulsos de la voluntad.

H.